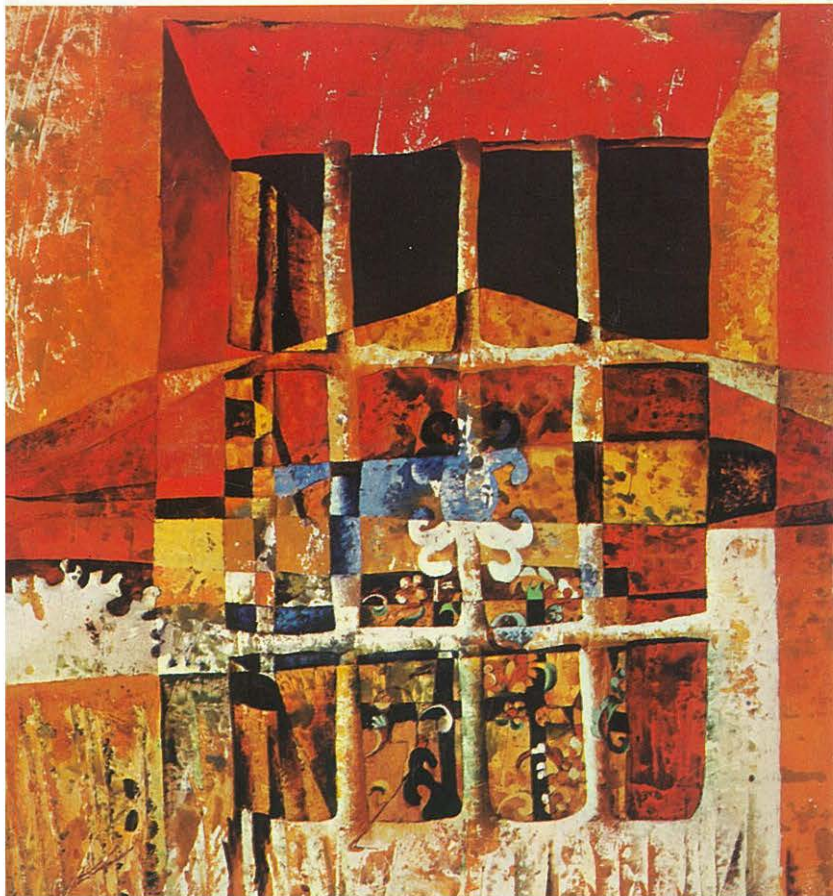




J. G. MANRIQUE DE LARA

Lapayese DEL RÍO

ARTISTAS ESPAÑOLES CONTEMPORANEOS



Lapayese del Río es un pintor que se produce a través de dos intensas voliciones. Una es la adoración de la forma con un sentido escueto en el que nada subordina o merma la unidad compositiva. Bastaría aducir como ejemplo la significatividad de sus figuras apenas amparadas por nimias apoyaturas. Igual sucede con sus abstracciones y con la minuciosa aplicación de efectos en sus calidades matéricas o con sus volúmenes muertos, grandiosos por la simplicidad y la seducción de sus vacíos. La otra volición es la descarnada y reiterativa intencionalidad de ofrecer esas tonalidades anaranjadas que, ennoblecidas por la dignidad y el vuelo de su tamaño, suspenden el ánimo emocionando por su simple delicadeza. Los *naranjas* de Lapayese del Río — cómo olvidar el encanto de esos costillares náuticos de sus *viejas formas* o esas arquitecturas cuya propia pu-

rulencia y corrosividad son, a la vez, el bálsamo de su rica armonía— nos procuran la forma de reconciliar al hombre con su realidad aceptando, como se acepta la muerte, el rayo último que la fulgura, la gran atardecida fatídica. El escritor cubano Severo Sarduy es el máximo apologista de los inefables tonos anaranjados que denuncian ávidamente la pervivencia de la forma siempre intacta después de arder en la ferocidad de su llama.

SERIE PINTORES



Lapayese
DEL RIO

JOSE GERARDO MANRIQUE DE LARA

*Poeta, ensayista, novelista, crítico,
Secretario General de la Asociación de Escritores
y Artistas Españoles.*

Premio de Poesía Castellana «Ciudad de Barcelona» 1954.

Premio de Novela «Elisenda de Montcada» 1962.

Primer Premio Internacional del Centenario de Bécquer, 1970.

Premios «Virgen del Carmen», 1971 y 1973.

Premio «Ancla de Oro», 1971.

C 434 / 6



Lapayese DEL RIO

R. 177877

© SERVICIO DE PUBLICACIONES DEL MINISTERIO DE
EDUCACION Y CIENCIA

Edita: Servicio de Publicaciones del Ministerio de Educación y Ciencia.

Imprime: GRUPO, AS. Gráf. - San Delfín, 4 - Madrid-19.

Depósito legal: M-26911-1978

I.S.B.N.: 84-369-0625-X

Impreso en España. Printed in Spain.

EL PINTOR

José Lapayese, el Joven, es miembro de un clan de famosa ejecutoria. Su patronímico se ve en la necesidad de buscar una cierta alianza en su entronque materno. Por eso los Lapayese *plásticos* —son seis el conjunto de los hermanos— se llaman, por orden cronológico, Lapayese Bruna —el padre—, Lapayese del Río —el hijo mayor, que es objeto de nuestra admirada atención— y Ramón Lapayese. La genealogía de este apellido sospecho que tenga algo que ver con la ancha espalda altoaragonesa, que, en ademán abrupto, parece sostener a Europa. ¿Quién sería capaz de intuir la verdadera etimología de Lapayese tan mutable como evasiva? Tal vez provenga de la voz femenina *la payenne* (la pagana) o, mejor aún, *la payeuse* (la pagadora). Ambas significaciones son un tanto antitéticas. La primera representa una postura hedonista que va muy bien con el que se decide por la belleza. La segunda se refiere, sin duda, a la consabida función del habilitado de clases

pasivas. Pero ambas son femeninas. Tal vez se deba esta circunstancia a que el gran patrimonio del clan sea, antes que nada, la espiritualidad. Pero dejemos la genealogía y la semántica a estudiosos más expertos y abordemos definitivamente la faceta humana de nuestro personaje junto a la noticia biográfica.

Lo cierto es que resulta imprescindible para el buen fin de esta biografía partir de la figura del viejo maestro José Lapayese Bruna. Y conste que decimos «viejo» como lo diríamos de Brueghel, en un afán de mera puntualización onomástica. Hemos acudido a su casa de la Ciudad Lineal. Entraba el sol por la ventana y los objetos ordenados del estudio parecían desperezarse en un largo silencio. Tuvimos ocasión de contemplar un museo vivo, limpio, repleto. Daba la sensación de que era el día libre de los ujieres que habían huido dejando la llave maestra debajo del felpudo. Un felpudo imaginario sobre el que cabe abandonar las huecas babuchas, dejándolas en íntimo pastizaje sobre la crin del coco. Parecía un museo, pero uno de esos museos subvencionados por un poderoso caballero que conoce muy bien las cicaterías del Estado en materia de arte. Detrás de la ventana se queda Madrid recién amanecida, mientras sube un olor a tierra mojada con el que se nos viene a dar la noticia del cansancio de la tarde. El viejo Lapayese, con su apellido bardo, peregrina para ponerse a bien con el señor Santiago, enerva sus manos mosaicas, milagreras, tensando telas o palpando guadameciles, capaces como se saben de meter la aurora en una redoma o de abrir la boca de escotilla para que la luz invada la bodega y se llene todo de verdad mientras despierta la conciencia del

escaramujo y levantan el vuelo las gaviotas. Personaje gravitante y magnífico de una historia todavía en mantillas. Ser inefable de una tierra sin bordes infinita y plana.

Casi todas las grandes epopeyas del arte y de la cultura se han alimentado de las grandes pasiones, de las grandes vocaciones, de las hazañas desesperadas de aquellos que no tuvieron ubre de la que alimentarse e inventaron entonces el fenómeno de la creación en medio de tensiones titánicas. El gran autodidacta es el que decide que la espiga se convierta en almidón. No se aprende lo que se crea, sino que se impone a los demás para que éstos lo aprendan.

El viejo Lapayese no ha enseñado a pintar a José o a Ramón. Ellos fueron, de sus hijos, los artistas plásticos que habrían de sucederle en esa comprometida aventura que es el arte a pecho descubierto. No les enseñó a dibujar, o a colorear, o a policromar sus tallas. Les enseñó, eso sí, a tener un concepto inmediato de las cosas lo suficientemente atenido a una condición estética como para que cada uno de sus hijos pudiera entender el arte como algo totalizador que incluye no solamente las fórmulas genéricas del adiestramiento, sino una actitud ante la vida con un contenido esencial del hombre que, por artista, no renuncia, en modo alguno, a su simple condición humana y artesana que le hace conocer lo que vale y representa armar un bastidor, tensar un lienzo, imprimár una superficie, modelar una arcilla, cocerla en su fuego, conocer la calidad de una tierra que puede convertirse en color, tener la conciencia estricta de lo que significa el taller y, sobre todo,

conocer la íntima satisfacción que representa el conseguir una hegemonía sobre todo lo que es arte por la forma, por su volumen, por su implicación en el espacio, por su luz y por su color. Después de estas enseñanzas magistrales donde se conocen el barro, las calidades mórficas, las entonaciones, la exquisitez mobiliaria, la misión específica de un elemento adjetivo —un cortinaje, un biombo, un panel, una irrupción mural—, el decidirse por una abstracción o una concretidad pictóricas, en cuanto a línea de combate, es algo así como un juego de niños. Eso le ha permitido a José Lapayese del Río ser abstracto, utilizando las más valientes incorporaciones matéricas, ser concreto hasta rayar en el más absoluto hiperrealismo y ser constructor de los más distorsionados planos en unas concepciones polimorfas tan llenas de luz y de color que hoy le reputan como uno de los pintores de mayor ductilidad expresiva.

Para ser madrileño y que luego conste como timbre de gloria —en evitación de pasar por simple transeúnte— se necesita el gran impulso de los ancestros. Madrileño es cualquiera que nazca en un taxi en el recorrido de las Ventas a la Cruz de los Caídos. Pero eso no basta, aunque te saque de pila el mismísimo alcalde. Madrid es una sala de estar y para entrar en ella se necesita alguna razón, quizá la diferencia que existe en nuestro verbo sustantivo. La diferencia del ser y el estar. Por eso hay que hurgar en los ancestros para ver la razón que uno tiene, el derecho que a uno le asiste para seguir estando en la sala de estar atiborrada de advenedizos, de gentes que van y que vienen, que se quedan o que huyen o que regresan. Decidir nuestro destino en Madrid es

algo que puede hacerse alegremente fiando el resultado a un cómodo fatalismo. Pero la credencial de José Lapayese del Ríó viene avalada por su patronímico aragonés y por su matronímica ascendencia navarra. Reciedumbre de voluntad, exigencia de honestísimo hacer y decidida vocación.

Hay quien dice que la razón de que, en un mozo o adolescente, se despierte la afición por el arte es una consecuencia puramente óptica. Si el entorno de la criatura que crece y busca orientación casi instintivamente se produce en un medio bello y amparado por la naturaleza o por las funciones nobles y elementales que asisten a la humana tradición, se producirá una inclinación proclive al arte porque, en el fondo, el instinto aproxima a la óptica inmediata hasta el punto de producir en el joven una adaptación que luego será una especie de condicionante para toda su vida. No es lo mismo nacer en la cárcel, padecer anemia y desconocer el valor de la plenitud y de la libertad, que nacer junto a la tierra, ver granar el fruto, contemplar la amanecida y llamar de tú a las estrellas. El arte no es una unción, sino una predestinación. Pero en medio de todo, el artista tiene una predisposición contemplativa que hace que todo aquello que ve lo someta *in mente* a una perspectiva y a una dependencia cromática. El que no es capaz de recordar la forma, el que no es capaz de captar la relación que tienen los seres y los objetos con el espacio y con la luz, no pueden, en modo alguno, improvisar más tarde la forma como sujeto de creación. Es cierto que el pintor o el escultor, que perfecciona su habilidad con el estudio, llega más lejos. Lo importante, lo formativo, lo decisivo para el

ulterior desarrollo de su talento es haber tenido, en su mocedad, la insigne plataforma del taller. En estos días en que pergeño el presente libro, que no sé cuándo verá la luz, porque eso depende de la Administración, el escultor Venancio Blanco prepara su discurso de ingreso en la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, sobre un tema tan vitando como es la importancia del taller. Pensando en la tradición podría decirse que el poeta es hombre de sueños, el pintor, de fugacidades, y el escultor de mañas. Hay un fondo de verdad en estas que podrían parecer primitivas apreciaciones, porque si nos fijamos un poco en ellas veremos que el poeta es un ser inerme y desasistido, que no se hace depender de nadie, y el pintor, en cambio, es un hombre que se atiene a lo que ve como si la propia realidad le deslumbrase hasta dejarle casi ciego. El escultor, sin embargo, es un hombre que vive de sus manos y de rescatar los vacíos. De cualquier manera, Lapayese del Río ha nacido al arte en el taller y ya, desde el mismo día de su nacimiento, ostenta como méritos herenciales el de ser el hijo de José Lapayese Bruna, con lo que añade a su feudo las barras de Aragón. Y de ser hijo de la Miguela, con lo que se adjudica el derecho de fuero por su ascendencia navarra. La casa de sus padres se ha transformado en un santuario en el que la evocación viene a ser como ese polvo que cae sobre las cosas y se convierte en delicado epitelio. Anfora contenedora de sabias palabras, taller de magias, albergue de trascendentes decisiones, todas ellas conectadas con ese secreto azar con el que el arte se proclama. Tapices que visten esplendorosamente la intimidad en la que ha

crecido una dinastía de hombres con vocación totalizadora. Entre esas telas se han escondido las vírgenes de Iciar y Juncal, afectadas de carcinoma y cansancio, casi destronadas por el tiempo. Y de allí han salido como damas que abandonan el balneario. Allí se han repartido los trabajos de grandes empresas colectivas, como fueron el retablo de la catedral de Madrid y el arca de San Isidro. Entre estas fornituras y estas telas que hoy decoran la casa patriarcal de la calle de Arturo Soria —un taller se trasplanta como el cepellón de un árbol— veo la fotografía del acto de la entrega al papa Pío XII de una rica capa pluvial prevista para aguantar el inefable aguacero del incienso que cala hasta los huesos del alma. Los Lapayese, pacientes en la creación de casullas, guadameciles, retablos, biombos, cueros, tallas en madera, cerámicas, dejan en el aire una impresión de oquedad en la que es necesario recobrase para entender la realidad de otra manera y percibir sutilmente un afán de perfeccionismo estético. El viejo tronco ha dado frutos como José, que incorporamos al contenido de esta monografía; como Ramón, con claro privilegio de escultor, como María Isabel, que vive con sus padres, pero convive también con las partituras de los clásicos sobre el piano; de Miguel, de Fernando y de Emilio. El balance de esta descendencia es netamente artístico porque incluso Fernando, el arquitecto, sorprende por la concepción y desenfado de sus dibujos. En todos ellos preside una ley de espiritualidad y de inquietud fuera de lo común.

El caso es que José Lapayese del Río, el mayor de seis hermanos y *río* por parte de madre, de su madre la Miguela, que fluye en los hondones cuando se



templa el ventisquero, navarra, que es como quien dice ponerle al cielo una escalera —montaña abrupta cercenada por rumores— para estar un poco más cerca de Ese que todo lo puede. La Miguela es una mujer frágil y diminuta, buena rezadora, porque hace todo aquello que el sentimiento le dicta y nada hay para templar los miedos mejor que hablar con Dios de tú a tú. La Miguela rompe su esperanza primera un primero de mayo de 1926, que es cuando nace José. Ella sabe que su hijo se le parece y bastará con que esto diga porque el nombre del varón patriarcal es algo que permanece implícito puesto que no existe, en realidad, necesidad alguna de nombrarle. La Miguela es una eterna enamorada del hombre de la casa que corta el pan, dispone el orden de las cosas y da cuerda al reloj de sonería para que hable cada hora donde tiene que hacerlo. Nace José en un momento difícil para España. El padre tendrá que leer ese mismo día, en «La correspondencia de España», la rendición de Abd-el-Krim. Esto supone nada menos que el final de la guerra de Marruecos, que tanta sangre estaba costando a España. Un gobierno civil viene a sustituir al Directorio Militar, y la Miguela, completamente feliz y vuelta a la vida con un sentido de eje necesario para que todo un concierto familiar siga creyendo en la felicidad, medita sobre el valor intencional de la última encíclica que dicta el Papa. Es un instrumento de comunicación benigno y alentador que tiende a vulgarizar los hechos señeros de la Iglesia. Aquella otra de las guerras coloniales —la *Rerum novarum*—, que dictó León XIII, fue el primer aldabonazo social que obligaba a rezar más despacio modulando las avemarías

con un sentido de responsabilidad. A menudo rezar es como poner una música de fondo a nuestra conciencia sin saber a ciencia cierta para qué sirve, pero León XIII había puesto en aquel tiempo los puntos sobre las íes y luego la Iglesia, como era de esperar, había vuelto a las andadas. Como hoy diría nuestro arzobispo Tarancón, a la Iglesia hay que atarla corto. Todavía la Miguela tendría un ligero sobresalto en los días de la República, en el año treinta y uno, cuando se publica la encíclica *Quadragesimo Anno*, que también está dirigida hacia ese agrio cariz social que presenta el mundo en un momento en que se están dividiendo las tesis que configuraban el hecho social. Cuando se habla de los santos no es lo mismo que cuando se alude a la circunstancia del pueblo. Los santos son una consecuencia al margen del estrato social. Son los que están aparte. Para ellos no hay que legislar. Todo cuanto se hace por ellos tiene una clara intención *postmortem*.

José Lapayese del Río se encuentra nacido en un taller repleto de herramientas de trabajo, de testimonios vivos de la ciencia, el arte y la paciencia del hombre. Son esos instrumentos que un día se descubren cuando, arañando las entrañas de la tierra, surge un hacha de sílex, una aguja de piedra o un vaso desportillado. Nace en un ambiente que implica una postura estética, una conciencia de plenitud cabal y fatalmente heredada, y un concepto del trabajo y de la vocación que no le será fácil superar. Todas aquellas piezas, cuadros, tallas, guadameciles, cordobanes van a arropar su vida mientras dure. Y va a informar su gesto y continencia de hombre

que se debe a un pasado y a una responsabilidad imbuída por su propia estirpe. Los dedos del padre, su taumatúrgica digitación que convierte la talla de madera en oro, que repuja la nada de la superficie como si dejase su impronta bajo el calor de la caricia, el asombro encadenado en interminable contemplación detrás del banco de trabajo o del caballete o del biombo, entre misteriosas penumbras y colores imposibles de describir al sesgo del recuerdo, apenas vislumbrada la llama por el ventanillo de la mufla, el consejo escueto, casi jactancioso, con el énfasis del que reduce a breves máximas todo el quehacer de una vida como si impartiese un sabio decálogo, racimo que hay que desgranar lentamente para que ese zumo revierta en fermento que nos sirva para transformar la realidad e invitarnos a soñar. Dedos que sabían convertir la materia en oro, padre que como un Crespo todo lo mitificaba. Se consiguen relativamente pronto esos once años de existencia viendo estas cosas cada día hasta que el padre dice que hay que ir al colegio. Eso era lo que decía el padre que también se llamaba José, pero es de todos sabido que para fallar el juicio de Salomón se hubo de escuchar a las dos partes y el otro José, el onceañero que ya tenía creada su conciencia a imagen y semejanza de su progenitor y en modo alguno había pasado por sus mientes abjurar de su fidelidad al taller, la idea del colegio era una idea *non sancta*. Suponía desertar de su propia e insobornable realidad. El colegio era el que popularmente se llamaba *los calasancios*. Fue su fundador San José de Calasanz, sacerdote valenciano que enseñaba a los golfillos del suburbio. Una especie de padre Manjón,

pero con más paciencia y santidad. El espíritu de Calasanz se define en la enseñanza pública y gratuita sin mimos ni preferencias, por simple amor al desvalimiento. Una especie de padre José María de Llanos que participa de esa extraña adherencia a la realidad abrupta en la que el alma crece desasistida y heroica sin que apenas nadie se atreva a restañar sus heridas. Ahora cumple el padre Llanos casi cuarenta años de inmersión en un pozo, enfermo, desengañado y con esa extraña propiedad de ciertas floraciones como el almendro, en donde parece que nieva la verdad. Su cabeza es el blanco fruto de la verdad. Pero José Lapayese, que todavía no domina los repartos proporcionales, pero se sabe de memoria la lista de los reyes godos, está asistiendo a un colegio donde los antiguos calasancios se han sustituido por la SADEL. Algunos curas visten de paisano, por las circunstancias, y ninguno de ellos sabe abrocharse la americana. Por un lado, José anota, en sus apuntes, la fecha de la batalla de Aljubarrota, y por el otro dibuja, en las márgenes de su libro, cristos crucificados y heroínas de Shakespeare. Las salidas de las clases constituyen cotidianas liberaciones para poderse poner a dibujar y a tallar madera en la Escuela de Artes y Oficios Artísticos de Madrid, donde su padre fue profesor durante diez años. En la clase de religión el profesor trata de imbuir la idea del Creador. José medita en la majestad del Pantocrátor con su gran triángulo de luz emergiendo de la nuca. «El hombre lo hizo Dios de barro.» Dios alfarero, Dios sumergiendo las manos en la tina del agua oscura, donde los dedos se refrescan, para tentar y retentar una y otra vez la arcilla, a la que el pie imprime su duende

dándole que le da a la plataforma, que gira como imparable estribo de Clavileño. ¿Qué secreta afinidad existe entre ese Dios alfarero, ese taller paterno, ese grito encarcelado de Miguel Hernández que acusa diciendo «me llamo barro aunque Miguel me llamen» y que precisamente va a ser encarcelado en esos muros de Porlier en donde estaba la escuela de José, en el colegio de *los calasancios*, en cuya calle de Padilla iba a crecer la yerba como secreto espía vegetal que en toda revolución acaece, entre las garitas de los soldados, centinelas del miedo, en ese colegio en el que bajo el nombre de San José de Calasanz había dos castas fácilmente reconocibles? Una era los niños bien alimentados, con la piel tersa y los baberos crudos con las iniciales EP y la otra con aquéllos que vestían baberos blancos, pero no pagaban, y su aspecto era más macilento y huidizo. No era ese el espíritu de San José de Calasanz, pero como los estatutos fundacionales exigían la enseñanza gratuita, ahí estaba ese ala del edificio con el padre Hilario luchando por sobreseer una causa ya perdida.

El padre decide trasladarse a Barcelona. El panorama cambia inmediatamente, porque Barcelona entra en la familia Lapayese como una novedad arisca a la que será preciso irse acostumbrando poco a poco. En realidad, se trata de una impresión que va a ser superada con cierta facilidad. Barcelona es atractiva. Lo único que ocurre en el caso Lapayese es que no se trata de «su» ciudad, sino de la otra ciudad. España es bicéfala, y Barcelona es el otro extremo polarizador, el que mira a Francia, el más peligroso, el que tiene una arquitectura novecentis-

ta congruente y coherente. Barcelona no está hecha sobre material de derribo, vigamen de madera con carcoma y lía de estropajo. Barcelona es una ciudad altanera, mercachifle, genovesa y mediterránea que tiene la desventaja respecto a Madrid de que se llena de churretes la cara por culpa de la humedad y de la brisa mediterráneas. Nuestro pintor en ciernes todavía cursa estudios libres y alterna los de pintura y escultura en las Escuelas de Artes y Oficios y Bellas Artes de San Jorge, en el viejo caserón de la Lonja. Estos estudios van a durar alrededor de los cuatro o cinco años. San Jorge se sobreentiende sobre un dragón, más o menos discreto, en el descaro de su lengua y de su furia, y escamado, como es natural en todo reptil que se precie, y en este triunfalismo de nuestro santoral, hoy abolido por la Santa Sede, Lapayese tendrá ocasión de admirar la arquitectura de Gaudí contemplando el templo expiatorio de la Sagrada Familia en su versión incompleta del proyecto; el edificio que había de ser el Museo del Teatro en la calle del Conde del Asalto, el parque Güell y al propio Conde de Güell antes de su destierro a Palma de Mallorca con su cuello de pajarita y su corbata de plastrón. Y será precisamente en Palma de Mallorca donde colaborará con su padre en la decoración exterior, en pinturas al fresco, y en la parte interior del palacio de March, allá por el año 1945. Camilo José Cela no ha colonizado todavía la isla y su chalé-museo no enseñorea aún los altos de la Bonanova. Es cuestión de tiempo vencer la irresistible voluntad de los isleños. José Lapayese del Río siente una secretísima atracción por las vihuelas y los laúdes. Se extasía ante la forma mágica de estos

instrumentos, que él se decidirá a colorar descarnándolos y enriqueciendo su mínima consistencia hasta conseguir que en su contemplación se intuya la música emergiendo de sus secretas concavidades. Mallorca es para la música como una inmensa caracola de vientre helicoidal que espera la fecundación de un secreto arpegio para convertir en sueño ideal esa soledad que hubo de consagrar a Chopin. Maravillosa magia y secreta atracción la de esos instrumentos que parecen rimar en el abismo reducido de esas calas nimbadadas de espuma a las que llega la ira del océano como una última caricia de despedida. En una de esas calas se instaló en su destierro el conde de Güell, alcalde de Barcelona con la República cuando república y monóculo eran circunstancias no mixtibles. Allí nació la afición de José Lapayese del Río por la fotografía. Era absolutamente necesario, era urgente apoderarse de aquellas barcas pródigas en reflejos que se arrojaban al paio de las calas temblando como doncellas sorprendidas. La fotografía fue para Lapayese una especie de ordenación técnica de sus pretensiones compositivas. La fotografía es para el pintor moderno como una necesaria infraestructura para poder convertirse en auténtico creador. La fotografía estatiza el movimiento. El pintor figurativo no hace otra cosa que instantaneizar el movimiento. El arte de la pintura es un arte estático. Cuando se intenta infundir movimiento, lo que se hace en realidad es prostituir la esencia del arte pictórico. Los clásicos son todos estáticos. El movimiento nace con el impresionismo al tratar de liberar la tradicional compacidad pictórica. Sorolla logra esa discontinuidad de la luz y los impresionistas, en

cierto modo también, pero esto no es más que un lúcido corveteo que apenas nos lleva a parte alguna. La eternización de las formas se hace en seco, en vacío.

Lapayese vuelve a Madrid. Tiene ya veinticuatro años. Ha celebrado su primera exposición individual en la galería del Prado, número 28, con veinticinco cuadros. Madrid es como retornar al feudo paterno y poner en juego una serie de vivencias que van a trastornar, siquiera sea transitoriamente, su conciencia. Aquella calle del Prado en la que el padre ha establecido su exposición permanente de todas esas obras hechas a conciencia, aquel Ateneo de la época de la carcoma donde todavía no se había realizado la reforma que llegó a hacerse más tarde bajo la supervisión del inquieto director de Cultura Popular, Ricardo de la Cierva. Y por fin, la primera exposición colectiva en el Salón de Otoño, donde nuestro pintor obtiene la segunda medalla de pintura con el cuadro que titula «Testas».

Es este un cuadro de ingenua composición en la que interviene la cabeza de un caballo romano y desnudo de jaeces con la crin a lo cepillo, sin duda por hallarse militarizado para formar parte de la cuádriga de algún centurión. También aparece la cabeza de un patricio junto a una columna de orden jónico.

Tuvo Lapayese la suerte de poder estudiar las técnicas de las pinturas antiguas en el taller de su padre, en el que llegó a especializarse en el arte de las restauraciones aprendiendo los oficios de tallista, ebanista y dorador. Para calibrar el interés que pueda representar el manejo de estas artes bastaría con

atenernos a su mera etimología. La talla es menester que se practique sobre el tallo. El arte de tallar supone una búsqueda. Supone, además, conseguir una transmigración morfológica del tallo. El ebanista es, etimológicamente hablando, aquél que trabaja el ébano y, por extensión, todo el que trabaja una madera noble y fina. El dorador es el que convierte la materia prima en oro, revistiéndola con panes de este metal, ya que hacerla maciza sería no sólo imposible, sino pecaminoso. José Lapayese *junior* abordará, escudado en el consejo paterno, las artes españolas de los cueros de Córdoba o guadameciles, repujados a mano y policromados, resucitados con sus antiguas técnicas por su padre, Lapayese Bruna, después de intensos estudios sobre su técnica y tratamientos. Bien puede decir José Lapayese del Río que, gracias al apoyo de su padre, no necesitó esperar al verano para, agobiado por sus calores, trabajar *en cueros*.

Y acompañado de él viajaría por Marruecos, recorriendo y pintando sus más pintorescas regiones y recordando a los maestros Fortuny, Bertuchi y Genaro Lahuerta, que también dedicaron su atención a esta peculiar y pintoresca temática.

Hay un momento en la vida de José Lapayese que ya ha llegado a su mayoría de edad decisoria, tanto en sus ímpetus de juventud como en sus ideas estéticas, en las cuales, se decide por el aprendizaje de la forma con una cierta y casi inconfesable avaricia. Se matricula en los «estudios libres de dibujo al natural» que imparte el Círculo de Bellas Artes de Madrid y asiste a estas clases durante varios años. En estas clases aprende la diferencia que existe entre las pacientes posadoras —a tanto la hora— y las

inquietantes posaderas. La nalga influye en el temperamento ibérico, haciendo estragos, sobre todo en las zonas más mediterráneas o meridionales, de las que van a surgir nombres tan expresivos como Francés, Mezquita o Romero de Torres. La nalga es como la catalización de la espiritualidad velada, a ser posible, por un capote de paseo o por una cortina que se cae de puro barroca y mira por dónde va a ocultar lo que menos se esperaba.

En 1952, Lapayese del Río hace su primer viaje a París, gracias a una beca del gobierno francés, conseguida a través del Instituto Francés de Madrid, en donde seguía cursos de perfeccionamiento de ese idioma que sirvió a Molière para salir del anonimato. También Lapayese había iniciado estudios del inglés, aunque quizá en esta disciplina no se mostrara tan constante. A Francia se va a ampliar estudios, a conocer de cerca en toda su integridad el fenómeno de la cultura, a admirar por la ventanilla del coche la riqueza hortícola del *Midi*, pero en realidad, nadie cree haber estado en Francia sin haber estado en París, cuando en realidad, y según de qué lado queramos entender la realidad de un pueblo, París podría resultar una circunstancia episódica. No lo es, sin embargo, históricamente, no lo es en el orden de la comunicación y en el resultado totalizador de una cultura, pero raramente al viajero que viene de abajo puede salirle una novia bretona. París es una meta, algo que los *tours operators* han querido convertir en un simple motivo de evasión. Lapayese del Río, joven y ambicioso pintor, llevaba en la mente una imperiosa necesidad de conocer el Louvre después de haberse despojado de esa carga de electricidad

estática que gravita sobre la persona que vive únicamente de las rentas de su propia imaginación. El propósito de Lapayese más perentorio era abordar aquellas salas llenas de prodigiosa fascinación completamente solo, a ser posible con un prontuario descargado de innecesarias retóricas, muy estricto, meramente informativo. Allí estudiaría la técnica de la restauración, experiencia que fue para él muy positiva y beneficiosa, pero que, al ser glosada en su biografía, podría interpretarse como una intención reviviscente de la historia, puesto que a nadie le cabe duda de que ha de considerarse un hito histórico eso de estar en Francia en la *restauración*. Los talleres de restauración del Museo del *Louvre* fueron para Lapayese una nueva manera de apreciar y entender el oficio de pintor. Yo he dicho siempre que *de Francia son las mises y los grises* y que más de una vez uno aterriza en el Boulevard Haussman a las doce del mediodía sin saber si es la hora de acostarse o la de empezar a almorzar. La niebla oculta traidoramente el encanto de los tenderetes del Sena y la eficacia de las señales luminosas y, en realidad, el verdadero prestigio de París está en Haussman, como el verdadero prestigio de Madrid reside en Carlos III. Maravilloso París de amplísimas perspectivas y casticísimos barrios y patéticas *banlieues*, murgas noctívagas y, sobre todo, grises nieblas difíciles de reproducir en el lienzo con esa precisión que implica no sólo la contemplación de lo que se reproduce, sino el estado de ánimo de quien lo contempla. Lapayese se llevó en su maleta los grises de París.

Después pasó a Italia. Nos cuenta el pintor que su aventura de París consistió, no en ir al Lido a asistir en

Pigalle al espectáculo de la Creación del mundo, viendo balancearse hermosos cuerpos con el fondo musical de las Hojas muertas. En el tiempo que estuvo en París no pudo contemplar otra cosa que la niebla. La «ciudad-luz» sólo pudo ofrecerle una insistente opacidad que a Mucio Scevola le hubiera parecido un mal augurio, a Camón Aznar una manera de aumentar el misterio y a los faroleros del Montmartre un motivo para sentirse fuera de juego. Pero en Italia... ¿Saben ustedes lo que Lapayese del Río se encontró en Italia? No voy a decir el color o la luz, la tradición o el magisterio, la sorpresa orgiástica del formalismo o el prodigio imperecedero de la sensualidad. En Italia se lo encontró todo de una vez. Se encontró con los limones de Amalfi y las torres normandas. Se encontró con la región de la Etruria, de donde pudo sacar las más felices conclusiones de un primer análisis de las pinturas al fresco de los enterramientos etruscos. Eran frescos de colores brillantes en los que agredían con su fuerza los rojos y los bermellones que invadían aquellas composiciones ingenuas. Es, a partir, de este momento, cuando Lapayese del Río incorpora a su paleta el tono naranja, que tan peculiar habría de ser en una gran parte de sus cuadros.

El primer contrabando del que Lapayese se declara ante la historia —impasible aduana que todo lo cobra bajo un arancel intemperal e irreversible— es los grises que se trajo de Francia y la luz de que hizo acopio en Italia, donde todo era cierto, mejor dicho, *concierto*. Pero de Francia y de Italia se regresa y detrás de uno se queda Cezanne y Gauguin y España es la circunstancia real y hodierna, en la cual nos

reconocemos enteramente sin correr el menor peligro de evasión, de dislocación de nuestra personalidad como consecuencia de dejarnos absorber por incitantes formas y métodos que, por muy sugestivos que se nos presenten, no son los que han constituido el acicate y el estímulo de nuestros primeros pasos en el arte. La España de Lapayese del Río, perfectamente asimilada en el seno de una familia de artistas, es una España que congrúe con el lugar y las formas. El padre ha trazado el camino. Los hijos han elegido, cada uno de ellos, su diversificación lógica, que va a conformar cada una de sus propias personalidades. Lapayese ha aprendido mucho en el taller patriarcal y el fraternalismo hondo, nacido como consecuencia de una familia unida, ha concitado una gran orquesta. Lo que sucede en una gran orquesta es que cada uno de los que la componen toca a su debido tiempo. España nunca ha sido una atracción orquestal, sino un anárquico espectáculo de furiosos y apasionados solistas. Pero este concierto humano y familiar ha trascendido a una realidad contante y sonante. Sonante en cuanto a que Lapayese del Río estudiaría y ejecutaría el violoncelo, llegando a conseguir tanta destreza como para formar un trío con sus hermanos María y Ramón, pianista y violinista, respectivamente.

La tercera estación tiene su marco romántico en un cazadero real que fue rincón de privilegio para el más delicado de los Felipes. Alfonso XIII quiso convertirlo en acontecimiento social y el Salón de Otoño ha perdurado en el ámbito del arte nacional, si no como estímulo cualitativo, sí como previa cota para objetivos de mayor empeño. En 1954, José Lapayese

del Río obtiene la Primera Medalla de Pintura con su cuadro «La silla del torero», una silla en la que aparecen colgados los atributos del arte de Cúchares. Esta primera aventura, este dardo en la diana viene a corroborar que Lapayese del Río puede hacer frente al más neto de los efectismos, con una economía de medios evidente.

En este cuadro se acumulan los símbolos de la tauromaquia. Tiene una gran riqueza perspectiva, aunque la composición resulta un tanto convencional. En una silla castellana aparece colgada la chaquetilla del torero luciendo bordados y alamares. En la pared está colgada la testuz solemne de un toro junto al paño de la muleta. En un cuadro se advierte el tema de la suerte de varas. Es una copia de un tema característico de su hermano Ramón.

Es precisamente la década de los cincuenta la época en que Lapayese empieza a contar sus efectivos y a prepararse para la gran contienda. El arte se resuelve siempre en el terreno de la competencia. Se accede a él por libre. El nombre hay que imponerlo ante la sociedad en actitud de reto insobornable. Aceptar en actitud fatalista la realidad de un segundo plano es una opción suicida. Reto y agresividad son dos palabras definitivas en estos días de hoy en que España inicia un nuevo proceso histórico. En los años cincuenta nuestro pintor vive de las rentas de su propia esperanza. Todo lo que va a suceder tiene el cariz de la fácil e inmediata solución positiva. La visión del paisaje medra sensitiva y ambiciosamente. El color se le entrega, la composición se rinde a su ambición con armas y bagajes. Las ciudades entran

en su dominio óptico enteras y verdaderas, pero desasidas de inútiles ropajes que no dejarían contemplar su esencialidad. Ninguna virtualidad o circunstancia demostrativa de la realidad queda al margen de su valiente proyección estética. El paisaje ibérico opera en él actitudes abiertas de comprensión como si su espíritu fuera omnívoro y tuviese, por tanto, la necesidad de alimentarse de ese gran abanico de magistrales componencias que integran la realidad geográfica de nuestro país. Lapayesè desnuda previamente la integridad de los pueblos y ciudades. Les deja con lo puesto y les integra únicamente en un rubor de sorprendida realidad. Paulatinamente sus paisajes, y sobre todo, sus pueblas, ya estudiadas compositivamente como caprichos de calibrada estrategia, van a confluír en una sincopación donde, sin embargo, nada está ausente excepto esa viciosa vanidad de lo perspectivo, que tan solo tiende a incorporar inútiles vacíos. Castilla es el insólito hallazgo, el caldo con enjundia para el gran parto de los llanos. Casi podría decirse que toda persona sensible, tanto artista como impartidora de ciencia, se ve sorprendida por Castilla, encuentra su verdadera conciencia estética en esa gravitación prodigiosa en que lo espacial y lo temporal vienen a ser como el cuenco, en que la luz se remansa, permitiendo siempre un punto de mira y un hueco tierno para esa insólita y subyacente presencia del corazón emocionado. Oros, lilas, sienas, almagres y ocres definen acaso un camino, más bien diríamos una intención humana, y el límite se queda ya tan pequeño en la envergadura de su propio concepto que ni siquiera se pretende. Concretar a Castilla es difícil. Entender-

la en su conjunto es tan sólo pisar fuerte en un intento de aproximación.

En ese paisaje madrileño de inevitable tradición sentimental que es la Moncloa hay un palacio sobrio en su fábrica, pero feliz en su armónica conjunción. Fue construido para residencia de visitantes ilustres. En 1954 Lapayese aceptó la responsabilidad de realizar su decoración pictórica sin presentir entonces la democrática predestinación de aquellos muros. Este palacio es, como se sabe, la residencia del presidente Adolfo Suárez y la propia Presidencia del Gobierno. En aquella Moncloa personalizada por el orondo vientre de la Tinaja permanece aún la memoria de un artista de tan fina sensibilidad como Francisco Alcántara, asesinado tan estúpidamente como la cotidiana luz del alba con el canto de los gallos.

Al año siguiente —1955— Lapayese del Río hace honor a un compromiso contraído a raíz de su primer asombro en la patria de Manzoni. No en vano había arrojado unas liras a la taza de la fontana de Trevi. Su color naranja —que se le presentaba a cada instante en las descarnaduras de los viejos palacios de Roma, de Venecia y de Nápoles— era el mismo que tiznaba los murales pompeyanos, y el que aparecía en las termas vacías y en los rimeros vesubiales de lava incendiados por la voluntad de Febo en la hora tercia. Fue a Italia con la buena compañía de sus dos hermanos de sangre y de arte. Uno era escultor y hacía los hombres según los presentía, y el otro era un arquitecto y estaba presto para techar la hombridad y ofrecerle derecho de residencia. Su primer contrabando de luz fue de fácil trasiego por-

que no era del todo completo, pero ¿cómo alojar en una sencilla impedimenta la embriaguez de los maestros florentinos, el aparato mayestático de los Dux, la melancolía de Villa Borghèse, el encanto napolitano de Capo di Monte?

El pueblo edifica los mitos y decide al mismo tiempo los presupuestos de la fama. Por eso tenían tanto miedo nuestros abuelos del qué dirán. Miedo hasta cierto punto justificado, porque donde caía un sambenito no crecía la yerba. ¿Cómo ignorar la personalidad y la ejecutoria, dentro de las coordenadas de su idiosincrasia, de un banquero como Xifré? Pero el pueblo cada vez que rememora este nombre lo asociará inevitablemente al tráfigo de los negros. En nuestro siglo hemos disfrutado de la existencia de un prócer que, según la voz popular, se hizo rico no por haber hecho oposiciones a Aduanas, sino por haberlas podido burlar defraudando al fisco, aunque coadyuvando al buen fin del movimiento nacional. También se dice que para evadir los impuestos indirectos hizo una fundación con su patronato y todo. Esta decisión fue útil, hasta cierto punto, a la cultura y hasta sirvió para premiar a un dramaturgo, quizá el mejor de nuestro tiempo, que escribió una obra titulada «La fundación». José Lapayese del Río tuvo la fortuna de que le becase el Ministerio de Educación Nacional, obteniendo una bolsa de viaje que le permitió visitar Inglaterra para entrar en contacto con el arte moderno —como diría el extinto político Solís— «de la rubia Albión». Pero no solamente los museos y las colecciones constituían el gran incentivo de este viaje, que había sido posible sin necesidad de molestar a Martínez Este-

ruelas. El incentivo dinámico era la moto. Una manera de incorporarse a un paisaje directa, valiente y agresiva. Cuando se la cabalga, el hombre es su propia carrocería. Ha puesto en sus pies el sentido práctico que le permite cubrir la distancia. No existe ningún otro lenitivo, ni la comodidad, ni la protección, ni ninguna otra de las ventajas de que el viajero disfruta en el interior de su automóvil. En realidad viene a ser algo así como las alas que le nacían en los pies al divino Aquiles, con el consiguiente peligro de verse vulnerado en el talón. Toda economía dirigida es una especie de Laguna Estigia que deja sin divinizar una parte de nuestras aspiraciones. Pero Lapayese tuvo la oportunidad de ver el paisaje a lo vivo, participar en rayllies y carreras, e incluso conseguir algún trofeo, que todo hay que decirlo. El regreso de Londres lo hizo vía París, quedándose una temporada en la ciudad del Sena. Tengo entendido, aunque esta presunción mía debería someterla a contraste, que la moto le sirvió para algo más. Le sirvió para enamorarse. Algo tiene que ver la metálica cabalgadura con la bizarría caballeresca del medioevo. No hay que olvidar que la moto se monta y el automóvil se conduce. El que luce una *Sanglas* o una *Harley Davison*, en lugar de escuchar sus respectivos motores, lo que hace es oír los mismísimos relinchos que hacían pavonearse al rey Arturo. Las motos hasta se encabritan al volver grupas.

Pocas personas, pocos artistas tan dinámicos y entusiastas como José Lapayese del Río. Pocos pintores tan capacitados como él para vivir la dinámica y cultivar el mundo de relación social, cuyo

abandono resulta a la postre tan perjudicial. Después de tan prolongada ausencia, Madrid es algo que exige una atención diaria, una actividad competitiva. Y por eso Lapayese participará en exposiciones nacionales e internacionales tales como las tres bienales hispanoamericanas, exposiciones nacionales de Bellas Artes en el Retiro, concursos nacionales de pintura...

Y después de esta etapa de libertad que tanto ha enriquecido su conocimiento, sus intenciones y propósitos, Lapayese vuelve al hogar donde solía. Y allí va a iniciarse una faceta entrañable de cooperación familiar. La primera plasmación de su trabajo, junto con su padre y sus hermanos, va a plasmarse en los proyectos y en la decoración interior de la Basílica de Cuelgamuros por encargo del arquitecto Diego Méndez. El equipo Lapayese realiza las seis capillas laterales completas, los siales del coro circular, retablos, relieves, esculturas, sacristía mayor del Monasterio, amén de otras concepciones artísticas que culminan con la inauguración del monumento en el año 1959.

Antes, en el año 1958, Lapayese del Río había representado a España en la I Bienal de Arte Sacro de Salzburgo. El Ministerio de Asuntos Exteriores le había encargado el envío y montaje de la participación española, circunstancia que le permite realizar un nuevo viaje por Europa y entrar en contacto en Austria con la Academia Kokoska. Recorre nuevamente en París las huellas de su anterior viaje y prolonga su viaje a Holanda para incorporar a su acervo nuevos museos y colecciones de pintura.

Corre ya el año 1960 cuando Lapayese decide

librar una nueva intención vital separándose del clan familiar, en cuyo ambiente se ha formado, adquiriendo una rica y robusta contextura. Será el primero que lo haga de todos los hermanos como consecuencia de haber descubierto la utilidad de los deportes de invierno. Y digo esto porque cierto día en la sierra madrileña, practicando una de sus favoritas aficiones inculcadas por su padre, hace esquí junto a una muchacha que suele aparecer por la estación invernal vistiendo de rojo. Su nombre es Manuela. La nieve es augurio feliz. Así lo dice el refranero. La sierra también participa del clan, especialmente su padre y su hermano Ramón que son frecuentes compañeros de correrías por todos sus vericuetos. Como consecuencia de ese *slalon* que termina en la pirueta del compromiso matrimonial, los viajes de extensión cultural van a sustituirse esta vez por viajes de boda. Nuestro pintor ha cambiado impresiones con sus amistades más íntimas, e incluso ha habido una especie de consejo familiar para llegar a formar el proyecto de itinerario que exige la felicidad. Francia resulta estimulante porque es, como se sabe, el país del amor, pero Italia quizá parezca más sugestiva y ofrezca la tentación de traerse de contrabando sus espléndidas coloraciones.

Con grises de Borgoña para imposter esas crisis espirituales en las que uno no ha decidido todavía si el estilo es una forma a la que amoldarse o una innovación revulsiva en la que encontrarse, y con los verdes y azules amalfitanos que muchas veces nos dejan en la encrucijada sin saber qué camino tomar porque quedarse en el cielo resulta una gorronería, Lapayese regresa vencido o convencido —según se

mire— por las evanescencias tan tentadoras siempre para hacer de nuestra capa un sayo y por esas otras concretidades que por su perfección parecen evidenciar las propias limitaciones. Francia es una experimentación ensayística. Italia es una verdad imposible de asimilar en un solo trago. Queda el tiempo por delante para reflexionar sobre estas vivencias maquiavélicas que nos depara el destino y alguien ha dicho que a Italia se vuelve siempre y que a Roma se va por todos los caminos. Existe un momento en que el pintor se plantea su aventura estética dejando a Italia entre paréntesis, dejando en letargo esa ansiedad de regresar al lugar en el que ha sido posible encontrar casi todas las claves y seguir viviendo con arreglo a una realidad impositiva, neutra y trascendente. Participará más tarde, representando a España, en la VII Bienal de Sao Paulo (Brasil), en el año 1963, con esas creaciones pictóricas que podemos recoger con la denominación genérica de «serie de los telares». Y así acaba para el pintor madrileño, inquieto y completamente consciente de lo que es capaz de conseguir, José Lapayese del Río. Acaba la época del abstracto, casi impuesta por las circunstancias, a la que el pintor tenía necesariamente que ofrecer su respuesta. Una respuesta de artista plástico conocedor de la materia y de las aplicaciones que de ella dimanaban hasta sus últimas consecuencias factibles. No hay pintura abstracta capaz de sobrevivir si no tiene un tratamiento ennoblecedor y rico de factura. La calidad de los abstractos lapayeseanos se debe a la sabiduría del taller. No sólo los premios ganados en buena o discutible lid y las exposiciones realizadas, con o sin las necesarias apoyaturas, van a

decidir la suerte ulterior de un pintor y su definitivo prestigio. El abstracto es la prueba de fuego y las aportaciones matéricas definen el grado de imaginatividad de un creador cuando éste no se queda en efectismos superficiales, en snobismos de feble textura que sólo ponen en evidencia su falta de imaginación y su poca tradición de hombre de taller. Las representaciones abstractas de Lapayese habrán dejado su impronta en la Galería Neblí de Madrid, en «Arte actual» en Santillana del Mar y también, en Santander capital, en los «Salones de mayo» de Barcelona, en «Internacional de Arte Abstracto», en Aschaffenburg y en «Spanisches Kulturinstitut», de Munich.

Todavía al final de 1963, Lapayese vuelve a Inglaterra para exponer en la «Ideal Home Exhibition» una serie de guadameciles y cordobanes del taller de su padre, que se verá incrementada por óleos de su propia firma.

A partir de su participación en la Feria Internacional de Nueva York, «Pintores Españoles Contemporáneos», en la que interviene con dos paisajes de tema arquitectural, inicia una de sus más prósperas etapas pictóricas, en la que ofrece prodigiosas arquitecturas ciudadanas que hacen trasparecer, a través de sus graciosas implicaciones, el ambiente topográfico a que están referidas. Quizá una de las más brillantes muestras de este nuevo modo de hacer sea la «Arquitectura de Huesca», que le valió el primer premio de la I Bienal de Pintura de Huesca.

En este trance a que ahora me estoy refiriendo, definido ya en sus naranjas erosionados y en esas temáticas silenciosas de penetración en el vacío con

mansiones abandonadas, oquedades yertas y cales destellantes con puertas para siempre selladas y deserciones irrevocables, Lapayese ha tomado conciencia de una nueva situación, de una ansiedad que le conmina a nuevas búsquedas y a la necesidad de establecer diferentes tensiones.

JUICIO PERSPECTIVO EN DOS INSTANTANEAS

1. Semblanza humana

En Puerto Chico se agrupa la gente para contemplar el aleteo inquietante de las traineras. Pedreña tiene buena prensa y mejor tradición de trofeos. Se balancean suavemente las embarcaciones deportivas alineadas al socaire del Club Náutico. Nada más fácil que encontrarse con Cristino Mallo sentado en esa especie de invernadero que tiene La Austríaca para los días de sirimiri. A un tiro de piedra está La Puchera con sus apetecibles fritangas y sardinas asadas. Para un apetito más campurriano, queda la mejor taberna que, ya entrando en la cuesta, encontramos junto al mercado de abastos. La marmita y el lechazo no faltan en la carta. Puerto Chico es una de las dos encrucijadas peligrosas que tiene Santander. La otra es los Cuatro Caminos, al final de la Alameda. En esta de Puerto Chico resulta inevitable que un coche nos amenace de muerte aunque transitemos por el paso de cebra. La columna trunca que preside la plaza suele aparecer como fondo de nuestros habi-

tuales encuentros veraniegos. Esta vez es Lapayese del Río, un pintor invitado al Curso de arte de la Magdalena, que nos ha llevado y traído en su coche, que en Santander se convierte en solícito receptáculo de la amistad. En él nos trasiega y nos instala con la habitual distinción de su trato amable, que viene a ser como el color calabaza que, sabiamente, intercelula sus telas. En el anticuario Pereda de junto al Cristo no ha encontrado Lapayese una vihuela que persigue denodadamente para su colección, pues es un pintor ordenado que **instrumenta** su técnica y, siempre que puede —con sus fondos de lumbre vespéral— da calabazas a la realidad.

—¿Vais para el palacio? Os subo.

—¿Al puerto pesquero? Os llevo.

La pintura, hoy en día, tiene directa relación con el arte de invertir y el de subastar. Esto ha hecho que los pintores, al establecer sus perspectivas y ámbitos espaciales, se hayan acostumbrado a manejar ciertos factores de funcionalidad matemática. Caminando por los alrededores de LOS PEÑUCAS, adonde nos lleva el olor de los chipirones encebollados, pasamos por delante de la lonja pesquera. Entramos para olfatear aquello. Huele a pescado, como era de esperar; José Lapayese ya está captando, desde el anfiteatro en que se acoda, nuestra curiosidad observadora, los ademanes de esas mujeres de Sorolla que se arremangan los bordes del refajo y, con actitud raquera, sueltan la jerigonza de su descontento ante la alta cotización de la sardina. El guirigay de los que licitan y el argot un tanto rumanesco, con perdón de Vintila Horia, nos dejan estupefactos. El olor a pescado, con su entidad fosfórea y la náusea degradan-

te que provoca, nos acerca a la escatología. Veo en el gesto de Lapayese del Río que sus percepciones cromáticas se polarizan en una ilusión de perspectivas que sustituyen los espacios por las transparencias.

— ¡Esto es subastar! Ya quisieran los de la galería Durán.

Los yertos tinglados, velados por amplias cortinas de redes puestas a secar, constituyen la escenografía de nuestra ruta. De pronto, ante una barcaza desventrada, Lapayese del Río se detiene, sustituyendo instintiva y mentalmente la herrumbre y el escaramujo que condecoran aquellos viejos costillares por su color naranja.

— Mira esas cuadernas... Qué rica es a veces la materia sin necesidad de tocarla.

Pero quizá sus ojos se encuentran más comprometidos con el signo trágico de las casas colgadas de Cuenca. Cualquiera diría que esa ciudad tenebrosa que grita, como escapando a la voracidad de las hoces del Júcar, fuese una percha. José Lapayese ha trabajado esos muros deslucidos sobre los que chorrea una pátina temporal que consigue redimir estéticamente la vida amenazada de tan viejas arquitecturas. No existe el espacio, sino lo que el espacio contiene revelado sobre un plano. Un cuadro no es una ventana. No es necesario mentir con subterfugios y virtuosismos cuando la realidad del color es la única aceptable pictóricamente hablando. En los caminos del arte plástico, lo que más importa es la determinación de la luz y las conjunciones cromáticas.

Uno de los últimos premios obtenidos por Lapaye-

se del Río ha sido el de la Primera Bienal de Pintura de Huesca. En su obra premiada, el planteamiento es análogo al de otras ciudades que él interpretó. Aunque la pintura es de caballete, se podría valorar como un mural cuyo tema concierne a un ámbito arquitecturado perfectamente concreto. Titula su cuadro «Arquitectura de Huesca». Sus elementos están sabiamente resumidos en un acervo de volúmenes superpuestos, integrados, trasparecidos a través de cada una de las motivaciones que identifican los pueblos pintorescos y rudos de la provincia de Huesca, tales como Alquézar, Ainsa, Ansó y Siresa. Los mediopuntos, las chimeneas cónicas, los soporales tienen esa concretidad de paisaje, casi absorbido, ante una síntesis reveladora del verdadero arte —no hay figuras, no se acusa el menor intento de profundidad—, porque cada día está más claro que el verdadero arte es el que se consigue a fuerza de sintetizar, eludir y sugerir.

José Lapayese del Río vive como corresponde al esplendor silencioso de su obra creadora. Su propia personalidad se revela como abrigada por fieltros que amortiguan toda posible discordancia. Vive en olor de prosperidad. La pintura atraviesa en nuestros días una aceptación social, cuyas razones no analizaremos aquí, que se refleja en el ambiente íntimo de sus profesionales. Recordemos el estudio deslumbrante de Margarita y José Frau en Olmeda de las Fuentes, los de Beulas en Huesca, El Escorial y Madrid; el de Vela Zanetti en Milagros —pueblo de la provincia de Burgos— o el de los Vaquero en Segovia. Artesano de calidad en el ejercicio de las artes accesorias (pundonorosa tradición de la escuela ma-

drileña) —marcos, telas, bastidores—, alquimista mágico en la preparación de sus técnicas —tierras, encáusticas— y poeta en la integración telúrica de sus poblados y en la conjugación pentagramática de sus naturalezas muertas. Su casa es un dúplex tan confortable que justifica que todas sus tentativas creadoras respondan necesariamente a un clima esperanzador. Sus dos plantas se comunican entre sí por medio de una escalera de caracol que todos hemos buscado inútilmente en rastros y almonedas, pero que él ha sabido encontrar como quien halla un camino que conduce, como en el Laberinto de Creta, a las difíciles regiones del mito, a la mansarda de lujo tan lejana de la tisis galopante de Colette, al desván de la quimera techado por los ángeles con plaqueta de pizarra francesa. Allí están sus viejos instrumentos de cuerda, sus ciudades deshabitadas, su intimidad insobornable, sus caballetes fabricados con vigas de masía, de esas que muchos no ven en su propio ojo: allí cuenta en todo momento con la colaboración de Manolita, su mujer (yo prefiero el diminutivo al apócope), que se queda definitivamente con las Avilas perdidas que pinta José Lapayese y que tanto estimulan su ánimo a través de la admiración humana que siente hacia la Santa Doctora.

Ante tanta magnificencia podría decirse que José Lapayese del Río, miembro de una dinastía de artistas que nadie desconoce, ha sabido hallar una de las cosas que más torturas e inadaptaciones originan en el ser humano. Ha encontrado nada menos que su entorno adecuado. Después de este hallazgo, Lapayese ya no tiene más que abrir el balcón de su terraza y contemplar el huerto de las monjas y decir

a la luz con gesto cortés, como es su costumbre, que ha tomado posesión de su casa. Y después, encontrar la hora crítica y exacta para ponerse a pintar. Lo demás para él es muy sencillo. Quizá la hora crítica del artista es la de ese resplandor de hoguera que viene a ser como cuando el sol agita su pañuelo de despedida. Y esa hora lánguida es como un caldo de cultivo donde se encuentran las soluciones, donde se ponen las cosas en su punto, donde todos los relojes cantan al mismo tiempo. Esa hora va a repetirse extramuros de la realidad porque la realidad es como un barrio de cotidiano tránsito que sólo puede contemplarse en la medida en que se abandona para poderlo ver por entero y por verdadero. Para contemplar Avila, Lapayese se sitúa extramuros, tal vez junto a uno de los cuatro postes donde Teresa retrepó su espalda para sacudir la arena de su zapatilla andariega. Y entonces Avila es eso que se queda en el recinto, pero con una tan sabia dislocación de alturas, que Lapayese no tiene más trabajo que el de prescindir de todo aquello que no entra en el paquete. Un paquete o recinto de recia piedra convencida de que la hipertrofia de una ciudad es la ruina definitiva de su estética. Todas las ciudades deberían tener su puerta y su llave, su principio y su fin, su ternura y su intimidad. Pero eso, que queda extramuros, no existe para la subjetiva disposición anímica del pintor, que basa su versión en una metasíntesis plasmada sobre la llamada tal vez atribuible al resplandor de la antorcha viva en la que ardía el espíritu de Juan de Yepes.

(LAPAYESE DEL RIO.

«BELLAS ARTES 75», Madrid, n.º 46, octubre 1975.)

2. Valoración crítica

Lapayese del Río es huella encontradiza, hecho frecuente que nos admira y nos lleva a la reflexión emocionada en el mundo de la plástica. Su nombre se reitera en el flujo y reflujo de la noticia y su labor se nos ofrece cada vez más decantada y más plena. Sus últimas creaciones nos suscitan principalmente los comentarios que encauzaremos bajo los siguientes epígrafes: cromatismo, tratamiento matérico, inercia y éxtasis, arquitectura y paisaje.

Sin ningún propósito de establecer un orden de prelación en las anteriores formulaciones, tengo que reconocer que el concepto de cromatismo quedó certeramente instalado en lugar preferente, porque Lapayese del Río tiene en el color su más perfecto aliado. El color le es fiel en el resultado de esa hipertensión con que el epitelio accidentado de sus telas se granula con una sensualidad que se apoya en el valor esencial del concepto cromático. El color no es mera sensación, sino realidad evidenciada hasta la prueba del tacto. Lo que pinta se toca, además de contemplarse. Consecuencia inmediata de esa valoración cromática es su pretensión y su logro de ir por delante de la realidad en cualquiera de sus proposiciones. Si se quedase en la realidad misma un pintor como él, capaz de congelar el rictus más esotérico e inaprehensible de la materia contemplada, su pintura no tendría en definitiva esa sugestiva pujanza que salva el hecho estricto de la realidad y lo pondera, concediéndole un valor expresivo que en rigor es lo que debe pretenderse para evitar el

error de incurrir en las mimesis. El color decide y el color nos adentra en la composición y en el tema por el camino más corto de la perfección. Pero Lapayese del Río —como los demiurgos del gran teatro— establece unos convencionalismos esquemáticos que van a servir para reducir el campo creador a unas cuantas sensaciones positivas. La experiencia sirve para eso: para llegar a certeras conclusiones, que es lo que no suele conseguirse en los congresos internacionales. Divertirse es, en el fondo, lo que hace el congreso y el hombre en cuanto se formula el propósito de huir de su propia espiritualidad. La diversión no es otra cosa que la otra versión oculta e incofesable de nuestra personalidad. Cuando un artista se compromete en su propia responsabilidad, lo que hace en definitiva es apretar su contextura, evadirse de la dispersión. El valor convencional que tiene el color en la pintura de Lapayese del Río es un valor de síntesis.

No resulta menos importante su tratamiento de la materia, que también es consecuencia inmediata de un insospechado convencionalismo. Consiste en no conformarse con el efecto plástico, fácilmente determinado por la riqueza cromática, tratando entonces de que la materia sea un recurso último para la revalorización del color. Lapayese busca y halla la dimensión del color en la propia dimensión de la materia, y la materia está tratada con ese tacto caricioso y lento con que va urdiendo lo que pudiéramos llamar la «mecánica de la composición». Sin un perfecto conocimiento de todos estos ingredientes no existiría esa ingresión totalizadora que es la suma de color, más materia, más volumen, más intención temática.

La inercia —otro de los convencionalismos estéticos felizmente resueltos por Lapayese del Río— se define como obtenida en un vacío neumático en la soledad de esas ventanas huecas, de esas mansiones perdidas, donde sólo la acción del olvido ha logrado hacer de ellas, con la erosión y el polvo, materia de indolencia y misterio. Diríase que en la condición estática del arte plástico se salva la realidad del movimiento de las formas. La pintura no revela una acción dentro de una indeterminada génesis, sino una simple instantaneidad que verifica o paraliza el ámbito vivo que el artista contempla y secunda con su propio agonismo. Siempre el arte es, en cierta manera, una distorsión de lo real, aun cuando parta de la propia realidad. Bien es cierto que en las composiciones de figura se intenciona el movimiento; pero ni eso siquiera pretende Lapayese del Río cuando coloca el semblante de una vieja mujer, como petrificada por un silencio irrevocable, detrás de las mallas de una alambra. Especula el pintor con una desolación inerte, en cuyo mundo letal campea la soledad como una acusación. Ese campo planteado como un cosmos sobre el que cabe establecer la guerra, la deserción del hombre hacia los núcleos urbanos o la promesa telúrica de un nuevo ciclo vital de imposible predicción; esas casas vacías donde la vida se representa únicamente a través de las huellas del pasado están potenciando la inercia como un recio valor temperamental que testifica una terrible inquietud, una elocuente desazón.

Sin embargo, y pese a cuanto acabamos de enunciar, el mundo pictórico de Lapayese del Río se nos ofrece sin abjurar de la belleza. Ni la soledad ni

tantos otros factores determinantes de nuestro brutal decadentismo consiguen esa depresividad de muchos de nuestros pintores, que reflejan, como recurso o como denuncia, un inframundo sórdido, decolorado y vanamente justificador de un innecesario feísmo. Dicha actitud desvela una conducta ciertamente responsable que viene a consistir en hacer lo posible porque el hombre encuentre de alguna manera la esperanza que necesita ineludiblemente para su propia supervivencia, y así, Lapayese del Río hace ofrenda del color en generoso raudal y logra desobcecar al que contempla, como logra también que el propio paisaje se redima, que el propio vacío se colme en la misión que el hombre, valor potencial absoluto, contiene para su propia redención. Tanto sus paisajes como sus ciudades parceladas y vistas a través de secretísimas lentes, como la capa cortical de un tejido, nos ofrecen quizá el más definitivo y logrado de sus convencionalismos pictóricos, que no es otro que la superposición de ámbitos para darnos esa visión conjunta, casi críptica, que enriquece y multiplica las posibilidades de nuestra óptica, también en cierto modo convencional.

(«LAPAYESE DEL RIO».)

Bellas Artes 76, núm. 54, noviembre 1976.)

EL PINTOR ANTE LA CRITICA

Santiago Arbós Ballesté

Lapayese del Río —así firma José— es un pintor inmerso en la corriente estética de nuestro tiempo, hombre con curiosidad bastante para adentrarse en el campo de la investigación y abrir nuevos caminos en la fértil selva de las materias plásticas y colorantes. Se muestra generalmente como pintor abstracto sin compromiso, reservándose siempre el derecho de recurrir a la figuración cuando le apetece o cree que la obra la necesita. Por supuesto que esta figuración no pasa de la alusión o el esquema gráfico. Su estética es limpia y amable. No se deja dominar jamás por la materia, sino que se sirve de ella lúcidamente y la conduce, según sus deseos, al fin propuesto. Se advierte con facilidad que toda su obra está presidida por un espíritu ponderado y un gran rigor compositivo. Sus obras más felices suelen ser las que aparentan mayor sencillez, las logradas por un puro equilibrio de sensibilidad.

El módulo de composición de Lapayese del Río es el cuadrado, figura geométrica bien simple, pero que jugada con imaginación y tacto puede conducir a resultados sorprendentes. Y ya es curioso que unas

composiciones en que dominan las formas rectangulares no resulten frías. El secreto de este fenómeno está, creo yo, en el tratamiento de las texturas, en la yuxtaposición de las calidades, en la dicción del color.

Lapayese del Río posee una paleta bien definida y personal. Sus blancos marfileños, sus amarillos ácidos y pajizos, sus tonos tostados, sus luminosos rojos y sus dilatados negros componen, en la memoria, un acorde cromático inconfundible.

(JOSE Y RAMON LAPAYESE
«ABC», Madrid, 20-II-1964.)

Carlos Antonio Areán

El «Refectorio de monjes», del inconfundible, inimitable y personalísimo Lapayese, no sólo no es la mejor obra de este joven y extraordinario maestro, sino que ni tan siquiera es su mejor obra de temática y espíritu sacro, ya que en estos mismos días expone en Bellas Artes una gigantesca «Sagrada Cena», auténtica obra maestra que merecería para ella sola un largo y ditirámico ensayo, y un delicado, finísimo «San Francisco», en el Museo de Arte Moderno, obras ambas de mayor calidad. A pesar de ello, este Refectorio de Darro, que dentro de la total obra de Lapayese no pasa de ser un cuadro más, es, no obstante, uno de los mejores de la exposición que

estoy comentando. En Lapayese —y estremece pensar que este pintor no ha cumplido aún treinta y cinco años— se realiza el milagro de que una genialidad indiscutible coincida con una maestría técnica en absoluta posesión de todos los recursos de oficio. En el Refectorio la composición perfecta, los estuendos colores planos, la gran densidad de la pasta, los seguros nada fortuitos ni nerviosos, sino siempre lentos y medidos acuchillados; el geometrismo flexible, armónicamente combinado con superpuestos y no muy extensos arabescos curvos, todo lo que representa la más depurada y constructiva tradición de la mejor pintura española, contribuye, al igual que en todas las restantes obras de Lapayese, a crear un cuadro vivo y admirable, en el que genialidad y maestría se hermanan.

(LA EXPOSICION HOMENAJE A FRA ANGELICO.
«Arbor», Madrid, núm. 170, febrero 1960.)

En toda la familia Lapayese hay una mezcla extraña de fidelidad a la tradición y de innovación arriesgada de procedimientos conformadores del espíritu de la obra. Hay también una reelaboración de viejos conocimientos que parecían periclitados y que adquieren un nuevo sentido al ser incorporados a contextos diferentes. Toda esta situación familiar condicionó desde su primera muestra la evolución pictórica de Lapayese del Río. Se inició ésta con una pintura de carácter religioso rigurosamente plana. En una época en que el entusiasmo por la materia, que luego exacerbarían entre nosotros los informalistas,

tenía escasa predicación en España, ordenaba José sus monjes o su Santa Cena en posición estrictamente frontal. Prefería entonces la simetría bilateral y condensaba toda la emoción en la aplicación de múltiples capas de pintura superpuestas que hacían que el grosor del empaste generalizado creciese milímetro a milímetro, en estratificaciones sucesivas, igual que acaece con el tronco de un árbol. Las superficies eran tersas y acariciables. No había un solo grumo, pero sí levísimas ondulaciones producidas por la propia dinámica del proceso de creación. Los colores tendían a ser claros en un intento simbólico de que la armonía del color sirviese para crear ese ambiente de paz que ya constituía entonces y sigue constituyendo hoy una de las aspiraciones máximas de Lapayese. El dibujo tenía una gracilidad picassiana, pero no desbordaba la mancha de color, ni se metía dentro de ella. El recorte era así tan neto entonces como el de la nueva abstracción argentina del último quinquenio.

El trasfondo siguió siendo siempre el mismo, pero algunas veces aligeró Lapayese la materia y encabalgó imágenes esquemáticas sobre trasfondos abstractos de manchas interpenetradas y la descascarilló, otras dramáticamente, en una reelaboración estrictamente suya de la albañilería informal. Cabe a este respecto recordar que a mediados del decenio de los cincuenta, cuando se estaban comenzando a concienciar en Madrid todas las inquietudes que desembocarían luego en la crucial aventura de «El Paso», vivió Lapayese una etapa abstracta que nunca he comprendido por qué razón abandonó antes de tiempo y en estado de gracia. Fue la época de sus

telares, en los que el pretexto impulsor era el esquema de un telar vertical. Casi todos los lienzos de la serie eran sinfonías en blanco, en las que renunció ya a arrancar fragmentos de materia y se limitó a erosionarla con levedad microrrealista. Por debajo de la ordenación, otra vez plana, parecía haber un recuerdo de los lineamientos cubistas, pero cambiados de signo. Lapayese ni hacía el análisis del objeto, ni lo reconstruía sintéticamente a partir de sus elementos más representativos. Se limitaba simplemente a apoderarse de su escritura y a borrar luego todo camino hacia una posible identificación. Estas estructuras se abrían ilimitadamente hacia los cuatro lados del soporte y eran, por tanto, rigurosamente especialistas desde unos cuantos años antes de que dicha variante de la abstracción se hubiese puesto de moda entre nosotros.

La aventura de los telares se terminó con la brillante participación de Lapayese en la Bienal de Sao Paulo de 1962. Me he ocupado en otros lugares del efecto de consolidación que la participación en esa Bienal produjo en el Brasil y de cómo condicionó el momento más variopinto del intenso período informal que atravesó la nación hermana en aquellos años. Otra Bienal, la del 58, había tenido un efecto desencadenante a través, también, de la representación española y de la labor sintética del equipo nipo-brasileño. La del 62 no sólo consolidó la trayectoria anterior, sino que la orientó durante un brevísimo intermedio hacia un espacialismo que desembocó al año siguiente, en un proceso similar al español, en una etapa de tendencias en lucha, paralela a la que está enriqueciendo la variedad de

nuestro panorama pictórico de vanguardia desde 1963.

Lapayese había participado sin estridencias en toda esta ascensión en espiral. A partir de entonces no cabe hablar de etapas en su evolución, sino de maneras recurrentes. El siguió por tanto evolucionando en espiral y se convirtió así en una especie de resumen de lo que era en su conjunto la época de las formas en lucha. Volvieron las ordenaciones planas de inspiración cubista, pero convertidas ahora al mismo tiempo en extraños bodegones neoplasticistas. El color seguía siendo plano, en tanto el ajedrezado de algunas formas ratificaba el aplomo y el rigor de las estructuras. En otras maneras se dejaba ganar Lapayese por el arquetipo de la ventana. En este caso la dedicación era obsesiva durante el tiempo que la manera duraba. La dominante blanca se imponía sin concesiones y eliminaba los rojos difusos y los azules líricos, que combinaba con los blancos marfiles en la anteriormente recordada. Desaparecía también todo resto de estriado y de desconchado, pero exageraba la verticalidad para mayor objetivación de una serenidad existente, es cierto, pero anhelada también en un grado más alto.

En esa época le preocupaba reproducir en los lienzos estructuras arquitectónicas, pero la ventana seguía condicionando el conjunto de la composición. Primero fue alguna ventana sola; luego grandes perspectivas urbanas en las que todo era ventana; más tarde la torre con su ventana en lo alto. Sabido es que para Jung, en su obra «Psicología y Alquimia», la ventana es siempre un símbolo de la conciencia, pero más todavía cuando aparece en lo alto de una

torre. Lapayese traduce así intuitivamente su deseo racional de entrar en posesión de todo su ser y de conocer las últimas causas de sus actos. Es un problema de motivaciones que desea reducir a medida y a orden, pero no por ello deja de ser la ventana un símbolo de todo aquello que deseamos alcanzar no sólo en nuestro subconsciente, sino más allá de nosotros mismos. El dominio de la lejanía, de la omnímoda libertad, es un deseo imposible, pero acuciante. En Lapayese lo es tanto que alguna de sus ventanas ha sido bautizada por él con el título de «La ventana de la libertad».

Luego llegaron —era de esperar— las ventanas cerradas o atravesadas por barrotes o con cuerdas atadas. También, en sus representaciones más dramáticas, con tablas hiperrealistamente pintadas que hacían imposible la utilización de su hueco. En estos lienzos la maestría de la factura era insuperable. La calidad de la cal se hacía tan palpitante como la vida misma y aparecían incluso unos chorreados gestuales que jamás habían existido en la pintura de Lapayese. El poder imperioso de la madera era, no obstante, servido por una técnica artesanal, con aplicación vertical del pigmento y estriado posterior. Si la libertad absoluta es imposible, la ventana sigue actuando como símbolo, pero con una toma de conciencia de que habitualmente nos ha sido cerrada no por nada o por nadie en concreto, sino por el encadenamiento total de todas las causas y todos los efectos que condujeron a la evolución desde el estallido originario hasta nuestra posibilidad de reflejar transitoriamente su situación actual.

La obra de José Lapayese desciende así, tal como

era de esperar en un pintor que es en todo momento él y no un reflejo de otro ninguno, hasta los grandes arquetipos del inconsciente colectivo. Antes del de la ventana, incorporó también a su versión religiosa del mundo el del Salvador y el del Amor Fraternal. Después del de la ventana, el de la reja y la red. Sabido es que este otro arquetipo era para Wilhelm, en «Laotsé y el Taoísmo» el que expresaba plásticamente nuestra imposibilidad de evadirnos a las concatenaciones del universo. Lapayese sabe, igual que los autores de los viejos mitos del Extremo y del Medio Oriente, que todo está relacionado con todo y que jamás podremos edificar nuestra vida fuera de nuestros condicionamientos hereditarios y sin contar con que nuestra relativa libertad tiene que encontrar su camino a través de la red de la también relativa libertad de los restantes seres humanos. Como hay algo de Laotsé en esta visión lapayesiana del mundo y como nuestro pintor es un hombre que concilia la fe con la aceptación, termino con unas palabras de Laotsé, imagen previa de su pintura impar; estas líneas:

*«Donde no hay fe,
nada puede ser alcanzado por la fe,
y entonces se recurre a las palabras.»*

Lapayese no recurre a las palabras porque parte de una fe. Su pintura no es narrativa, por tanto, pero sí representativa de hechos anímicos de validez universal. Pintura anclada más en el inconsciente colectivo

que en el individual y asequible, por tanto, a todos los hombres.

(LAPAYESE DEL RIO.
«Guadalimar», Madrid, marzo 1977.)

José Camón Aznar

Pocas veces se ha admirado una congruencia más perfecta entre dibujo y color. Líneas firmes, netas, de una claridad casi geométrica, de una seguridad que arma el cuadro con varillaje de hierro. Y entre estas líneas, no disimulado, sino exaltando aún más su estructura, unos colores juveniles, estallantes de gozo, de una vibración que llena el cuadro de una feliz algarabía cromática. Cielos de color naranja —su tono preferido—, azules de esmalte, rojos suntuosos, negros que no enlutan, toda una gama de una exaltada jovialidad.

En esa penuria temática del arte actual, cuando cada artista parece vocado a una sola visión del mundo, José Lapayese del Río nos da una multiplicidad de interpretaciones. Paisajes anchos y esquemáticos, arquitecturas multiplicadas y encimadas, visiones urbanas o rurales, sentidas siempre con gran acuidad de dibujo y color. Y hay algo también que nos interesa consignar: Lapayese del Río, hijo de aragonés, tiene algo de la reciedumbre y honradez de su raza. Su esquematismo no ahorra dificultades. Ni concesión a los ismos corrientes que un triunfo

tan fácil como perecedero le asegurarían, ni tampoco pervivencia de formas agotadas. Un universo, el de Lapayese, tan juvenil y luminoso que ha desprendido de él a las sombras. Las formas se superponen en planos limpios, y son los mismos colores los que crean las distancias y una perspectiva, ritmada por su brillante cromatismo.

(PRESENTACION DEL CATALOGO, EXPOSICION EN ZARAGOZA, Sala «Luzán» (Caja de Ahorros), marzo 1972.)

El arte de **Lapayese del Río**, tal como se nos presenta en su exposición de la Sala Alfil, va ganando en simplicidad, en valores alegóricos y en pérdida de los muertos claroscuros.

Sus volúmenes se atenúan, y prefiere los planos superpuestos, recortados y leves, que sean, a la vez que una alusión realista, una zona de color. Se armonizan así unas superficies de delgada materia y de tintas cada vez más cristalinas. La dificultad de este arte es que primen en él los valores decorativos sobre los puramente plásticos, sin que esas referencias a las cosas vivas se desvanezcan en la pura mancha. Ahora creemos que este pintor está en un momento de equilibrio en el cual los valores sensoriales se compensan con los representativos en unos ritmos de tendencias paralelas.

(CRONICA DE MADRID. LAPAYESE DEL RIO «GOYA». Revista de Arte, Madrid, n.º 22, enero-febrero 1958.)

La pintura de Lapayese desde sus comienzos se nos apareció formada por una materia delgada y lírica con las formas planas por la refinada sensibilidad con que el color se extiende sobre el lienzo. Al principio esta coloración de emocionante pureza se apoyaba en temas reales. Poco a poco el éxtasis por el color se fue haciendo más excluyente. Los problemas perspectivos perdieron fatalmente importancia, pues los planos sucesivos imponían también planos de luz con las sombras consiguientes. También se eliminaron los temas que llevaban consigo relieves con sus durezas claroscuro y las expresiones que se formulaban con trazos no sostenidos en la pura efusión cromática. Y se redujeron a aquellas formas que fueran simples campos de color. Y últimamente la esquematización ha sido absoluta y sus cuadros se hallan en una zona del arte abstracto en el que han caído fatalmente por esa exaltación casi sacral del cromo por sí mismo. Los lienzos tienen ahora calidades musicales. Tintas siempre claras, superpuestas en fajas para evitar contubernios cromáticos, amarillos, blancos, rosas, todos como extendidos entre líneas de pentágono. Todas delgadas, trémulas, evanescentes de pureza, de inefables armonías.

(LAPAYESE, en «XXV años de Arte español». Palacio de Exposiciones del Retiro, octubre-noviembre 1964. Madrid, 1964.)

Antonio Manuel Campoy

... A José Lapayese del Río no le bastan sus virtuosismos de taller, no encuentra su temperamento una total proyección en el genial remedo de las obras de antaño, en la recreación de los nobles estilos de ayer. Su temperamento es creador, y haciendo un alto en sus tareas de ebanista, de dorador, de repujador, de pintor primitivo o neoclásico, necesita proyectarse él mismo, crear su propia pintura, que será, naturalmente, de las mejor sustentadas, la pintura de un mago del oficio tan menospreciado, ¡ay!, en la actualidad; mejor dicho: tan ignorado ahora. Fundamentada en su dominio de las «cocinas», la pintura de Lapayese del Río ha de ser necesariamente de sólida base, de impecable dibujo, de paleta preñada de perfecciones, de inteligentes atisbos y de ninguna ignorancia. Pero tampoco exenta de ingenuidad y de aventura.

El pintor ha viajado por Francia y por Italia, por Inglaterra y por Africa, por España entera, palmo a palmo, en peregrinación curiosa, olfateante, y de sus viajes se trajo siempre la certidumbre de que el magisterio del taller familiar era más honrado y más creador. También se trajo, cómo no, aires contemporáneos, informes nuevos para su estudio de anticuario, citándose así, en su arte, lo más permanente del oficio de pintor con los módulos y las variaciones estilísticas de los años en que el hombre vive. Yo creo que su hallazgo más obsesionante fue el de Etruria, el de la tumba del Triclinio, en Tarquina, concretamente en la que miró con ojos simbólicos los calientes colores de los danzarines que hacen

ofrendas, los cálidos flautistas que se recortan sobre frisos volados por pájaros, figuraciones a las que el correr de los siglos concedieron pátinas de brillante mineralización, reelaboradas alguna vez por Lapayese, aunque sus cuadros de esta época tarquiniana tenían, generalmente, una materia esponjosa, apretada, como de un delicado mazapán. En estas inspiraciones etruscas de Lapayese las cosas se deshiera-
tizaban a impulsos del musical movimiento interior que el pintor les concedía, aunque conservaban por puro acento decorativo un arcaísmo delicioso, especialmente en la representación frontal.

Estos colores calientes, alternando con gélidas empastaciones, servían para moldear, siempre con la espátula, instrumentos musicales, niños y santos de candor gíotesco, suaves, lejanos, santos y vírgenes que han podido consolarnos de la decadencia de nuestra actual pintura religiosa. Estas figuras estaban pintadas superficialmente, con sienescas gamas; pero bajo ellas, de trecho en trecho, desvelaba su pulida preparación el lienzo, o la estofada tabla, sirviendo de decorativo contrapunto estos destellos de raspado esmalte, de rayada laca. Pero (¿por qué sería?) Lapayese se ha ido apartando gradualmente de aquel reinventado realismo suyo, y sus últimas obras carecían de asunto referencial, aunque cada vez son más ricas en materia y tal vez de paleta más sabiamente personalizada.

No creo que nuestro pintor se destematice siguiendo la moda, maniobra incompatible con su noble carácter. Creo más bien que a Lapayese le sucede lo que a casi todos los que por encima del valor narrativo se dedicaron a mimar la materia pic-

tórica. Algo de esto le viene sucediendo a Pancho Cossío, fatal autor de verdaderos cuadros abstractos. Y es que uno y otro, Cossío y Lapayese, están enamorados de sus fabulosas «cocinas». Bien. Nos quedaremos sin temas, pero tendremos pintura. En los últimos cuadros del joven maestro madrileño siguen protagonizándolo todos los colores y la empastación musical, y hasta hemos tenido la alegría de verlo renacer a sus invenciones sensibles.

¡Qué lección de laboriosidad la de este pintor! Vive para pintar, para aprender. Su estudio, aldeaño al taller paterno, parece el cuarto de un alquimista de Teniers. Allí se pasa las horas investigando, y cuando se cansa, baja al salón de música y, con su hermana al piano, y con su hermano Ramón, el escultor, al violín, arranca a su violoncelo largos y aterciopelados motivos de Bach o de Prokofiew.

(EL PINTOR Y SU PINTA. LAPAYESE DEL RIO.
«La Estafeta Literaria», Madrid, n.º 294, 20-VI-1964.)

Lapayese del Río, José. (Madrid, 1926.) Pintor que ha sido capaz de enriquecerse con lo mejor que han deparado los últimos movimientos de vanguardia y, al mismo tiempo, ha sabido conservar lo que de intrínsecamente pictórico tenía antes de su incorporación al momento, que siempre es lo transitorio. Lapayese tiene una educación estricta de pintor, sus medios expresivos son exclusivamente los pictóricos (dibujo, dicción, paleta), y por eso ha podido lanzarse a cualquier experiencia vanguardista sin perder su original situación de pintor. Los «ismos» podrán ir

sucedíéndose como las hojas del almanaque, pero Lapayese permanecerá en su sitio. Su última obra es de lo más delicioso que pueda contemplarse: Paisajes y bodegones (naturalezas muertas, mejor), en los que desarrollan su sinfonía los colores más acordados, entre los que cantan alegremente carmines y amarillos. Son paisajes y bodegones, sí, y en ellos son perfectamente reconocibles Avila y el laúd; pero son, ante todo y sobre todo, cuadros, puras autonomías de líneas y color, resuelta problemática de pintura, y ello con una riqueza de medios, con una cocina tan exquisita que los individualiza y los adscribe intransferiblemente a su autor.

(DICCIONARIO CRITICO DEL ARTE ESPAÑOL
CONTEMPORANEO. Madrid, 1973.)

José Lapayese del Río siempre es reconocible, original, porque en sus exposiciones se manifiestan evolutivamente las tres constantes de su arte: un lenguaje muy personal, el dominio de las técnicas idóneas y un estar al día en cuanto a los temas. En su muestra de ahora varía el pintor a todo lo largo del tema mural, del muro intrínseco, de la pared humilde de las casas de España, identificándose con ellas hasta el extremo de hacerlas protagonistas de su radiante obra, con un realismo que sólo se amortigua en la poética de los blancos o negros que el sol corrobora. Es, a su manera, una crónica de España, sorprendida en arquetipos de humilde y soberbia belleza.

(«ABC», Madrid, 14-XI-1976.)

Alberto del Castillo

Viene José Lapayese con su prestigio acrecentado por las distinciones conseguidas este mismo año: la Medalla de Plata de la Exposición Nacional de Alicante y el Primer Premio de Pintura de la Bienal de Zaragoza. La obra que trae es posterior a su mencionada exposición individual barcelonesa de 1958. Se ha borrado el recuerdo campigliano de entonces y ha madurado el proceso de quintaesenciación formal, simplificándose el esquema compositivo, mientras se enriquecen el cromatismo y las texturas. Todavía en «Acueducto», de 1959, domina en la composición la alusión al natural y en la paleta los ocre y los grises. Pero ya en «Capitel», del mismo año, se inician los naranjas, que va a ser el color clave, al cual deberá en proporción considerable el optimismo que reinará en adelante en sus cuadros. Así en esa libre y personalísima interpretación de «Avila», pintada en 1961, botón de muestra de la serie ciudades españolas. Los grises persisten y persistirán para compensar el naranja. De 1962 son unos cuantos lienzos cuyos títulos —«Cerámicas», «Ajedrez», «Mesa», «Botellas», «Música», etc.— dejan traslucir la voluntad de no borrar los objetos de la trama estructural, aunque su relación con el mundo real sea menor que su valor en la disposición compositiva y en la armonización cromática. Toman cuerpo los volúmenes y reclama y obtiene mayor atención la materia, por la cual desde ahora va a luchar el pintor. Admirable es su artesanía. Como en las antiguas tablas da a la tela una preparación de

temple y completa la pintura con gomas y pátinas, empleando a veces el óleo fluido. Las calidades son de una gran belleza. ¿Habrà influido la pulcritud de las realizaciones en la de su padre José Lapayese? Estas calidades, la arquitecturación de la composición y el optimismo del color imponen un sello inconfundible a sus cuadros.

Un paso más y llegaremos a «Gran bodegón», de 1963, hermano del que obtuvo hace unas semanas el Premio de la Bienal zaragozana. La experiencia de los lienzos anteriormente citados le ha servido para llegar a esta composición de superior envergadura. De este tiempo son tres monotipos —«Muro», «Molino» y «Composición»— sobre cartulina, de notabilísima técnica. Y, por fin, el «Telar», ejemplo de la reciente serie de este asunto, en el que al lado de los grises y los blancos, perdura el recuerdo de los naranjas, con nuevas calidades conseguidas por el empleo de moldes, de composición en rectángulos, al igual que «Carnaval». El mundo puro y poético de José Lapayese, ordenado y rítmico, ha adquirido por la sonoridad del cromatismo y por el amor a la materia una vibración plástica, que suena como la nota aguda de un clarinazo.

(JOSE Y RAMON LAPAYESE DEL RIO, EN SYRA.
«Diario de Barcelona», 9-VI-1963.)

José de Castro Arines

Aquí está un pintor: José Lapayese del Río. Al margen de esta noticia irán sus merecimientos de pintor y la jerarquía —a través de sus recompensas oficiales— de su pintura. Una de las primeras cualidades que se deben significar en la inventiva de este pintor es su gravedad. Importa señalar esta condición casi biológica de la pintura de Lapayese por lo que ella tiene de meritoria en sí misma y por lo que tiene de ejemplar en el gran concierto del arte de nuestra cultura. La gravedad es aquí sinónimo de compostura, circunspección, nobleza, severidad y seriedad. No son estas en verdad categorías que expliquen en su propio valer los merecimientos de la pintura, pero sin duda contribuyen en gran medida a significar su carácter. Por lo menos, tal sucede en la pintura de Lapayese del Río.

Y con su gravedad, su atención, que es también en buena parte una categoría moral. No hemos llegado todavía a los contenidos expresivos de esta inventiva del pintor, sino que andamos distraídos aún por las partes que con mayor o menor precisión la arquitecturan. La atención es una de sus mayores virtudes, que puede alcanzar tan altos destinos que raye con la sabiduría, entendiéndose que ser sabio a este respecto tiene un significado muy semejante al que Marcel Brion otorgaba a Miró al dar consideración de sabia a su pintura; es decir, concediendo extrema valía al cuidado, rigor, meticulosidad y exactitud en las atenciones de la obra en fábrica, que nace a placer de estos mimos generosos, buscándole el ser de la vida a través de tan rigurosa diligencia.



Interior al campo, 1975.

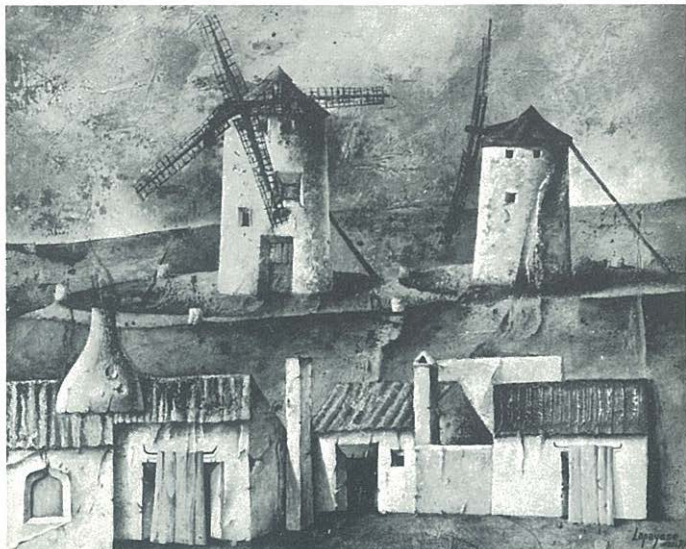


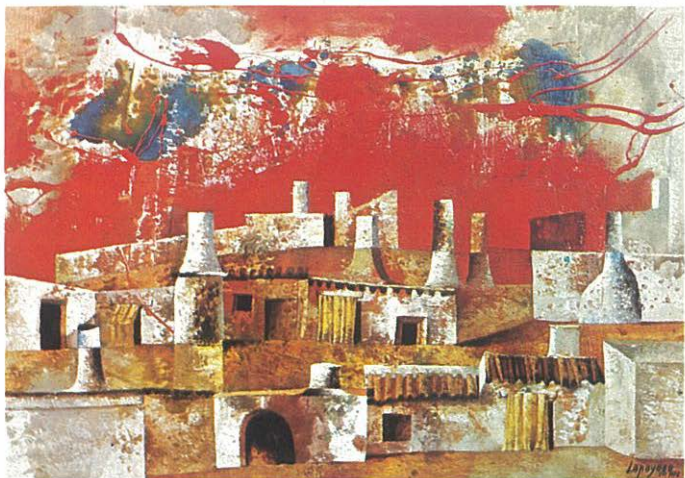
La espera (de la serie «España Blanca»), 1977.



Arquitectura de Alcañiz, 1972.

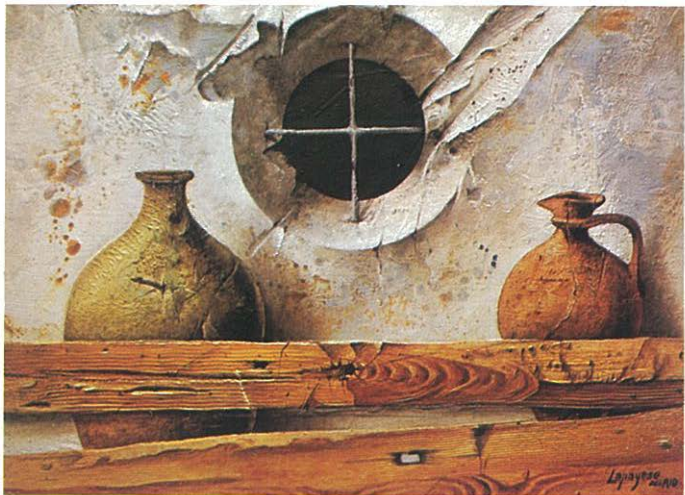
Molinos de la Mancha, 1976





Arquitectura popular, 1975.

El ojo de buey, 1978.





Bodegón de la espetera, 1978.

Bodegón del ajedrez, 1965.





España blanca, 1975.



El Rabadán, 1969.



Bodegón de la mandolina, 1974.



En la nieve, 1954.

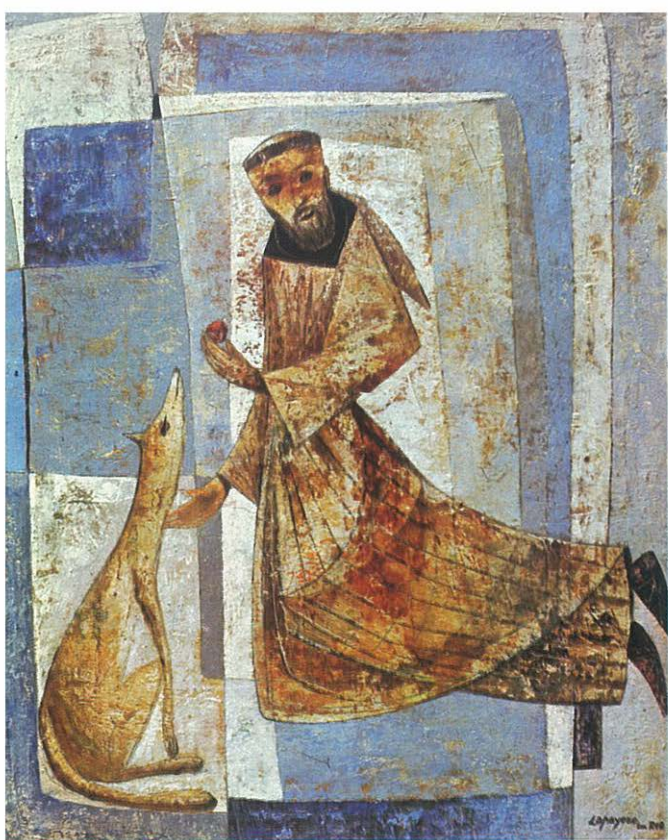




El refectorio, 1960.



La última cena, 1958.

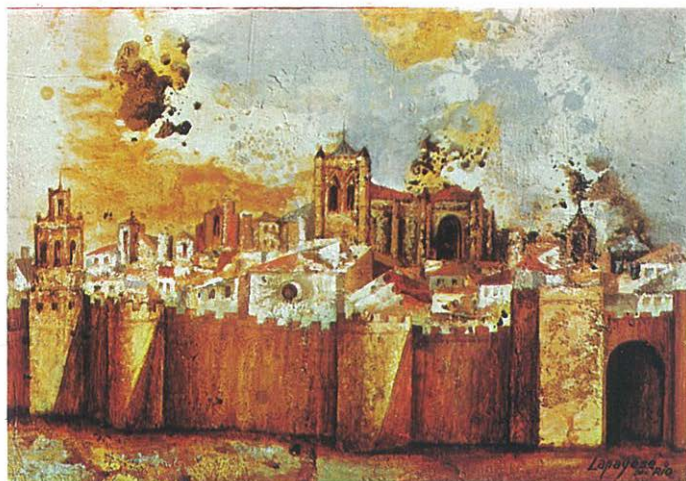


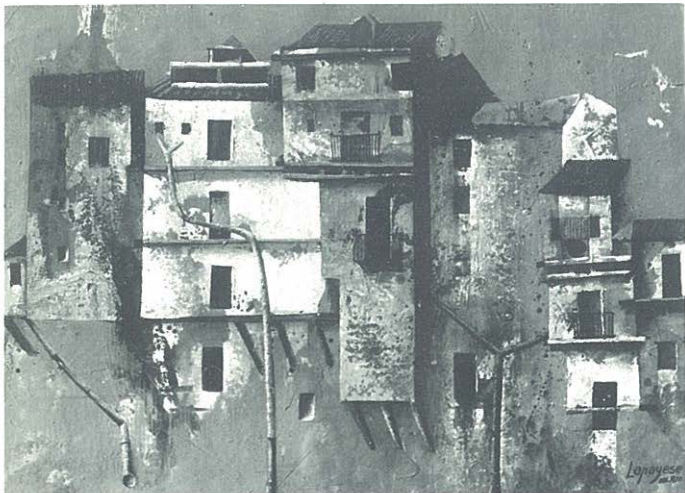
San Francisco y el lobo, 1958.



Tormenta en Toledo, 1977.

Tarde en Avila, 1977.





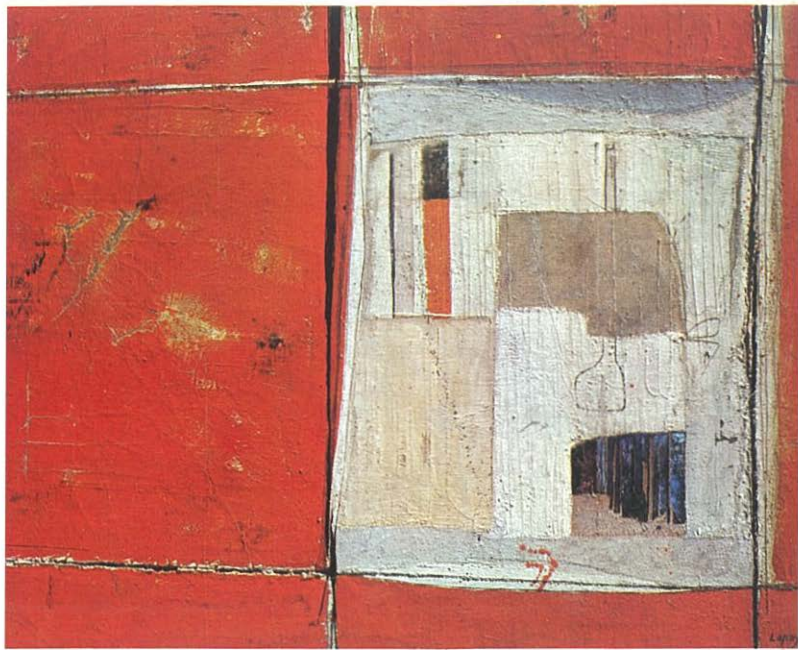
Arquitectura de Cuenca, 1964.

Paisaje blanco, 1977.





El último habitante, 1976.



Telar en rojo, 1961.

Y con su atención, su desvelo: el afán de dar comportamiento ideal al lenguaje de la pintura. Aquí se exhiben los extremos saberes de Lapayese en cuanto al «métier» pictórico, que hay que traducir más bien por oficio —en la más noble de sus acepciones— que por habilidad. Al oficio le damos aquí mayor consideración que si de la propia maestría se tratase. ¡Qué noble oficio este de saber darle a las palabras su justo y verdadero tratamiento, adornándolas con sus más esplendentes galas, hermoseándolas con sus composturas y giros más apropiados a la acción que de ellas se desea alcanzar! Un buen pintor, cualquiera que sea el carácter de su lenguaje, habrá de ser como un buen gramático, atento siempre a cuidar las formas, y aun en su más elemental sencillez de maneras, a maravillarnos con ellas.

(LAPAYESE DEL RIO.

Revista «Arte y Hogar». Diciembre 1968.)

Raúl Chávarri

El maestro José Lapayese del Río, miembro de una de las más interesantes familias de artistas españolas, contribuye a esta muestra con un conjunto de sus más recientes obras, sinfonías de puertas y de ventanas, fronteras entre lo visto y lo imaginado, manifestaciones todas ellas de una visión de la pintura a la vez enternecida y misteriosa, hermética y abierta, como sólo puede darla un gran maestro.

Con él se rubrica y cualifica esta presencia española en Santo Domingo.

(Presentación del Catálogo «6 pintores españoles de hoy».
Exposición itinerante Santo Domingo, Miami, Haití
y Puerto Rico. 12 octubre 1977.)

Antonio Cobos

José Lapayese del Río, pintor hecho y derecho, con larga andadura exposicional jalonada de lauros, está inmerso ahora en un neorrealismo, en el que florecen huecos aldeanos con rústicas ventanas defendidas por tosca rejería u oquedades donde duermen instrumentos musicales olvidados. Acentúa Lapayese el bellísimo sobrerrealismo de sus obras, realizando las texturas para corporeizar las fibras de la madera y los blancos groseros de los enjablegados y, cuando él quiere, planifica geometría y modula con sensibilidad en bodegones musicales y en agrupaciones arquitecturales.

(PINTURA DE JOSE LAPAYESE.
Diario «YA», Madrid, 21-X-1976.)

Juan Cortés

Se mueve José Lapayese del Río —uno de los jóvenes valores más sólidos de la joven pintura madrileña— dentro de la órbita de un abstraccionismo lírico colmado de sugerencias cuya armonía se desarrolla en tonalidades de extremada delicadeza, casi siempre en escalados cálidos donde abundan los dorados o los tierras tostados en una ajustadísima ordenación de planos y líneas que tejen sus ingravidos mosaicos luminosos. En ellos la referencia al mundo real queda relegada la mayor parte de las veces casi a una levísima y lejana alusión.

Mas, no obstante, diríamos que la objetividad de determinados temas no se resigna a dejarse diluir en ese juego de musicalidad plástica —si así nos atrevemos a llamarle— sin reivindicar su existencia sólida y visible la intrínseca y positiva seducción de su presencia física ante los ojos del pintor. De tal modo, no es raro encontrar entre las realizaciones del artista la constancia ya que no de una representación puntual y fidedigna de sus objetos, sí de una y otra síntesis de sus elementos referenciales, que la sensibilidad del autor ha sabido quintaesenciar a un grado máximo con vistas a su más aguda evocación.

Bajo este aspecto son grandemente representativos la mayor parte de sus lienzos de paisaje urbano italiano, donde transpira un fino hálito de poesía. La abstracción se hace más y más dominadora según el tema le ofrece pie para ello, llegando a su máximo extremo donde la conjugación de la obra no pierde nada de su positiva armonía en composiciones como

«Báscula» o «Cometas», de exquisita y sensitiva elaboración.

(JOSE LAPAYESE DEL RIO. En «Syr».
Diario «La Vanguardia», Barcelona, 28-II-1958.)

Es Lapayese del Río uno de los pintores de las jóvenes promociones españolas con una sensibilidad más aguda y auténtica y más seriamente preparados, como se le viera ya en sus primeras producciones, en las cuales acostumbraba tomar como tema viejas esculturas y otras antigüedades, tratadas con grave empaste.

Su arte se desarrolla al margen de toda truculencia, contenido en sus formas, que transpiran constantemente una referencia viva a la realidad óptica, pero con una total ausencia de verismo descriptivo.

Esta referencia se produce diríamos extrayendo del objeto su más estricta esencialidad, que se traduce con pronunciada inclinación a un determinado esquematismo geometrizable. Tal actitud no tiene nada de sistemática, ya que le vemos fluctuar, acentuándose más o menos según le exige el tema y se acerque a los bordes del abstraccionismo, se mantenga más cerca de la objetividad, gobierna siempre con sus composiciones una sólida trabazón que ensambla y conjunta los elementos dentro de una armonía y un equilibrio impecables.

Sus armonías, alambicadas, de apacible y cálida sonoridad, se forman con una total repugnancia por

la estridencia, buscando la delicadeza de los tonos quebrados, pasados y desvaídos, con efectos de exquisita luminosidad.

Sánchez Camargo ha dicho de Lapayese del Río: «Es pintor, pintor abstracto. Y no pertenece a esa ola que necesita glosadores con afanes algebraicos, sino a la auténtica veta de los que realizan el cuadro "de verdad". La obra de Lapayese obedece, como es de rigor en el concepto, a una subjetivación, pero muy bien unida a ella está la pintura.»

Lapayese pinta, que es lo primero y principal que tiene que hacer el pintor. Cada obra suya es el desenvolvimiento de una teoría plástica y una lección de procedimiento. Las calidades, ese elemento esencial para que la pintura permanezca, tienen en este artista un maestro. No necesita la incorporación de materias ajenas a la pintura.

Con los elementos eternos construye una plástica en la cual pueden aprender los muchos que creen que llegar a lo abstracto es apuntar lo que ellos quieran hacer. Estamos asistiendo, por lo general, a la exhibición de unas obras que «quieren ser» y no son, por la sencilla razón de que los que la realizan no saben pintar, no conocen valores de procedimientos, y desear no es realizar, aunque se engañen queriendo seguir o imitar huellas de Hartung o Flee — que sí saben pintar.

Lapayese del Río pertenece a esa generación espléndida de los Tapiés, Feito, Canogar y otros, que también saben pintar, y además saben lo que quieren, que es condición indispensable para realizar la premisa del acto artístico, y luego conocen — tras largos aprendizajes— cómo y de qué manera pueden

realizarlo. Lapayese ofrece el rigor de una sabiduría y de una sensibilidad.

(El esquematismo de José Lapayese del Río.
Diario «El Caribe», Santo Domingo.
(República Dominicana). 16-II-1964.)

Victoriano Crémer

Es precisamente en la blanca descarnadura de esas paredes; en la estremecida blancura de esos objetos humildes, tan a la diestra de Zurbarán; en esos afortunados, por milagrosos, contrastes del color sensible, del color vivo, del color musical; en esa plenitud de las formas establecidas, quiero decir en función de una precisión estética: en esa inviolable conjugación de la línea, del dibujo inadvertido, pero evidente; en esa ordenación natural de los volúmenes, de las iluminaciones; en esa certidumbre, en suma, del descubrimiento del universo poético, latiendo bajo la piel de la pintura...

Es en todo eso y más en donde reside no solamente la belleza de la obra de José Lapayese, sino, lo que es más importante, su capacidad de propagación, de consumación, que diría Alexandre.

José Lapayese del río, de vuelta de las inevitables y necesarias aventuras a las que el arrebató de la juventud afortunadamente nos lleva, ha alcanzado el exacto grado de madurez, la precisa y justa serenidad y dominio para descantar de su pintura todas aquellas adherencias que no son pintura y alcanzar

de este modo la síntesis ideal: aquella que resulta del entendimiento y dominio del espacio.

La pintura de José Lapayese del Río no renuncia a ninguna de las herencias acumuladas, pero no se establece en sus términos estrictos, no se resigna, y cada una de sus obras, constituye, como consecuencia de esta sublevación, un ejercicio de maceración, de perfección.

No argumenta con ampulosidad, sino que prefiere el análisis de profundidad. Decora sin decorativismo; ilumina con resplandores y aprieta la materia con emoción. A veces, por la fulgencia de sus lienzos, parece como si el autor, dramáticamente, les hubiera desprendido de su piel para presentar, desnuda y palpitante, la entraña viva de la pintura.

El paso de José lapayese del Río por León ha constituido un suceso aleccionador.

(ENTENDIMIENTO Y DOMINIO DEL ESPACIO
EN LA PINTURA DE JOSE LAPAYESE DEL RIO.
Diario «La Hora Leonesa». León 16-X-1977.)

Angel Crespo

Sus materiales son casi siempre singulares y los más adecuados para expresar su sentido lírico de la creación pictórica. Quizá llame la atención su pintura minuciosamente trabajada, caliente de la convulsión que se evidencia en la mayoría de los cuadros que cada

día se nos ofrecen; tal vez la falta de estridencias materiales o cromáticas en la pintura de Lapayese del Río haga pensar, a primera vista en una falta de preocupación —de sincronización— con el afán de descubrimiento de nuevos vehículos de expresión artística. Es posible que ocurra esto si no se profundiza en el aspecto material, en el oficio de tales obras.

Nos hemos referido a la singularidad de sus materiales. Lapayese del Río suele seleccionar los que le sugiere su trato con las obras de arte en cuya restauración interviene. Así como en la pintura de Rouault hay un reflejo del oficio de fabricación de vidrieras, en la del pintor madrileño hay reminiscencias del suyo de restaurador. Anotemos, por ejemplo, el gusto por las telas de gruesa trama, por su preparación con imprimaciones densas sobre las que el color se deposita en finas capas con levedad de veladuras, por la pintura en tablas escrupulosamente preparadas, por la fabricación y empleo de la pintura a la clara del huevo... Procedimientos antiguos, nunca viejos, los actualizados por este artista. Y ¿por qué no decirlo?, virtuosismos de sabia artesanía, tales como la provocación del craquelado o resquebrajamiento en la zona del cuadro donde se quiere conseguir un efecto de sorda indiferencia o la introducción de materiales extrapictóricos (fibras, tejidos, papel) donde se pretende elevar la tensión expresiva.

La evolución de Lapayese del Río ha sido rápida y en extremo significativa: desde una pintura construida según rígidos esquemas lineales en los que perspectiva jugaba todavía un papel preponderante y la gravedad de las figuras era obstáculo a la sensibilización del conjunto, el pintor pasó a un arte plano y

planificado, en el que los volúmenes han sido abandonados, o cuando más insinuados, para conseguir una atmósfera de serenidad y una homogeneidad sostenidas por colores matizados finalmente. En esta etapa, la de los bodegones y los paisajes sintéticos, es fácil descubrir influencias postcubistas, con una diferencia fundamental: mientras la pintura cubista y postcubista trata de demostrar, estos cuadros de Lapayese del Río no pretenden sino *sugerir*. El esquema geomético no es, después de todo, más que el papel pautado de una argumentación poética.

Finalmente, el pintor ha ido eliminando los elementos directamente figurativos, pero no por ello ha dejado su pintura de tomar a la realidad como punto de referencia o como clave de su correcta interpretación. Ahora, en su última etapa, la materia, tratada de acuerdo con los más variados y perennes procedimientos, está llevando a la pintura de Lapayese del Río a encontrar un lenguaje capaz de transmitirnos la sencilla y luminosa visión de una realidad que es para el artista, antes que fuente de angustias e inquietudes, objeto de amor y entregada contemplación.

(EL ARTE Y EL OFICIO DE LAPAYESE DEL RÍO.
Revista «Artes», Madrid, núm. 13, 8-X-1962.)

Ramón D. Faraldo

Supongo que a cada pintor debe buscársele en «aquello que pretende hacer»: en lo suyo. Quiero decir que resultaría una necedad tratar de explicarse a Miró pensando en Rubens, a Picasso pensando en

David o a Dalí pensando en cualquier forma decente de pintura.

A Lapayese habrá que buscarle pensando, por ejemplo, en Klee. No digo que exista la menor dependencia, pero sí un cierto paralelismo y una preferencia común en cuanto a jeroglífico y materia, buen gusto y misterio.

Los signos de Lapayese no son realistas. No recuerdan las formas que nos rodean, son puras invenciones. Se trata de una aritmética: sus rayas equivalen a cifras. Lo que importa es que el cociente final, según su desarrollo en el cuadro, sea justo. A mí me lo parece casi siempre. Es equilibrado, es sensible. Sus materias y colores poseen delicadeza. Dentro del capricho sigue una norma guiada por una cultura, por un criterio distinguido de lo que quiere hacer. El suyo es, en efecto, el arte que hace un hombre que ha visto mucho, que sabe por dónde va la cosa y que aplica al trabajo una inteligencia formada y viva. Lo contrario, por ejemplo, que Solana; pero es claro que hay muchas formas de llegar a la pintura, aparte de las puramente instintivas.

(LAPAYESE

Diario «Ya», Madrid, 14-I-1958.)

Miguel Fernández Braso

... Sus puertas y ventanas son el reconocimiento de un realismo que quiere dejar a un lado los tributos que ha tenido a menudo que pagar Lapayese

del Río, logrando de este modo encuadrar en sus óleos sólo aquella parte que le interesa de una arquitectura a menudo popular, logrando desbordar las propias intenciones del realismo.

Una obsesión —de la que nos ocupamos en estas mismas páginas hace unos meses— que cobra a niveles puramente formales la tónica de una sensibilidad por lo deteriorado, por la puerta desvencijada, por la puerta entreabierta que muestra tras ella los misterios que al espectador cabe desvelar. Esta intención de suspensión, de incertidumbre hace que Lapayese vaya más lejos que el realismo codificado como crónica precedera con su misma realización.

LAPAYESE DEL RIO.

«Guadalimar», Madrid, núm. 17, 10-XI-1976.)

Félix Ferrer Gimeno

La pintura de Lapayese del Río parte de una perfección y de una geometría que da ritmos y movimientos precisos que marcan las equivalencias. El espacio es línea, y la línea espacio en esas formas encerradas, como un tañido de presentimientos. Lapayese del Río no es un pintor hermético, ni de enigmas que contengan la expresión. Diáfano en cuanto a vuelo creativo, vitalizado por una original concepción esquemática rigurosa. Parte de distintos planos para establecer la fusión descriptiva y así va llegando a esa obra pura y armoniosa. Sin embargo esta pintura, a veces, nos acerca a un erotismo ar-

quitectural —con rigor casi místico— exaltación de unos valores que unen el clasicismo ortodoxo, hecho por un hombre de hoy que está en su tiempo, y cuyas leyes básicas prevalecen para darnos su sincero entorno plástico.

(LA MADUREZ LLAMEANTE EN LA PINTURA DE LAPAYESE DEL RIO. Presentación del Catálogo Exposición, Galería S'Art, Huesca, diciembre 1974.)

L. Figuerola Ferretti

La formación de José Lapayese, sólida y completa en elementos didácticos, e incluso en esa vertiente del conocimiento de los hechos culturales representados por la pintura que existe en los museos del mundo, ha tenido, desde sus comienzos, una aplicación fidedigna. La veta de una tradición familiar, noblemente artesana, se ha reflejado en el trabajo de Lapayese como un estilo concienzudo donde nada material quedaba al azar de la improvisación y toda manipulación técnica era fruto de un saber preciso y adecuado al objetivo propuesto.

(JOSE LAPAYESE DEL RIO.
Diario «ARRIBA», Madrid, 4-V-1969.)

Lina Font

Vuelve, ahora, Lapayese del Río, con un importante conjunto de obra reciente, que nos incita a un profundo análisis del estado actual de su concepto plástico. Mucha y trascendental es la evolución de su pintura hacia una realidad referencial de recias expresiones. Su preocupación por la construcción formal sigue siendo una de las constantes de su obra. Y también la gama cromática preferente: ocre, grises, blancos, todo ello matizado, fundido por el arrastre del pigmento de una mano diestra en el manejo de la espátula. Su obra, así, aunque sea ahora rigurosamente atenta al mundo referencial, se ciñe, de igual modo que antes, aunque por diferente lenguaje expresivo —al rigor constructivista— arquitectural, que es una de sus preocupaciones. A su actual realidad de la referencia —que por sus singulares determinantes no podemos llamarla «hiperrealismo», incorpora las riquezas texturales procedentes de investigaciones ulteriores y «collages», válidos para alcanzar determinados resultados plásticos. Ahora bien. Si es cierto que Lapayese alcanzó un nuevo camino de expresión plástica como resultante de su indiscutible maestría de oficio, no lo es menos que en él importa, de igual modo, el contenido espiritual que emana del conjunto. Su mensaje es una palabra.

Su exposición de Sala Nonell es como un canto a la soledad. Un poema en el cual se nos ofrece, constantemente, la angustia, el misterio de un hogar rural abandonado, hecho en aras de nuestra angustiada era de la tecnología. Ausencia. Un hueco ba-

rrado. Un interior que no ve la luz de sol. Ceguera. Lapayese, con su rotundidad plástica, nos incita a meditar en el dolor y castigo del hombre de la época: la soledad.

(JOSE LAPAYESE DEL RIO.
Radio Barcelona, 12 de mayo de 1977.)

M. A. García Viñolas

Pujante de vida, con trazo firme y resuelto color, la pintura de José Lapayese del Río se lleva la realidad a ese otro reino de la fantasía razonable. Todo lo que aquí se ve es cierto, pero está sumergido en un río luminoso por donde sólo navega Lapayese. Lapayese del Río. Las formas sólidas, concretas, como de arquitectura medieval, se reflejan en el agua, superponen su imagen y se hacen luces, vibración luminosa de una materia que quiere ser arquitectura y que se hace musical en las vibraciones cristalinas.

No se puede hablar de esta pintura sin contar con el color, pero tampoco sería posible hablar aquí de color sin decir que ha sido sometido a la pintura. Someter el color a la pintura es función del arte. Lapayese conoce bien el arte de pintar y sabe darle a sus tierras transparencia de agua. Ese diálogo de la materia que edifica y el color que disuelve, crea la insobornable personalidad de este pintor que se goza en el deslumbramiento de los anaranjados y los ver-

des maduros. Un amplio repertorio de temas que nada eluden y todo lo resuelven con destreza, nos da razón de una capacidad de oficio muy trabajado y riguroso. Lo demás es obra de la sensibilidad y de la alegría de pintar como quien hace sonar un clarín de torneos heráldicos.

(JOSE LAPAYESE DEL RIO.
Diario «PUEBLO», Madrid, 30-V-1972.)

Lapayese tiene ya fraguado un estilo propio a base de un soporte consistente y de una luminosidad fulgurante. Su pintura es un modo de ser que no se deja confundir con ningún otro. El pintor ha sabido hallarle a la realidad su esquema arquitectónico, una síntesis formal que luego el color ilumina con esplendidez. Me dice el pintor que no pinta sobre caballete, sino con el lienzo fijado a la pared, para que se vaya identificando con esa consistencia mural que quiere infundirle a su pintura. Esta se desliza luego en una materia espesa, trabajada, amasando los colores y enardeciéndoles su significación cromática. Un dibujo fornido y determinante encauza con entereza esas vibraciones del color que se desliza sobre el blanco en una gama dorada de los amarillos.

Cada cuadro de Lapayese podría verse como el fragmento de un fresco bizantino, conservado en toda su energía luminosa.

(JOSE LAPAYESE DEL RIO.
Diario «PUEBLO», Madrid, 27-X-1976.)

Fernando Gutiérrez

Sigue siendo válida, pero quizá ahora más que nunca, la opinión que el crítico A. M. Campoy expresó en cierta ocasión sobre el pintor madrileño José Lapayese del Río. Dijo que había sido capaz de enriquecerse con lo mejor que los últimos movimientos de vanguardia han aportado a la pintura actual. Y así es, en efecto. Ha incorporado a su obra hallazgos que en ella han resultado felicísimos y han enriquecido, y siguen enriqueciendo, sus medios de expresión. Naturalmente esto no se logra sino con el rigor impuesto por una personalísima sensibilidad en función de una dedicación y entrega totales, de un severo sentido autocrítico y, sobre todo, de un total conocimiento de lo que se desea, cosa que, por lo que ahí vemos, no parece nada fácil. Pero Lapayese del Río es fundamentalmente pintor. La vida, las cosas, en una palabra, el mundo que le rodea, está hecho de constantes pictóricas y el artista se desvive y desmuere por darles realidad. Una realidad suya, inconfundible, exigente, cuya versión plástica será siempre la de la sabia armonía, la delicadeza, alegre unas veces y melancólica otras, pero en todo momento con la nítida dicción de la pintura llena de frescor, en la cual los colores hablan de una poesía risueña. En estas pinturas de hoy Lapayese del Río nos da una versión más intensa de la materia. En algunos de sus lienzos es el «personaje» casi principal y decisivo. En otros, acaso para subrayar su intención, se ciñe a determinados elementos plásticos, a modo de «zonas» matéricas. Quizá en éstos, en

los que puede parecer personaje secundario, es, a mi entender, principalísimo. Plantea una dualidad plástica de valores, como lo podría ser la de la austeridad y la riqueza en un mismo plano u orden de cosas. La materia se hace entonces dramática sobre el lirismo que la rodea, se exalta, pero al mismo tiempo se serena. Parece entonces intensificarse en una sugerencia de atmósferas sobre cuyas transparencias magnifica su densidad, la intensidad de sus calidades. Otras veces invade todo el lienzo, se apodera de él con un sentido de magnificencia, de armonía sensual y fuerza expresiva. Es como si sobre el pentagrama del lienzo la materia estructurara en notas su profunda musicalidad. Esa musicalidad que, honda o sutil, ha tenido y tiene la pintura de José Lapayese del Río.

(JOSE LAPAYESE DEL RIO.

Diario «LA VANGUARDIA», Barcelona, 14-V-1977.)

José Hierro

Si uno de los artistas que vieron madurar su arte en Pompeya hubiese conocido —y asimilado— las aportaciones del cubismo, yo pienso que habría producido un arte semejante al de Lapayese del Río, que ahora expone en la galería Kreisler. Hay en este pintor un sedimento clásico, una manera de hacer que recuerda a un fresquista que trabajase con pasta de cal espesa y denso color. Y, naciendo de estas

raíces, un artista moderno, de vuelta del cubismo, heredero de cuanto el cubismo tuvo de orden, de geometría, de sentido de la composición. Tradición, modernidad: ambos en un plano de pura plástica. Las obras de Lapayese del Río podían haberse quedado en eso: en mero ejercicio plástico, con orden, pero sin magia. Y, sin embargo, una pintura de tan evidente preocupación formal, sosegada y jerarquizada, transparenta la huella del misterio. Apagada la exaltación de estos bermellones rosados que gritan armoniosamente, uno comienza a ver en los cuadros del artista algo que se salta a la torera todo lo previsto. El rigor formal no puede impedir que el aroma de ese misterio aflore a la superficie. Tal vez sean los tonos matizados como de viejo muro, sobre los que se recortan las arquitecturas. Tal vez sea que, en cada toque de espátula, en cada escama de color, haya quedado algo de la emoción —no solamente de la sabiduría— del artista. Hay aquí una geometría vestida sensitivamente, una disciplina de soneto garcilasiano, sino de estructura, aparentemente impassible, pero tembloroso de pasión. Todo ello, naturalmente, visible gracias al buen quehacer de Lapayese del Río: un pintor que reproduce la grandiosa emotividad, la delicada rudeza de un artista de coraza clásica que esconde y revela, tímidamente, a un sentimental.

(JOSE LAPAYESE DEL RIO.
«NUEVO DIARIO», Madrid, 7-V-1972.)

Dijo una vez el llorado Sánchez-Camargo, hablando de Lapayese, que se había consagrado a fuerza de entrega, de fe y de entusiasmo; de ir por la pintura a pecho descubierto, sin trampa, sin cartón ninguno «que le haga aparentar disimulo pictórico». Tenía razón Sánchez-Camargo. Todo disimulo, toda afectación se nota siempre en la obra de los artistas, dejándonos, como el sentimiento de que se está intentando engañarnos, valorar lo que no tiene valor y adornar más de la cuenta lo imperfecto. Por eso ante la pintura de Lapayese nos parece encontrarnos como ante la presencia del autor, sin dobleces, sin falsas acogidas: lo que está ahí pintado es lo que ha sido visto con ojos limpios y lo que, para ser realizado, ha necesitado una vida entera de trabajo, de dedicación a un oficio tanto más bello cuanto más difícil y tanto más dominado cuanto para ello ha sido precisa toda una dinastía de pintores, una familia en la que el arte, en todos sus aspectos, es una razón suprema de unión y de actividad.

Se ve en seguida que éste es uno de esos que han entendido que la realidad se compone de lo vivo y lo soñado, y que tanto supone lo que vemos ante un paisaje como lo que tiene de anécdota viva que unas veces se nos presenta ante los ojos y otras se conforma con aparecer en nuestros sueños. Por eso sus cuadros tienen también estas dimensiones ideales y no puede extrañarnos el ver, por ejemplo, que cuando Lapayese nos pinta la torre de Alcañiz no puede olvidarse de que allí, por tiempo de pasión,

hay un incensante retumbar de tambores y los hombres sienten su espíritu abrumado por el dolor de su propia humanidad. Y allí están superpuestas, pasando de lo puramente pictórico a la categoría de símbolo, las figuras recordadas, casi como golpeando con su ritmo el color de la piedra y como identificada la silueta del hombre con las esquinas de la torre.

O es esa plaza pueblerina, con sus calles desconchadas y la numeración de los asientos que cobran casi importancia de protagonistas sobre la que aparece, como con apariencia fantasmal, la puerta de gruesos clavos, de lo que lo mismo puede ser la vivienda misteriosa de la gente del pueblo que la del chiquero en el que se encierra el miedo y la aventura del futuro torero.

Nunca se desprende Lapayese de la realidad como no se desprende del sueño. La materia pictórica pudiera adueñarse de la obra del pintor y hacer abstracción y lección de cromatismos y superficies, porque nada de eso tiene misterios para este joven; pero él no estaría a gusto frente a unos lienzos deshumanizados, por muy bellos que le resultaran, y no sería capaz de volcarse sobre el cuadro sin darnos su entrañable razón de amor o al menos de curiosidad.

(LAS ENTRAÑABLES RAZONES DE JOSE LAPAYESE DEL RIO. «LA ESTAFETA LITERARIA», Madrid, N.º 492, 15-V-1972.)

Rafael Manzano

Lapayese del Río se ha inclinado a la solicitud de nuestras viejas, añosas piedras románicas y góticas. El sentido constructivo, la dignidad de las masas y de las proporciones lo llevaron a ello. Así, nos ofrece una síntesis de Gerona en una de sus obras o del «Barrio Gótico» barcelonés. Quizá la encendida coloración de su lenguaje no se adapte a las desplegadas matizaciones grises, consustanciales con estas temáticas.

Señalemos como grandes aciertos de Lapayese del Río el conjunto de sus «bodegones», diestramente pastado y de noble composición. A veces, al pintor, de tan limpia formulación intelectual, se le escapa una veta lírica, delicada, como en su óleo «El Molinillo».

Gran exposición la de Lapayese del Río. Hoy por hoy en uno de nuestros más distinguidos pintores. Si por debajo de ella se advierte el rigor y la disciplina de la geometría, por arriba asoma su coloración vibrante y caliente como una llama.

(Diario «La Solidaridad Nacional»,
Barcelona, 6 de mayo 1971.)

Angel Marsá

El gusto por las texturas, patente en la obra general del artista, se acentúa, si cabe, en ese conjunto, uno de los más significativos que de él recordamos. Ha incidido, con mayor pureza expresiva, en el habitual constructivismo, donde la geometría interna de las

formas aflora a la superficie con las más delicadas y exactas lineaciones. En sus enlaces cromáticos logra una infinita gradación de matices, con gamas cálidas, siempre bien armonizadas. Los veinticuatro óleos que integran el conjunto alcanzan un auténtico rango magistral.

(«LAPAYESE DEL RIO, GALERIA SYRA».
Diario «El Correo Catalán», Barcelona, 8 de mayo de 1971.)

Rosa Martínez de Lahidalga

Lapayese del Río se nos muestra como un constructor que quisiera rescatar con voluntad casi arquitectónica, aquello que es reliquia de un pasado próximo. De ahí que la materia se adense y ofrezca la calidad real o sugeridamente hiperreal de una humilde fachada, mientras la luz la penetra, dando forma tangible a la subjetividad del sentimiento. El artista posee un vasto dominio del lenguaje pictórico y, sin embargo, en su obra prevalece esa expresividad espontánea y jugosa que, más allá de la dicción, gana por la rotundidad con la que forma y color aparecen involucradas en el don de la creación artística.

La precisión del dibujo, la riqueza y contraste de calidades texturales y el dominio de las diversas perspectivas conjugadas traducen algo más que una imagen real y objetivada. En su pintura, y bajo el

cuño de un realismo simplificado y abstracto, adquieren forma expresiva y dramática vestigios de una manera de vivir que nos dice adiós a la luz intensificada de un romántico y nuevo expresionismo.

(«LAPAYESE DEL RIO, EN LA GALERIA KREISLER».
«La Estafeta Literaria», Madrid, núm. 599, 1 noviembre 1976.)

Francisco Prados de la Plaza

En la última Bienal de Marbella, Lapayese presentó un cuadro en el que se advertía, como anuncio primero, un considerable cambio en la estética de sus cuadros. El cambio, aunque entroncado con su obra anterior, se manifestaba principalmente en que mientras antes Lapayese había captado e interpretado paisajes urbanos, complejos contruidos que le permitían esas planificaciones, esas fragmentaciones de sus composiciones, ahora comenzaba a fijarse en detalles, en ventanas, puertas, muros expuestos con toda la riqueza de textura que la realidad presenta. En ese sentido, José Lapayese ha dado vueltas y más vueltas a sus visiones, descubrimientos personales de los pueblos blancos. En la muestra de Kreisler ha llamado la atención del público entendido y de la crítica, porque no se trata tan sólo de un cambio más o menos espectacular, sino de algo que parece maduro, fraguado en unos logros. Lapayese sigue su línea, pero ha dado un giro a sus realiza-

ciones en busca de un nuevo ciclo que le produzca ilusiones nuevas, motivaciones para presentarnos una cambiante gama de blancos ligeramente teñidos por tonalidades ligeras que matizan y descubren su carácter. Las superficies enfoscadas y encaladas no son iguales sobre mamposterías, sobre herrajes o sobre madera. La materia está respetada con primor en el tratamiento pictórico de José Lapayese en esta hora. La insistencia y el tesón por enriquecer una obra artística es algo muy patente en la obra de este pintor, y muy en desacuerdo con las rápidas realizaciones que se hacen hoy, parece que arrastradas por las prisas y el deseo de adecuarse a unas coordenadas que empujan la vida y sus realizaciones. Lapayese sabe fijarse en los fenómenos de este tiempo y sabe también volver la espalda a todo cuanto puede dirigir sus pasos hacia lo cómodo y lo fácil, que no conduce a otra parte, sino al encasillamiento.

(Bellas Artes 76, núm. 53. Madrid, octubre 1976.)

Cesáreo Rodríguez Aguilera

El riguroso constructivismo de sus composiciones contrasta con su vivo cromatismo, lo que otorga a su obra una dinámica y una vivacidad coordinada con la rigidez de su arquitectura; Lapayese sabe resumir y fundir, dentro de los límites de un cuadro los elementos esenciales de una ciudad o lugar determinado a modo de síntesis formal expresiva; sabe escoger los

elementos clave de esas formas; y sabe darles el adecuado tratamiento material para así otorgarles una calidad que responda a la de los restantes elementos de la obra. Las evocaciones formales pueden ser de Poblet, de Avila, de Cuenca, de Alcañiz o de otros lugares de nuestra geografía. Allí estará la representación y la comunicación de los valores formales básicos de aquellos lugares evocados; pero, en todo caso, estará también la creación personal de Lapayese, que en toda su obra aparece de manera significativa e inconfundible.

(«LAPAYESE DEL RIO, EN GALERIA SYRA».
«Diario de Barcelona», 9 mayo 1971.)

Javier Rubio

De entre los paisajes y bodegones destaca esa serie que él titula «España blanca» y que refleja y define —a veces psicológicamente— el carácter de los pueblos a través de sus ventanas. Sobre la pared encalada se abren o cierran los respiraderos y ventanucos, enrejados o condenados, sobrios o barrocos. Un poco más a la derecha o a la izquierda está el cuadro abstracto, el muro sin pretextos, con sus grietas y manchas. Pero Lapayese ha centrado en la ventana su interés. Porque los materiales —ladrillo, hierro, madera, cal— le abren vías a sus experiencias expresivas, le permiten adentrarse en el campo fascinante de la experimentación plástica. Y la escueta referencia geográfica o racial enriquece el ascetismo

de su pintura, siempre adornada con el ropaje suntuoso de su técnica.

(«LAPAYESE DEL RIO».
«Blanco y Negro», Madrid, 16 octubre 1976.)

M. Sánchez-Camargo

José Lapayese es de los pintores abstractos que saben lo que quieren y, lo más importante, saben decirlo. Sus cuadros —para los que sepan ver bien— constituyen una lección de ejecución. La materia no está ni desbordada, ni puesta por ese azar que tantas ventajas proporciona. Obedece a un impulso subjetivo bien inserto en la plástica, bien unido a ella. Es una pintura en la que podemos ver, primero, el cuadro en su totalidad; luego, seguir la labor del artista en busca de unas calidades de excepción. La pintura se halla bien sujeta al lienzo, con su porqué y su para qué... Podemos seguir al color en sus más variadas matizaciones, y al regusto de la materia, en sus buscadas gradaciones. Es cuadro completo cada uno de los que figuran en una exposición ejemplar, ante la cual pueden aprender los que creen que «lo abstracto» es fácil y posible, aplicándole luego trigonometría o álgebra, olvidando que, ante todo y sobre todo, es o debe ser pintura.

(«JOSE LAPAYESE». «Cuadernos Hispanoamericanos»,
núm. 146. Madrid, febrero 1962.)

Lapayese ya es un consagrado; lo es a fuerza de entrega, de fe y de entusiasmos; de ir por la pintura a pecho descubierto, sin trampa, sin cartón ninguno que le haga aparentar un disimulo pictórico.

Desde el primer lienzo hasta el último, o sea, hasta estos que enlazan con su obra del Museo de Arte Contemporáneo, Lapayese no ha cambiado; ha evolucionado; ha hecho eso tan difícil que es querer más. Exigirse más, cuando tan fácil le hubiera sido haberse detenido en disfrute legítimo de los éxitos. Pero José Lapayese pertenece a la raza de los grandes pintores; de esos a los que nunca complace ni satisface la obra realizada; a los que es preciso cuidar y atender en su quehacer, pues en cada obra nos entrega algo nuevo, un hallazgo, una aportación distinta. Huye de que cada cuadro no tenga un problema, un planteamiento, tanto de color como de composición, pues esta última jamás puede desaparecer de una obra de arte, sea cualquiera el ismo que la cobije.

Ante este bello espectáculo asistimos a una de las obras más honradas, más serias, más hondas en el concepto, y más intensas en el procedimiento.

José Lapayese, al que un día saludamos con alborozo, sabiendo que había algo distinto y nuevo en su pincel, ha llegado ya a ese título de maestro, de joven maestro, al que está reservado no el porvenir, que ya es suyo, sino esa consagración por la que el tiempo no pasa, ni transcurre.

(«LAPAYESE DEL RIO».)

Sala Santa Catalina del Ateneo de Madrid, febrero 1964.)

Venancio Sánchez Marín

Todavía más integrada en el contexto general de su pintura está la materia en la obra de José Lapayese del Río, expositor, igual que el anterior, en la Galería Kreisler. La conocida pintura de Lapayese, cuya frecuente comparecencia en exposiciones y certámenes le ha hecho inconfundible, concede a la materia y a su aplicación en el lienzo no poca importancia. Pero su expresión —la expresión de la pasta tradicional— se somete a las planificaciones de la forma y a las vibraciones del color. En Lapayese, las representaciones, las figuraciones de bodegones musicales, picadores, bicicletas o paisajes, hábil y minuciosamente planificados, reducen el grado de protagonismo de la materia a lo imprescindible. Y es, en cambio, el color —sobre todo, el blanco y el naranja— el elemento que alcanza así el nivel más alto de expresividad.

(Goya, «Revista de Arte», núm. 92.
Madrid, septiembre-octubre 1969.)

Rafael Santos Torroella

La pintura de José Lapayese, tal como se nos muestra en esta exposición conjunta de ambos hermanos en las galerías Syra, resulta muy elaborada en su no-acabado, su no-lamido de ejecución y de factura, pero sin que alcance a ocultar lo que de

calculado y ficticio hay por debajo de ellas. Muy acusada es su tendencia a una modernidad académica de composición, con coloraciones matizadas, empastes de aparente espontaneidad y cierto artificioso ingenio en interpretar esas arquitecturas y esos bodegones que constituyen el reiterado tema de las obras que ha presentado en esta exposición.

(«LOS HERMANOS LAPAYESE».

Diario «El Noticiero Universal», Barcelona, 12 junio 1963.)

Tienen las obras de Lapayese empaque arquitectónico, muy elaborado en su linealismo preciosista. Su técnica conjuga sabiamente lo aristado con la matización del color y los relieves de la pasta, esta colocada a veces delicadamente mediante salpicados y veladuras. En sus lienzos, que por su concepción y su factura tienen cierta afectación de muralismo decorativista, se destacan «Bodegón del pez», más fino de gama que los restantes. «Viejo bodegón», de artesana evocación conquense; los costumbristas «Tambores de Alcañiz» y «Pastores ibéricos», cuadros ambiciosos en su difícil intento de emular, reactualizándolas, las viejas glorias de dicho género, y muy especialmente algunos paisajes, como «Nocturno en Valderrobles», «Trijueque», «Gran dique», «Camino de Poblet» y «Casa de Ocaña», éste, en su brevedad, uno de los más sugestivos.

(«LAPAYESE DEL RIO».

Diario «El Noticiero Universal», Barcelona, 12 mayo 1971.)

Marianne de Tolentino

Concordamos con la observación de Carlos Sanguioanni: la técnica de los relieves y la precisión de estas texturas emergentes evoca ya la escultopintura. Para obtener semejante concretización de la materia, el pintor modela y modula el pigmento, lo superpone, lo rastrilla, lo estampa, pero no lo hiera... No hay rasgo de agresión o de violencia física en aquella recreación de muros marchitos, de tablas destartaladas, de ventanas y puertas condenadas.

La temática y la atmósfera de los actuales cuadros de Lapayese despiden la profunda nostalgia del tiempo que pasa y de las aldeas que se mueren, abandonadas por sus habitantes, moradas edificadas, clausuradas y dejadas por el hombre que se ha marchado, telas donde el hombre está presente por su ausencia. Ahora bien, la calidad estética, la intensidad conceptual, la excelencia de la realización infunden un esplendor nuevo a estos vestigios arquitectónicos, a este testimonio resignado de una civilización definitivamente antigua.

José Lapayese del Río con estos temas está alcanzando la cumbre de su trayectoria pictórica y nos ofrece una síntesis impresionante que funde la sensibilidad emotiva del poeta, la laboriosidad paciente del maestro artesano y el vigor estructural del muralista.

(«ARTE EN SANTO DOMINGO. UNA EXPOSICION DOMINICO-ESPAÑOLA EN LA GALERIA DE ARTE MODERNO». Listín Diario, Santo Domingo (Rep. Dominicana), 20 octubre 1977.)

ESQUEMA BIOGRAFICO

1926:

- Nace en Madrid el primero de mayo.

1939-42:

- Asiste a las clases en la Escuela de Artes y Oficios de la calle del Marqués de Cubas, de Madrid, donde su padre era profesor.

1942-47:

- El 25 de julio de 1942 se traslada la familia a Barcelona en donde permanecen hasta 1947. Asiste a las clases de la Escuela de Bellas Artes de San Jorge y a las clases de Artes y Oficios en la Escuela de la Lonja. Ya en Madrid estudia dibujo al natural en el Círculo de Bellas Artes. Servicio militar en Madrid en el arma de aviación.

1950:

- Continúa sus estudios de dibujo al natural. Exposición Nacional de Bellas Artes. Madrid. Salón de Otoño, Madrid. 2ª Medalla de Pintura. Primera exposición Individual en Madrid, Prado 28. Viaje a Marruecos, recorriendo y pintando varios pueblos y regiones.

1951:

- Concursos Nacionales de Pintura. Madrid.

1952:

- Exposición Nacional de Bellas Artes. Madrid. Concursos Nacionales de Pintura. Madrid. I Bienal Hispanoamericana de Arte en Madrid. Expo. Internacional de Toulouse (Francia). Segunda exposición Individual en Madrid, Prado 28. Expo. de «Arte y Hogar», en Madrid. Beca del Gobierno francés, para estudios en París, prolongándose después a Italia. XXVII Salón de Pintura Artística de Montaña (Peñalara) Madrid. Colabora con su padre en la decoración del Palacete de la Moncloa, Madrid.

1953:

- Concursos Nacionales de Pintura, Madrid. Expo. homenaje a Vázquez Díaz, Madrid. Invitado al curso «Problemas contemporáneos», Universidad Internacional Menéndez y Pelayo, Santander. IV

Expo. Fotografía Deportiva Excursionista, Madrid. IV Expo. Pintores de Africa, Madrid.

1954:

- Exposición Nacional de Bellas Artes, Madrid. Concursos nacionales de Pintura, Madrid. Salón de Otoño de Madrid. Primera Medalla de Pintura. Expo. Pintura, XII Salón Círculo de Bellas Artes, Madrid. Premio de Pintura. Expo. Pintura Mariana Contemporánea, en la Casa de América. Granada. Expo. con sesenta obras en el Museo de Arte Moderno de Madrid. Adquisición por el Museo de Arte Moderno, de su cuadro «Italia». Exposición Nacional de Alicante. V Exposición Pintores de Africa. Madrid.
- II Bienal Hispanoamericana de Arte en La Habana. Expo. Pintores de Africa, Barcelona. Premio en el segundo Concurso Fotografía, Instituto Francés de Madrid.

1955:

- Concursos Nacionales de Pintura. VI Expo. Pintores de Africa en Madrid y Barcelona. Beca concedida por el Ministerio de Educación y Ciencia. Amplía estudios en Londres y viaja por Francia. Viaja de nuevo a Italia, con sus hermanos; escultor y arquitecto.

1956:

- Expo. Pintores de Madrid, Salones Macarrón, en Madrid. II Expo. Artistas Círculo de Bellas Artes, Madrid. VII Expo. de Artistas, Salamanca. Expo. Internacional de Arte Sacro, Salzburgo (Austria). III Bienal Hispanoamericana de Arte, Barcelona. Premio en el IV Salón Fotografía de Montaña, Palacio de Archivos de Segovia.

1957:

- VIII Exposición de Artistas en Salamanca. Expo. Internacional de Arte, Círculo de Bellas Artes. Primer Gran Salón de Fotografía Mundo Hispánico, Madrid. Tercer premio. Colabora con su padre y hermanos en la decoración interior del Valle de los Caídos.

1958:

- Exposición Individual en la Galería «Alfil», Madrid. Expo. Individual en la «Galería «Syrá», en Barcelona. I Bienal de Arte Sacro, en Salzburgo (Austria). Por encargo del Ministerio de Asuntos Exteriores, monta allí la participación española. IX Expo. de Arte en Salamanca. Primera Exposición Individual en «Dintel», en Santander. Expo. de Pintura Contemporánea, Palacio de la Música, Madrid. Expo. de Arte Sacro, Catedral de la Seo, Zaragoza. Expo. de Arte Sacro, Ateneo de Madrid. IX Expo. de Artistas de Salamanca.

1959:

- Concursos Nacionales de Bellas Artes, Madrid. Expo. Individual en Madrid, Prado 28. Expo. «20 años de Pintura Española Contemporánea», en Lisboa.
- Expo. Nacional de Montilla (Córdoba), Primera Medalla de Pintura. III Salón de Mayo. Barcelona. Viaja de nuevo por Europa, especialmente estudiando los museos de Holanda.

1960:

- Exposición Nacional de Bellas Artes en Barcelona. Premio de Pintura del Cabildo Insular de Tenerife. Expo. Cuarto Concurso «Tema Religioso» Fundación Rodríguez Acosta, Granada. Expo. Individual en el Museo de Arte Moderno y Bellas Artes de Bilbao. Expo. Antológica de la Crítica, Madrid. IV Salón de Mayo, Barcelona. Medalla Ramón Rogent. Expo. 85 Promoción Arquitectura Sala Gaspar, Barcelona. Adquisición por el Museo de Bellas Artes de Madrid, de varias obras últimas. Concursos Nacionales de Bellas Artes de Madrid. Exposición homenaje a fray Angélico. Galería Darro, Madrid.

1961:

- Expo. Antológica de la Crítica, Barcelona. «Arte Actual», en Santillana del Mar, Santander. «In-

ternacional de Arte Abstracto», en Aschaffenburg (Alemania). Concurso «Biosca», de Madrid. Segunda Exposición Individual «Dinter», Santander. V Salón de Mayo, Barcelona. Expo. Individual en Galería «Neblí», Madrid. Expo. de Pintura en Galería «Arteluz», Madrid.

1962:

- Exposición Nacional de Bellas Artes. Exposición Internacional «Junge Spanische Maler», Viena. Expo. Itinerante «20 años de Pintura Española», Ateneo de Madrid, Sevilla, San Sebastián, Vigo, Pontevedra, Santiago y Barcelona. VI Salón de Mayo de Barcelona. Concurso Internacional de Bagur (Costa Brava). Primer Premio de Pintura. Primer Certamen Nacional de Artes Plásticas. Madrid. Exposición E.X.I.N.C.O. en Madrid. II Concurso de Pintura «San Pol de Mar», Barcelona. Concursos Nacionales de Bellas Artes.
- Exposición Arte Actual. Galería «Neblí», Madrid. II Exposición del Premio Valdepeñas, Valdepeñas. Exposición Homenaje Pintores Españoles a los Príncipes Juan Carlos y Sofía, Madrid. Galería Fortuny. Exposición Individual en el «Spanische Kulturinstitut München» (Alemania). Exposición Subasta Damnificados Cataluña, Madrid, Galería «Biosca». Exposición de Artistas actuales, Sala Quijote, Madrid.

1963:

- Il Bienal de Pintura y Escultura de Zaragoza. Primer premio y medalla de oro. VII Bienal de Sao Paulo (Brasil), con cuadros «Serie Telares». Joven Figuración Española, Barcelona. Primer Salón Nacional de Invierno, Alicante. Primera medalla de plata. Exposición de Artistas Españoles Contemporáneos, Oviedo, Gijón, Avilés. Concurso de Pintura «El Fuego», San Sebastián. XII Exposición Pintura «Homenaje a Azorín», Monóvar. XIX Exposición Pintura de Linares. IV Concurso Pintura «Ciudad de Tarrasa». III Exposición Nacional de Arte Sacro, Barcelona. Medalla «Círculo Sant Lluch». II Certamen Nacional de Artes Plásticas. Madrid. Segunda Exposición Individual Galería «Syrá». Barcelona. Exposición de «Artistas españoles contemporáneos». Dirección General de Bellas Artes de Madrid. III Concurso de Pintura «San Pol de Mar», Barcelona. Segundo premio. VII Salón de Mayo, Barcelona. III Exposición del Premio Valdepeñas. Valdepeñas. Exposición «El arte actual de España» en Italia. Ministerio de Asuntos Exteriores. Viaje de nuevo a Inglaterra. Exponiendo dos obras en la «Ideal Home Exhibition».

1964:

- «Pintores Españoles Contemporáneos en la Feria Mundial de New York». Exposición 25 Años de Arte Español. Madrid. Palacio de Velázquez. Retiro de Madrid.

- Exposición Individual en el Ateneo de Madrid. Sala Santa Catalina. Primer Salón Pintura Contemporánea, Castellón de la Plana. Premio Nacional de Pintura «José Camarón» y medalla de plata. Exposición Individual en el Círculo de la Amistad. Ateneo de Córdoba. Exposición de Festivales de España. Ministerio de Información y Turismo en Burgos, Jaén y Ciudad Real. VIII Salón de Mayo de Barcelona. Primer Certamen de Tendencias Actuales Plásticas. Palma de Mallorca. II Salón Nacional de Pintura. Murcia. IV Concurso de Pintura de Valdepeñas. IV Concurso de Pintura «San Pol de Mar» (Barcelona). Joven Figuración en España. Antiguo Hospital de la Santa Cruz. Barcelona.

1965:

- Exposición Individual en Galería Maneten, Gøteborg (Suecia). Exposición Individual en el Museo de Navarra. Pamplona. IX Salón de Mayo. Barcelona. III Salón Nacional de Pintura. Alicante. Artistas Españoles Contemporáneos. World House Galleries. New York. V Premio de Pintura de Valdepeñas. XX Exposición de Pintura, Linares (Jaén). XXII Exposición de Pintura y Dibujo. Segorbe. Realiza un Vía-Crucis mural en el Colegio Menor «Diego Martínez» de los PP. Bernabitas de Palencia.

1966:

- Primera Exposición Individual, galería Kreisler, Madrid. I Bial de Pintura de Avila. Segundo

premio. XII Salón de Otoño de Pintura, Valencia. Primer premio de Pintura. Invitado al VIII Concurso Internacional de Dibujo. Inglada, Guilot. Barcelona. X Salón de Mayo. Barcelona. XXV Salón de Otoño, Círculo Bellas Artes de Palma de Mallorca. Exposición «40 Pintores Jóvenes», Círculo Bellas Artes de Madrid. Exposición Pintores de Ansiba, Club Pueblo de Madrid. Exposición Colectiva del Club Americano de Mujeres, en Galería Kreisler de Madrid.

1967:

- Exposición Individual en Museo de Bellas Artes de Málaga. XI Salón de Mayo y Museo de Arte Moderno de Barcelona. Exposición Individual «Le grand tour» Mayco, Los Angeles, California (EE. UU.), con cincuenta cuadros. Exposición Premios de pintura «Ciudad de Barcelona». I Biental Internacional de Pintura «Fundación Estrada», Barcelona. II Certamen de Pintura «Repesa», Madrid. Exposición Pintura Española Actual, Casa América, Madrid. Exposición Arte Español Contemporáneo, Galería Neblí, Madrid. Adquisición de una obra por el Museo de Bellas Artes de Málaga.

1968:

- Exposición Arte Religioso Contemporáneo, Base Aérea Torrejón de Ardoz. I Biental de Pintura, «Seguros Bilbao», Madrid. Exposición Individual en el Ateneo de Castellón. VIII Exposición «Premio

de Valdepeñas», Valdepeñas. VII Certamen Internacional de Pintura de Pollensa. Premio Lorenzo Cerdá. III Concurso de Pintura «Villa de Palamós». Medalla de plata. Primera Bienal de Arte Contemporáneo Español, «Museo Galliera», París. Concurso de Pintura «Museo del Vino», Villafranca del Panadés. Premio de Pintura. XII Salón de Mayo, Barcelona. Invitado al II Curso de Arte de la Universidad Internacional Menéndez Pelayo, Santander. Reproducción de un cuadro del Museo de Pintura de San Pol de Mar en la Agenda de la Polígrafa de Barcelona.

1969:

- Exposición Individual en la Galería Kreiser de New York. Segunda Exposición Individual en la Galería Kreiser de Madrid. II Bienal Internacional del Deporte en las Bellas Artes, Madrid. Exposición Pintores Figurativos en la España Actual. Madrid, San Diego (California) y San Luis (Missouri). Ministerio de Información y Turismo. XVIII Exposición Internacional Pintura «Homenaje a los Pintores», Monóvar. Expo. colectiva Pintores Contemporáneos, «Galleries Four Embassadors», Miami (Florida). EE.UU. Exposición Premios de Pintura «Ciudad de Barcelona», Barcelona. XII Salón de Mayo, Barcelona. Expo. IX Premio Valdepeñas. Premio Pámpana de Plata. Invitado al XI Concurso Internacional Dibujo «Inglada-Guillot». Barcelona. XI Concurso Exposición «El Agua», Fundación Rodríguez-Acosta. Granada. Concurso-Exposición de Pintura, Banco Industrial de

León. Invitado al III Curso de Arte Universidad Internacional Menéndez y Pelayo. Santander.

1970:

- Exposición Nacional de Arte Contemporáneo, Madrid y Bilbao. Premio de Dibujo Diputación de Toledo. Primer Concurso Nacional «Pueblos y Paisajes de Cataluña», Barcelona. Premio de Pintura «Eliseo Meifrén». V Concurso de Pintura «Villa de Palamós». Premio Especial Excmo. Gobernador Civil. I Bienal del Tajo (Toledo). Invitado al XII Concurso Internacional Dibujo «Inglada-Guillot». Barcelona. Exposición Pintores Españoles, temas extranjeros. «Club Urbis», Madrid. II Salón Nacional, Valdepeñas. Premio Información y Turismo. X Concurso Medalla «María Villatella». Lérida. Primer premio. Medalla de oro. Concurso Nacional de Pintura «Premio Villacis», Murcia. Primer premio y medalla de oro. II Bienal Nacional de Pintura. «Seguros Bilbao», Bilbao. IV Concurso Nacional de Pintura «Repesa», Madrid. Gran Exposición «Pintores de hoy en Madrid», Galería «Mundi Art», Barcelona. Exposición Artistas Españoles Contemporáneos en «Bacardi Gallery», Miami (Florida) EE.UU. XIX Exposición de Pintura, Monóvar (Alicante). Invitado al IV Curso de Arte, Universidad Internacional Menéndez y Pelayo. Santander. Exposición Pintura y Escultura Artistas Profesionales y Personalidades de la Vida Española. Madrid.

1971:

- Tercera Exposición Individual en «Galería Syra». Barcelona. III Biental Internacional del Deporte en las Bellas Artes. Barcelona. I Biental Nacional de Pintura «Félix Adelantado», Zaragoza. Primer premio y medalla de oro. Exposición «El Paisaje Español». Fundación Gulbenkian. Lisboa. X Certamen Internacional de Pintura de Pollensa. Primer premio y medalla de oro. I Biental de Pintura «Ciudad de Zamora». Zamora. Primer Concurso de Pintura «Mafriesa». La Coruña. Primer premio de pintura y medalla de oro. I Biental de Pintura, provincia de León. VIII Concurso de Pintura «Ciudad de Tarrasa». Barcelona. Exposición Premio de Pintura «Ciudad de Balaguer», Lérida. Primer premio. Exposición «El Paisaje Español», en Centro-América. Dirección General de Relaciones Culturales. IX Concurso de Pintura San Pol de Mar, homenaje a Juan Cortés. Barcelona. Invitado al V Curso de Arte, Universidad Internacional Menéndez y Pelayo. Santander. Primer Encuentro Internacional, Exposición «Homenaje a Picasso», en Vallauris (Francia).

1972:

- Primer Premio de Pintura «Ciudad de Murcia». Exposición Premio de Pintura, «Amigos de Segovia». Segovia. Tercera Exposición Individual «Galería Kreisler». Madrid. Exposición Individual, invitado por la Caja de Ahorros «La Inmaculada». Zaragoza. Concurso Nacional de

Pintura «El Paisaje Asturiano». Oviedo. Exposición Artistas Plásticos Españoles, en homenaje a Camón Aznar. Club Urbis. Madrid. I Bienal Nacional de Pintura y Escultura. Museo de Málaga. Invitado al VI Curso de Arte, Universidad Internacional Menéndez y Pelayo. Santander. Adquisición por la Dirección General de Bellas Artes de tres obras últimas para los museos nacionales.

1973:

- Colectiva «Artistas Contemporáneos», Galería Kreisler. Madrid. Primera Exposición Individual. Galería «Chys», Murcia. Concesión de la medalla de oro «Juan Cortés» en el X Concurso de Pintura San Pol de Mar. Barcelona. Premio «Ejército» de Pintura. Premio «Ministerio Información y Turismo». Madrid.
- I «Bienal Nacional del Vino de Málaga en la Pintura». Premio Trajinerero. Exposición Itinerante «El Color» con fondos del Museo de Arte Contemporáneo de Madrid, en Barcelona. Invitado al VII Curso de Arte, Universidad Internacional Menéndez y Pelayo, Santander. II Bienal Nacional de Arte. Pontevedra. «Homenaje a Picasso». Artistas contemporáneos. Inauguración Galería Kreisler dos. Madrid. II Bienal Internacional de Arte. Marbella. Concesión de la Medalla al Mérito en las Bellas Artes, Categoría de Plata por el Ministerio de Educación y Ciencia. Por encargo de la Secretaría General del Movimiento, realiza un retrato a tamaño natural de José Antonio Primo de Rivera para Teruel.

1974:

- Primer premio de Pintura en la Primera Bienal de Huesca. Premio «Morera» en Lérida. Exposición Individual en Galería Decar, en Bilbao. Exposición Individual en la Galería S'Art de Huesca. Donación de su obra «Elegía a Picasso» al Museo de Arte Contemporáneo del Alto Aragón de Huesca. Exposición «Miniaturas» en Galería Rottemburg. Madrid. Primer Concurso Pintura Española Contemporánea «Iberia», Madrid. Expo-subasta, Facultad de Ciencias de la Información. Madrid. Primer Premio «Adaja» Nacional de Pintura. Avila. Pintores Españoles Contemporáneos. Galería «Drisket. Lieja. Bélgica. VI Figuración 74. Galería Kreisler, Madrid. Invitado al VIII Curso de Arte, Universidad Internacional Menéndez Pelayo. Santander. Adquisición por la Dirección General de Bellas Artes de dos obras para el Museo de Arte Contemporáneo. Madrid.

1975:

- Segunda Exposición Individual en la Galería «Chys» de Murcia. Expo. Individual en la Galería Van Gogh de Vigo. Exposición individual en Galería Proinco de Alicante. Exposición individual, inaugurando la Galería Radicke de Bonn (Alemania). Colectiva de artistas contemporáneos, en la Galería Cid de Madrid. Reproducción del cuadro «Tambores de Alcañiz» en el calendario musical de Ediciones Peters de New York. Exposición extraordinaria de Navidad en la Ga-

lería Van Gogh de Vigo. «Figuración 75» en Galería Kreisler, de Madrid. Primera Bienal de Pintura en Santander. III Bienal Internacional de Arte de Marbella. Premio de pintura en la V Bienal Internacional del Deporte en las Bellas Artes de Barcelona. Exposición UNICEF, Ateneo de Madrid. Invitado al IX Curso de Arte, Universidad Internacional Menéndez Pelayo de Santander. Exposición Nacional de Artes Plásticas de Valdepeñas. Exposición de Miniaturas en Galería Rottenburg de Madrid. Concursos Nacionales de pintura, Dirección General de Bellas Artes de Madrid, Gran Premio de Pintura, Círculo de Bellas Artes, Madrid.

1976

- Cuarta exposición individual en Galería Kreisler de Madrid. Exposición individual en Galería Atrium de Córdoba. Exposición Colectiva de Navidad, Galería Cid de Madrid. Obra Expuesta en el Museo de Arte Contemporáneo de Villafamés (Castellón). «Exposición Homenaje a Falla», Galería Pasagali de Madrid. Exposición «El dibujo en Balboa, 13», Galería Balboa de Madrid. Segunda Muestra anual del «Boceto en el Arte», Galería Balboa, de Madrid. I Certamen Internacional de Artes Plásticas de Lanzarote.

1977:

- Exposición Individual en «Sala Nonell», de Barcelona. Exposición Individual en Galería Bernesga,

de León. Exposición «Seis Pintores Españoles de Hoy», Museo de Arte Moderno. Santo Domingo (República Dominicana) e itinerante a Haití, Miami y Puerto Rico. Exposición «Toledo y sus Pintores», Galería Cid de Madrid. «Primer Encuentro de Arte de Manzanares el Real» y obra adquirida por la Excma Diputación Provincial. Exposición «El Boceto en el arte», Sala Sorolla. Elda (Alicante). Exposición «Playas siglos XIX y XX», Galería «Taniarte». Madrid. Exposición colectiva «Artistas Contemporáneos» Galería Proinco, de Alicante. Exposición «Treinta y dos Artistas», organizado por Galería de Arte «El David», de Madrid. Exposición Colectiva de Navidad, Galería Cid, de Madrid. VI Bienal Internacional del Deporte en las Bellas Artes, Madrid. Colectiva «Promociones de Arte» V Subasta de Arte en Santander. Colectiva en Galerías Kreisler, de Madrid. Subasta de Arte Contemporáneo, Club Habana 73, de Madrid. «Muestra de Arte Actual», Galería Balboa 13 y Palacio de Cristal de Madrid. Tercera Muestra anual del «Boceto en el Arte», Galería Balboa, de Madrid.

1978:

- Exposición «Avila y sus murallas vista por 20 Maestros de la pintura». Galería Cid, de Madrid. Exposición Homenaje a Dámaso Alonso, en el Club Urbis, de Madrid. Seleccionando para la Exposición «El Realismo en la Pintura Actual Española», Museo Puskin de Moscú. Exposición «Artefiera 78», Bolonia (Italia).

EXPOSICIONES INDIVIDUALES

- 1950.** Madrid: Galería Prado 28.
- 1952.** Madrid: Galería Prado 28.
- 1954.** Madrid: Museo de Arte Moderno.
- 1958.** Madrid: Galería Alfil. Barcelona: 1.^a en Galería Syra. Santander: 1.^a en Galería Dintel.
- 1959.** Madrid: Galería Prado 28.
- 1960.** Bilbao: Museo de Bellas Artes y Arte Contemporáneo.
- 1961.** Santander: 2.^a en Galería Dintel. Madrid: Galería Neblí.
- 1962.** Munich (Alemania) Spanisches Kulturinstitut.
- 1963.** Barcelona: 2.^a en Galería Syra.
- 1964.** Madrid: Ateneo. Sala de Santa Catalina. Córdoba: Círculo de la Amistad. Ateneo. Burgos: Festivales de España. Ministerio de Información y Turismo. Jaén: Festivales de España. Ministerio de Información y Turismo. Ciudad Real: Festivales de España. Ministerio de Información y Turismo.
- 1965.** Gotemburgo (Suecia): Galerías Meneten. Pamplona: Museo de Arte de Navarra.
- 1966.** Madrid: 1.^a en Galería Kreisler.
- 1967.** Los Angeles (California): Mayco. Málaga: Museo de Bellas Artes.

- 1968.** Castellón de la Plana: Aula de Cultura. Ateneo. Madrid: 2.^a en Galería Kreisler.
- 1971.** Barcelona: 3.^a en Galerías Syra.
- 1972.** Madrid: 3.^a en Galerías Kreisler. Zaragoza: Sala Luzán. Caja de Ahorros.
- 1973.** Murcia: 1.^a en Galería Chys.
- 1974.** Bilbao: Galería Decar. Huesca: Galería S'Art.
- 1975.** Alicante: Galería Proinco. Murcia: 2.^a en la Galería Chya. Vigo: Galería Van Gogh. Bonn (Alemania): Inaugurando Galerie Radicke.
- 1976.** Córdoba: Galería Atrium. Madrid: Galerías Kreisler.
- 1977.** Barcelona: Galería Nonell. León: Galería Bernesga.

PREMIOS Y RECOMPENSAS

- 1950.** 2.^a Medalla Salón de Otoño de Madrid.
- 1954.** 1.^a Medalla Salón de Otoño de Madrid. Premio de Pintura XII Salón Círculo de Bellas Artes de Madrid.
- 1959.** 1.^a Medalla de Pintura. Exposición Nacional de Montilla (Córdoba).
- 1960.** Premio de Pintura del Cabildo Insular de Tenerife. Exposición Nacional de Bellas Artes de Barcelona. Medalla de plata «Ramón Roget», IV Salón de Mayo de Barcelona.
- 1962.** Primer Premio de Pintura. Concurso Internacional de Bagur (Costa Brava).
- 1963.** Primer Premio y medalla de oro, II Bienal de Pintura y Escultura de Zaragoza. 1.^a medalla de plata. I Salón Nacional de Invierno de Alicante. Medalla «Círculo San Lluch». III Exposición Nacional de Arte Sacro. Barcelona. 2.^o Premio, III Concurso de Pintura «San Pol de Mar». Barcelona.
- 1964.** Premio Nacional «José Camarón» y medalla de plata, en I Salón de Pintura Contemporánea. Castellón de la Plana.
- 1966.** Primer Premio de Pintura. XII Salón de Otoño de Valencia. 2.^o Premio de Pintura. I Bienal de Avila.



- 1968.** Premio de Pintura «Lorenzo Cerdá» VII Certamen Internacional de Pollensa (Mallorca). Medalla de plata. III Concurso de Pintura «Villa de Palamós». Premio de Pintura. Concurso «Museo del Vino» de Villafranca del Panadés.
- 1969.** Premio de Pintura. Pámpana de plata. Exposición IX Premio Valdepeñas.
- 1970.** Premio de Dibujo. «Diputación de Toledo». Exposición Nacional de Arte Contemporáneo, Madrid y Bilbao. Premio de Pintura «Eliseo Meifrén». Primer Concurso Nacional «Pueblos y Paisajes de Cataluña», Barcelona. Premio Especial de Pintura, V Concurso «Villa de Palamós». Premio de Pintura «Ministerio de Información y Turismo», II Salón Nacional de Valdepeñas. Primer Premio y medalla de oro, X Concurso Nacional de Pintura «María Vilatella» de Lérida. Primer premio y medalla de oro, «Premio Villacis», Murcia.
- 1971.** Primer premio y medalla de oro, I Bienal Nacional de Pintura «Félix Adelantado», de Zaragoza. Primer premio y medalla de oro. X Certamen Internacional de Pintura, Pollensa (Mallorca).
- 1971.** Primer premio y medalla de oro, Concurso de Pintura «Mafriesa», La Coruña. Primer premio de Pintura «Ciudad de Balaguer». Lérida.
- 1972.** Primer premio de Pintura «Ciudad de Murcia». Murcia.
- 1973.** Medalla de Oro «Juan Cortés» en el X Concurso de Pintura San Pol de Mar. Barcelona. Premio del Ministerio de Información y Turismo, en los Premios «Ejército» de Pintura.

Madrid. Premio «Trajinero». I Bienal Nacional del Vino de Málaga en la Pintura (Málaga). «Medalla de plata» al mérito a las Bellas Artes concedida por el Ministerio de Educación y Ciencia.

- 1974.** Primer premio de Pintura. I Bienal Nacional de Huesca. Premio «Morera», de Lérida.
- 1975.** Premio de Pintura. V Bienal Internacional del Deporte en las Bellas Artes.

BIBLIOGRAFIA

- ARDAVEZ, M.: *Lapayese del Río, en el Museo de Bellas Artes*, Diario Ideal, Granada, 4 mayo 1967.
- ALBERT, Fernando: *Valdepeñas, enclave nacional del Arte*, diario «Informaciones», Madrid, 16 octubre 1969.
- ALFARO, J. R.: «Hoja del Lunes». Septiembre 1967. Id. Noviembre 1967.
- ARANZAY, Angel María: *Lapayese del Río, en la Sala Luzán*. Diario «Aragón-Exprés», Zaragoza, 7 marzo 1972.
- ARBOS BALLESTE, Santiago: «ABC». *I Certamen Nacional de Artes Plásticas*. Madrid, 6 diciembre 1962.
Id. *Regalo de Artistas Españoles a los Príncipes Juan Carlos y Sofía*. Madrid, 28 abril 1962.
Id. *Últimas Salas de Pintura de la Exposición Nacional*, Madrid, 27 junio 1962.
Id. *José y Ramón Lapayese*, Madrid, 27 junio 1964.
Id. (Edición Aérea). *José y Ramón Lapayese*, Madrid, 27 de febrero 1964.
- AREAN, Carlos Antonio: *Veinte años de pintura de vanguardia en España*, Editora Nacional, Madrid, 1961.
Joven figuración en España, Publicaciones Españolas, Madrid, 1963.
Pintura actual en España, tendencias no imitativas, Madrid, 1964.
Pintores figurativos en la España actual, Publicaciones Españolas. Madrid, 1969.
30 años de arte español, Editorial Guadarrama, Madrid, 1972.
La pintura española de Altamira al siglo XX, Ediciones Giner, Madrid, 1971.
Balance del arte joven en España, Publicaciones Españolas, Madrid, 1971.
Revista «Artes», núm. 2, *Los hermanos Lapayese*, Galería Neblí, Madrid, mayo 1961.
Revista «Arbor». Revista General de Investigación y Cultura. C.S.I. *Lapayese del Río, Sala Alfíl*, Madrid, febrero 1958.

- Revista «Arbor», *La exposición premio Biosca*, Madrid, marzo 1960.
- Revista «Arbor», *La exposición homenaje a Fra Angélico*, Madrid, núm. 170, febrero 1960.
- Revista «Arbor», *Hermanos Lapayese*, Madrid, junio 1961.
- Revista «Arbor», *La Exposición Nacional de Bellas Artes*, Madrid, junio 1962.
- Revista «Arbor», *José Lapayese. Galería Kreisler*. Madrid, marzo 1966.
- Revista «Arbor», Madrid, febrero 1967.
- Revista «Correo de las Artes», núm. 32, *Los hermanos Lapayese en la Galería Neblí*, Barcelona, junio-julio 1961.
- Revista «Estafeta Literaria», núm. 285, *Ramón y José Lapayese del Río*, Madrid, 15 febrero 1964.
- Id. núm. 464, *José Lapayese del Río, Primer Premio en el Concurso Villacis*, Madrid, 15 marzo 1971.
- Id. núm. 469, *José Lapayese en Syra*, Madrid, 1 junio 1971.
- Id. núm. 481, *José Lapayese del Río, Primer Premio en el X Internacional de Pollensa*, Madrid, 1 diciembre 1971.
- Id. núm. 555, *José Lapayese, Premio Morera de Lérida*, Madrid, 1 enero 1975.
- Revista Hispanoamericana de Cultura «Razón y fe», *Sociología del Arte. Los Lapayese*, Madrid, abril 1971.
- Revista «Guadalimar» núm. 21, *Lapayese del Río*, Madrid, marzo 1977.
- Presentación del Catálogo, Exposición del Ateneo de Castellón, Aula de Cultura, noviembre 1968.
- Catálogo guía del Museo Español de Arte Contemporáneo de Madrid*. Publicaciones del Ministerio de Educación y Ciencia, 1975.
- ARROYO, Julia: Diario Ya. Abril 1967. Id. 4 febrero 1968.
- AZANCOT, Leopoldo: *Lapayese del Río en Kreisler*, Revista «Don Pablo», núm. 6, Madrid, noviembre 1976.
- AZCOAGA, Enrique: Revista «Bellas Artes 75», núm. 47. III Bienal de Marbella, noviembre 1975.
- Revista «T G, de las Artes Decorativas», núm. 17, Arte noviembre 1976.
- «Blanco y Negro» Avila y sus Murallas, Madrid, 31 enero 1978.
- AZPEITIA, Angel: *José Lapayese del Río, en la Sala Luzán*, «El Heraldo de Aragón», Zaragoza, 7 marzo 1972.
- José Lapayese, ganador de la Bienal de Pintura Ciudad de Huesca*, «El Heraldo de Aragón», 31 octubre 1974.
- Lapayese del Río, en S'Art*. «El Heraldo de Aragón», 22 diciembre 1974.

- BARBERAN, Cecilio: *Visita a la Exposición Nacional*, Diario «Informaciones», Madrid, 3 junio 1950.
- BAUTISTA, Aurelio: *Lapayese, X Medalla Vilaltella*, «Hoja del Lunes», Barcelona, 25 mayo 1970. Diario «La Mañana», Lérida, 24 mayo 1970.
- BAUZA Y PIZA, José: *José Lapayese del Río, entre la nueva figuración y el constructivismo*, Diario de Mallorca, 1 septiembre 1971.
Id. 4 agosto 1971.
«Hoja del Lunes», Palma de Mallorca, 5 agosto 1968.
- BENET AURELL, J: *Lapayese del Río, Galerías Syra*, «Revista», Barcelona, 28 febrero 1958.
- B y C: *Los hermanos Lapayese exponen*, Diario «Madrid», 2 mayo 1961. *Dos hermanos, dos artistas, dos premios*, Diario «Madrid», 21 mayo 1961.
- BENGOECHEA, Javier de: *Lapayese en el Museo*, «La Gaceta del Norte», Bilbao, 20 mayo 1960.
Id. *Lapayese del Río en la Sala Decar*, Bilbao, 16 de octubre 1974.
- CABALLERO, Leovigildo: «*Un pintor, Lapayese del Río, en el Museo de Bellas Artes*», Diario «Sur», Málaga, 3 mayo 1967.
- CAMON AZNAR, José: *XXV años de Arte Español*, Publicaciones Españolas, Madrid, octubre 1964.
El paisaje en la Pintura Española Contemporánea, Lisboa, marzo 1961.
Revista «Goya», núm. 20, *José y Ramón Lapayese*, Madrid, septiembre-octubre 1957.
Revista «Goya», núm. 22, *Lapayese del Río*, Madrid, enero-febrero 1958.
ABC, *Exposición Nacional*, Madrid, 18 junio 1950.
ABC, *Exposición Nacional*, Madrid, 29 junio 1952.
ABC, *José y Ramón Lapayese*, Madrid, 10 febrero 1954.
El Arte de Lapayese del Río, Presentación del Catálogo de la Caja de Ahorros de Zaragoza, marzo 1972.
Presentación del Catálogo de Galería Chys, de Murcia: marzo 1973.
- CAMPOY, Antonio Manuel: «*Correo Literario*», *Los hermanos Lapayese en la II Bienal*, Madrid, 15 febrero 1954.
«*Estafeta Literaria*», núm. 294, *El pintor y su pinta, Lapayese del Río*, Madrid, 20 junio 1964.
ABC, Madrid, febrero 1964.
ABC, 306 exposiciones en 1964. Madrid, 31 diciembre 1964.
ABC, *Lapayese del Río*, Madrid, 2 marzo 1962.
ABC, *Lapayese del Río*, Madrid, 2 mayo 1969.

- ABC, *Pintores españoles, temas extranjeros*. Madrid, 5 junio 1970.
- ABC, Bial de Zaragoza, Madrid, 22 enero 1971.
- ABC, *Premio Villacís*, Madrid, 19 marzo 1971.
- ABC, *Lapayese del Río*, Madrid, 27 mayo 1972.
- ABC, *Lapayese*, Madrid, 14 noviembre 1976.
- «Diccionario Crítico del Arte Español Contemporáneo», Ibérico Europea de Ediciones. Madrid, marzo 1973.
- Presentación del catálogo de la Exposición Proinco, Alicante, mayo 1975.
- Presentación del Catálogo de la Exposición en Galería Chys, *España blanca*, Murcia, diciembre 1975.
- CARRATALA, Guillot: *José Lapayese, un extraordinario pintor de avanzada*, Gaceta Regional, 18 enero 1958.
- CARRION, Gómez: *Lapayese del Río, Premio Villacís*, Diario «La Verdad», Murcia, 26 mayo 1971.
- CASANOVA: *IX Exposición de Arte*, La Gaceta Regional, Salamanca, 20 diciembre 1958.
- CASTAN PALOMAR, F: Diario «El Noticiero», Zaragoza, 12 mayo 1954.
- Lapayese*, Diario «Ya», Madrid, 27 enero 1954.
- CASTILLO, Alberto del: *Lapayese del Río, en Syra*, Diario de Barcelona, mayo 1958.
- El Concurso de Pintura de Bagur*, Diario de Barcelona, 8 marzo 1962.
- José Lapayese, Premio Bagur 1962*, Diario de Barcelona, 26 julio 1962.
- José y Ramón Lapayese en Syra*, Diario de Barcelona, 31 de mayo 1963.
- José y Ramón Lapayese en Syra*, Diario de Barcelona, 9 junio 1963.
- Revista «Goya», núm. 36, *Crónica de Barcelona*, Madrid, junio 1960.
- Revista «Goya», núm. 103, *Crónica de Barcelona*, Madrid, julio-agosto 1971.
- CASTILLO, A.: *Mercado de Arte y Antigüedades*, «Nuevo Diario», Madrid, 11 noviembre 1973.
- CASTILLO, Luis. Cuadernos Hispanoamericanos, núm. 51. Madrid, marzo 1954.
- CASTRO ARINES, José de: Revista «Arte y Hogar», núms. 281-282, *Lapayese del Río*, Madrid, diciembre 1968.
- «Informaciones», *José y Ramón Lapayese*, Madrid, 15 febrero 1954.
- «Informaciones», *Lapayese del Río*, Madrid, 28 mayo 1959.

- «Informaciones», José y Ramón Lapayese, Madrid, 16 mayo 1961.
- «Informaciones», Madrid, marzo 1966.
- «Informaciones», Madrid, marzo 1968.
- «Informaciones», *La herida del tiempo y las exposiciones nacionales*, Madrid, 23 julio 1970.
- «Informaciones», *Arte*, Madrid, 10 noviembre 1976.
- CHAVARRI, Raúl: *La pintura española actual*, Ibérico Europea de Ediciones, Madrid, 1973.
- Presentación del Catálogo «6 pintores españoles de hoy», de la exposición itinerante República Dominicana, Haití, Miami y Puerto Rico, octubre 1977.
- COBOS, Antonio: *Pintura de José Lapayese*, Diario Ya, Madrid, 21 octubre 1976.
- CORBALAN, Pablo: *Arte de los Lapayese*, «El Noticiero Universal», Barcelona, 17 mayo 1961.
- José Lapayese del Río*, Revista «Destino» Barcelona, 1 marzo 1958.
- COSTES, Juan: *El esquematismo de José Lapayese del Río*, «La Vanguardia», Barcelona, 6 junio 1963.
- Lapayese del Río en Syra*, «La Vanguardia», Barcelona, 28 de febrero 1958.
- «La Vanguardia», *Premio San Pol*, 3 agosto 1963.
- El esquematismo de José Lapayese del Río*, diario «El Caribe», 16 febrero, 1964, Santo Domingo (República Dominicana).
- Medalla de Oro Juan Cortés*, «La Vanguardia», Barcelona, 27 de julio 1973.
- COUSO, Castro: *Oleos de Lapayese del Río*, Diario «La Voz de Galicia» (Vigo), 24 junio 1975.
- CREMER, Victoriano: *Entendimiento y dominio del espacio en la pintura de José Lapayese del Río*. Diario «La Hora Leonesa», León, 16 octubre 1977.
- CRESPO, Angel: *El arte y oficio de Lapayese del Río*, Revista «Artes», núm. 23. Madrid, 8 octubre 1962.
- El Arte español de todos los tiempos*, «Listín Diario», Santo Domingo (República Dominicana), 7 marzo 1965.
- «Diccionario Pintores Españoles Contemporáneos», J. I. de Blas. Ediciones Estiarte, Madrid 1972.
- «Diccionario Biográfico Español Contemporáneo». Círculo Amigos de la Historia. Madrid, 1970.
- DORIVAL, Bernard: *Los pintores célebres contemporáneos*, Editorial Gustavo Gili, Barcelona, 1971.
- EGUIAGARAY, Francisco: *Lapayese en Munich*, Diario «Arriba». Madrid, 1 noviembre 1962.

- FARALDO, Ramón: Diario «Ya», *La I Bienal Hispanoamericana*, Madrid 13 de enero 1952.
 Diario «Ya», *Lapayese en Alfil*, Madrid, 14 enero 1958.
 Diario «Ya», *Ramón y José Lapayese del Río*, en el Ateneo, Madrid, 21 febrero 1964.
- FERRER, Félix: Diario «Nueva España», *I Bienal de Pintura*, Huesca, 25 octubre 1971.
 Diario «Nueva España», 1 noviembre 1974.
 Diario «Nueva España», 2 noviembre 1974.
 Diario «Nueva España», *José Lapayese, premiado por su obra «Arquitectura de Huesca»*, 31 octubre 1974.
 Diario «Nueva España», *José Lapayese*, Premio Morera, de Lérida, 19 noviembre 1974.
 Diario «Nueva España» *José Lapayese del Río*, 24 diciembre 1974.
 Diario «Nueva España», *Una gran obra de Lapayese del Río, al Museo del Alto Aragón*, 18 enero 1975.
 Diario «Nueva España», *Lapayese del Río expone en Bonn*, 22 octubre 1975.
 Revista «Realizaciones», núm. 5 (Caja de Ahorros de Zaragoza), 15 enero 1975.
Una obra de José Lapayese, ganadora de la I Bienal de Pintura. Diario «El Noticiero», Zaragoza, 31 octubre 1974.
Exposición de Lapayese del Río, «El Noticiero», 27 diciembre 1974.
 Presentación del Catálogo de Galería S'Art (Huesca), diciembre 1974.
- FERNANDEZ BRASO, Miguel: Revista «Guadalimar», núm. 15, *Alemania y el Museo*, Madrid, 10 julio 1976.
 Revista «Guadalimar», núm. 17, *Lapayese del Río*, Madrid, 10 noviembre 1976.
- FERRETI, Paloma, F.: *Galería de las galerías*. Revista «Gaceta Ilustrada», Madrid, 7 noviembre 1976.
- FIGUEROLA FERRETI, L.: Diario «Arriba». *I Bienal Hispanoamericana*, Lapayese, Madrid, 20 enero 1952.
 Diario «Arriba», *Pinturas de José Lapayese en Alfil*, Madrid, 14 enero 1958.
 Diario «Arriba». *Pintura y escultura de José y Ramón Lapayese*, Madrid, 27 enero 1954.
 Diario «Arriba», *Los hermanos Lapayese*, Madrid, 14 mayo 1961.
 Diario «Arriba», *Exposición de José Lapayese*, Madrid, 4 mayo 1969.
 Diario «Arriba», *Pintura y escultura de los hermanos Lapayese*, Madrid, 10 febrero 1964.

- Diario «Arriba», *J. Lapayese del Río y su pintura*, Madrid, 6 marzo 1966.
- FONT, Lina: «Crónica de Arte», *En Nonell, Lapayese del Río*, Radio Barcelona, 9 mayo 1977.
Una esperada reaparición, Radio Barcelona, 10 mayo 1977.
- FOURNY, Max: *Annuaire de L'art international*, 1968-1969, París, 1969.
- FOYE, Ernesto: *Lapayese del Río en Syra*, Hoja del Lunes, Barcelona, 3 mayo 1971.
- FRANCES, José: «La Vanguardia», *Algunos pintores madrileños*, Barcelona, 22 marzo 1956.
«La Vanguardia», enero 1954.
Escollós de Arte, Semanario «Domingo», Madrid, 31 enero 1954.
- GALINDO: *Los hermanos Lapayese triunfan en escultura y pintura*, Diario «Dígame», 2 febrero 1954.
- GAMONEDA, Antonio: *I Bienal de Pintura*, «Diario de León», 25 septiembre 1971.
Anales de la Sala Provincia, León, 1971-1972.
- GANDARIASBEITIA, M. J.: *José Lapayese expone en Bilbao*, Diario «La Gaceta del Norte», Bilbao. 16 octubre 1974.
- GARCIA VIÑOLAS, M. A.: *Lapayese*, Diario «Pueblo», 7 mayo 1969.
Diario «Pueblo», 12 mayo 1971.
Diario «Pueblo», 30 mayo 1972.
Diario «Pueblo», 27 octubre, 1976, *Lapayese del Río*.
- GAYA NUÑO, Juan Antonio: *La pintura española del siglo XX* (Colección Arte Contemporáneo). Ibérico Europea de Ediciones. Madrid, 1971.
- GAYA NUÑO, Juan Antonio (y otros): *20 años de pintura española*, Madrid, Edit. Nacional, 1962.
- GOMEZ REDONDO, Ramón: *La obra pictórica de José Lapayese*, T.V.E. «Galería», entrevista con el pintor, Madrid, 5 septiembre 1975.
- GUTIERREZ, Fernando: *Lapayese del Río, en Galerías Syra*, Diario «La Prensa», Barcelona, 27 febrero 1958.
José Lapayese del Río, en Galerías Syra, Diario «La Prensa», 12 junio 1963.
Lapayese del Río, en Syra, «La Vanguardia», Barcelona, 9 mayo 1971.
Lapayese del Río, en Nonell, «La Vanguardia», Barcelona, 14 mayo 1977.
- HIERRO, José: *José y Ramón Lapayese, en la Sala Nebll*, Diario «El Alcazar», Madrid, 9 mayo 1961.

- Ramón y José Lapayese, Diario «El Alcázar», Madrid, 19 febrero 1964.
- Lapayese del Río, Diario «El Alcázar», Madrid, 5 marzo 1966.
- Lapayese del Río, «Nuevo Diario», Madrid, 7 mayo 1972.
- Lapayese del Río, en Kreisler, Revista Artes Plásticas, núm. 13, Barcelona, diciembre 1976.
- IBARROLA, Alonso: *Lapayese del Río, en el Museo de Bilbao*, Diario «La Gaceta del Norte», Bilbao, 22 mayo 1960.
- JOVE, José María: *José y Ramón Lapayese, en el Museo de Arte Contemporáneo*, Revista «Ateneo», Madrid, 15 febrero 1954.
- KINDELAN, Conchita de: *El Arte en Madrid*, Diario «Pueblo», Madrid, 27 octubre 1976.
- LATINO, Juan: *Lapayese del Río, pinturas con resplandor*, Diario «Córdoba», 8 mayo 1976.
- LLANO GOROSTIZA, Manuel: *Mañana se inaugura en el Museo la exposición de Lapayese del Río*. Diario Correo Español — El Pueblo vasco. Bilbao, 21 mayo 1960.
- LLAMA, Luis E.: *Seis pintores españoles de hoy*, Diario del Caribe, Santo Domingo, República Dominicana, octubre 1977.
- LOGROÑO, Miguel: *Premio de la I Biental de Pintura de Huesca, Blanco y Negro*, Madrid, 23 septiembre 1974.
- LOPEZ ANGLADA, Luis: *Las entrañables razones de José Lapayese del Río*, Revista «La Estafeta Literaria», núm. 492, Madrid, 15 mayo 1972.
- Revista «La Estafeta Literaria», núm. 558, *Pintores en Portada*, Madrid, 15 febrero 1975.
- Las entrañables razones de José Lapayese del Río*, Diario «Nueva España», Huesca, 2 noviembre 1974.
- LUJAN, Néstor: *José Lapayese del Río, en Syra*, «El Noticiero Universal», Barcelona, 1 marzo 1958.
- LUJAN, Ramón: *El premio Villacis al habla*, Diario «La Verdad», Murcia, 29 enero 1971.
- LUQUE, Julia: *El arte como inversión*, Diario «Pueblo», Madrid, 5 julio 1975.
- MANRIQUE DE LARA, José Gerardo: *Lapayese del Río*, Revista Bellas Artes 75, núm. 46, octubre 1975.
- Primera Biental de Pintura de Huesca*, Revista Bellas Artes 75, núm. 39, enero 1975.
- Dos pintores de hoy, Lapayese del Río*, Revista Bellas Artes 75, núm. 54, noviembre-diciembre 1976.
- Lapayese del Río*, Revista Artes Plásticas, núm. 17, mayo 1977.
- Huesca en la brecha*, ABC, Madrid 18 enero 1975.

- MANZANO, Rafael: *Lapayese y Lapayese del Río exponen en Barcelona*, Solidaridad Nacional, Barcelona, 12 junio 1963.
Forma y color en los óleos de Lapayese, Solidaridad Nacional, Barcelona, 6 mayo 1971.
- MARCOS OTERUELO, A.: *Lapayese del Río, un pintor enamorado del paisaje de Castilla*, Diario de León, 16 octubre de 1977.
- MARQUEZ, Solano: *Lapayese del Río, pintor de pueblos abandonados*, Diario Córdoba, 15 mayo 1976.
- MARSA, Angel: *Constantes existenciales del expresionismo, Lapayese del Río*. Diario «Correo Catalán», Barcelona, 9 junio 1963.
Lapayese del Río en Syra, Diario «Correo Catalán», Barcelona, 26 mayo 1963.
Lapayese del Río, Diario «Correo Catalán», Barcelona, 8 mayo 1971.
- MARTINEZ DE LAHIDALGA, Rosa: «España Cultural», número 40, *Paisajes y ventanas de España de José Lapayese del Río*, Madrid, 1 noviembre 1975.
 Revista «Madrid Industrial», núm. 31, *España en la pintura de José Lapayese del Río*, Madrid, febrero 1976.
 Revista «La Estafeta Literaria», núm. 599, *Lapayese del Río en la Galería Kreisler*, Madrid, 1 noviembre 1976.
- MARTINEZ MONJE, M. A.: Revista «Gaceta del Arte», número 46, *Lapayese del Río*, Madrid, 30 junio 1975.
- MERINO, José: *Lapayese, pintor difícil*, Diario de Santander, 10 agosto 1961.
- MON, Fernando: Revista «Gaceta del Arte», núm. 49, *José Lapayese del Río*, Madrid, 15 octubre 1975.
- MOREIRO, José María: Revista «Hola», Madrid, 20, enero 1968.
- MORENO GALVAN, José M.: *Introducción a la pintura española*, Publicaciones Españolas, Madrid 1960.
- POPOVICCI, Cirilo: Revista «S.P.» (Edición Internacional), 15 mayo 1961.
- PRADOS LOPEZ, José: *Arte Español 1*, Tomo II. Años 1940-1950.
- PRADOS DE LA PLAZA, Francisco: T.V.E. *En este país*, emisión 3 mayo 1971.
 Revista «Bellas Artes 72», núm. 16, *Exposiciones en Madrid*, julio-agosto 1972.
 Revista «Bellas Artes, 75», núm. 45, *Exposiciones en España*, Madrid, agosto-septiembre 1975.
 Revista «Bellas Artes, 76», núm. 53, *Exposiciones en Madrid*, Madrid, septiembre-octubre 1976.

- PRESA, Fernando de la: «Color Bienal», Editorial Rodríguez Millán, La Habana 1954.
- PRIETO BARRAL, M.^a F.: *Lapayese del Río*, Revista «Connaissance des Arts», París, noviembre 1976.
- PUENTE, Joaquín de la: *José Lapayese*, Diario «Madrid», 3 mayo 1969.
- RICO, A.: *El pintor madrileño Lapayese del Río ganador del premio «Vilaltella»*, Diario «La Mañana», Lérida, 24 mayo 1970.
- RODRIGUEZ AGUILERA, Cesáreo: *Lapayese del Río en Galerías Syra*, «Diario de Barcelona», 9 mayo 1971.
- RODRIGUEZ CRUELLS, Modesto: *Lapayese del Río*, Barcelona, 8 mayo 1971.
- ROSELL PUYOL, J. A.: *José Lapayese galardonado con la X Medalla Vilaltella*, «Diario de Lérida», 24 mayo 1970.
- Medalla Morera*, «Diario de Lérida», 15 noviembre 1974.
- RUBIO, Javier: *Panorama Gráfico*, ABC, 28 abril 1972.
- La Exposición de la Semana*, José Lapayese, ABC, 19 mayo 1972.
- La Cara de la Noticia*, ABC, 16 noviembre 1974.
- Panorama Gráfico*, ABC, 14 noviembre 1975.
- La Cara de la Noticia*, ABC, 3 octubre 1975.
- Noticario de las Artes*, ABC, 3 octubre 1976.
- Muestra anual del Boceto en el Arte*, «Blanco y Negro», Madrid, 8 enero 1977.
- El Museo de Arte Moderno de Lanzarote*, ABC, Madrid, 16 enero 1977.
- RUBLO, Rodrigo: *Lapayese del Río, un pintor de verdad*, «Revista Minusval», Madrid n.º 18, abril 1977.
- SAEZ, Ramón: *Lapayese del Río*, «El Español», Madrid, 19 marzo 1966.
- SALGADO, José Manuel: *Lluvia de pintores sobre Madrid*, Diario «Pueblo», Madrid, 15 marzo 1966.
- SANCHEZ, Alfonso: *Dos artistas de excepción, los Lapayese*, Diario «Informaciones», Madrid, 8 febrero 1964.
- El diluvio de la pintura*, Diario «Pueblo», Madrid, 18 octubre 1976.
- SANCHEZ CAMARGO, Manuel: *Lapayese del Río y su pintura en soledad*, Pueblo, 20 enero 1958.
- «Pueblo», 30 marzo 1954, *Lapayese del Río*.
- «Pueblo», 7 julio 1959, *Lapayese del Río*.
- «Pueblo», 23 mayo 1961, *José Lapayese*.
- «Pueblo», 13 diciembre 1963, *El gran certamen de Artes Plásticas en el Retiro*.
- «Pueblo», 12 diciembre 1963.

- «Pueblo, 18 febrero 1964, *José y Ramón Lapayese. Pintores de Africa*, Hoja del Lunes, abril 1953.
La pintura y la escultura en Lapayese, Hoja del Lunes, 1 Febrero 1954.
 Hoja del Lunes, 8 enero 1958.
 Hoja del Lunes, junio 1958, *Lapayese del Río*.
 Hoja del Lunes, 8 mayo 1961, «José y Ramón Lapayese»
 Hoja del Lunes, 30 julio 1962, *Concurso Bagur, triunfo de un pintor madrileño: Lapayese*.
 Hoja del Lunes, 25 noviembre 1963. *El Gran Certamen Nacional de Artes plásticas*.
 Hoja del Lunes, 5 agosto 1963, *Concursos de Arte Veraniegos*.
 Hoja del Lunes, 2 marzo 1964, *Los Lapayese en el Ateneo*.
 Hoja del Lunes, 28 febrero 1966, *Lapayese del Río*.
 Revista «Barcelona», 14 febrero 1958.
 Presentación del Catálogo de Galería «Syra», de Barcelona, febrero 1958.
 Presentación de los Catálogos de las exposiciones en «Galería Dintel» de Santander, en junio de 1958 y julio de 1961.
 Presentación del Catálogo del Museo de Bellas Artes de Bilbao, mayo 1960.
 Presentación del Catálogo del Ateneo de Madrid, febrero 1964.
José Lapayese, Cuadernos Hispanoamericanos, Madrid, núm. 146, febrero 1962.
- SANCHEZ MARIN, Venancio: Revista «Goya», núms. 50, 51, *La Exposición Nacional de Bellas Artes*, septiembre-diciembre 1962.
 Revista «Goya», núm. 52, *I Certamen Nacional de Artes Plásticas*, enero-febrero 1963.
 Revista «Goya», núm. 92, *Crónica de Madrid*, septiembre-octubre 1969.
Pintores españoles contemporáneos en la Feria de Nueva York, Madrid, 1964.
- SANTALLA: *Las figuras de la semana*, Blanco y Negro, Edición extraordinaria, 22 noviembre 1975, Madrid.
- SANTOS TORROELLA, Rafael: *Los hermanos Lapayese*, Diario «El Noticiero Universal», Barcelona, 12 junio 1963.
Lapayese del Río, «El Noticiero Universal», Barcelona, 12 mayo 1971.
- SERRULLA, Vidal: *Lapayese en la Casa de la Cultura*, Diario «Mediterráneo», Castellón de la Plana, 10 noviembre 1968.
 Castellón de la Plana, 20 noviembre 1968.

- SOLER, Pedro: *Lapayese, premio Villacis*. Diario «La Línea», Murcia, 26 mayo 1971.
Lapayese o la transfiguración del paisaje. Diario «La Línea», Murcia, 25 febrero 1973.
Lapayese del Río, «La Línea», 10 marzo 1973.
- TOLENTINO, Marianne: *La Exposición Dominico-Española en la Galería de Arte Moderno*, «Listín Diario», Santo Domingo, República Dominicana, 20 octubre 1977.
- TORRES, Gabriel: *Crónica de Madrid*, Revista «Batik», núm. 28, Barcelona, noviembre 1976.
- TRABAZO, Luis: *Pinturas de Lapayese*. Revista «Índice», Madrid, núm. 110, marzo 1958.
- TRENAS, Pilar: *Dos artistas españoles*, Blanco y Negro, Madrid, 8 de noviembre 1975.
- VALLES ROVIRA, José: *Exposiciones*, Diario Tele-Expres, Barcelona, 7 marzo 1971.
 Diario Tele-Expres, 30 abril 1971.
- VELLUDO, Jofre: *20 años de pintura contemporánea española*, Lisboa, 1959. Revista «Correo de las Artes», núm. 18, Barcelona, junio 1959.
- VILLAGOMEZ: *Lapayese del Río*, Revista «La Codorniz», Madrid, 1969.
- VILLENA, Herminia C. de: *Lapayese, lineal y colorista*, Diario de Murcia, 20 marzo de 1973.
- VIRIBAY, Angel: *Lapayese del Río, en el Museo del Parque*, Diario «Correo Español», Bilbao, 22 mayo 1960.
- YUSTA, Manuel: *Panorama Artes y Letras*, Revista Tele-Radio, Madrid, 10 marzo de 1966.
- ZUERAS, Francisco: *Exposición de esculturas y pinturas de Ramón y José Lapayese*, Diario «Informaciones» (Edición de Córdoba), 8 abril de 1963.
- L. de A.: *Lapayese en el Museo de Bellas Artes*, Diario «El Correo Español-El Pueblo Vasco», Bilbao, 25 mayo 1960.
- S. C.: *La exposición de Lapayese del Río, en el Museo Provincial*, Diario «Sol de España», Marbella-Costa del Sol, 9 de mayo 1967.
 Revista «Chiesa e Quartiere», Bologna (Italia). Septiembre 1958. Glaucooglesteri.
 Revista «Zeit Wande», Franckfurt Main (Alemania). Diciembre 1959.
 Revista «Muncher Leben», Munich (Alemania). Diciembre 1962.
 Revista «Europress», Franckfurt Main, diciembre 1962.
 Revista «Muncher Merkur», Munich, noviembre 1962.
 Revista «Suddeutsche Zeitung», Munich, octubre 1965.

Diario «Goteborgs-Poten», Suecia, octubre 1965. Rolf Anderberg.
Diario «Nytid», Suecia, octubre 1965. Tullan Fink.
Diario «Goterbor Handeis», Suecia, octubre 1965. Av Tord Baeckstron.
Diario «Die Welt», Bonn, octubre, noviembre 1975. Gerd Schneider.
Diario «Rhein-Gieg-Anzeiger», octubre y noviembre 1975. Klaus Schmmitz. Bonn.
Diario «General-Anzeiger», Bonn, octubre 1975. Heinz Lamsfub.
Diario «Bonnwr Rundfchau», Bonn, octubre y diciembre 1975. Hans Schamberger.
Diario «General-Anzeiger», Bonn, octubre 1975.
Diario «Rhein-Sieg Rundschau», Bonn, octubre y diciembre 1975.
Revista «Ateneo», Madrid, 15 de febrero 1954.
Revista «Correo Literario», Madrid, 15 febrero 1954.
Revista «Panorama», Revista «Meliá», núm. 41. Madrid, 1967. Amelia Gallego de Miguel. Catálogo del Museo de Bellas Artes de Salamanca.

I N D I C E

	Pág.
EL PINTOR	7
JUICIO PERSPECTIVO EN DOS «INSTANTÁNEAS»:	
1. SEMBLANZA HUMANA	37
2. VALORACIÓN CRÍTICA	43
EL PINTOR ANTE LA CRÍTICA	47
ESQUEMA BIOGRÁFICO	95
EXPOSICIONES INDIVIDUALES	111
PREMIOS Y RECOMPENSAS	113
BIBLIOGRAFÍA	117

COLECCION

“Artistas Españoles Contemporáneos”

- 1/Joaquín Rodrigo, por Federico Sopeña.
- 2/Ortega Muñoz, por Antonio Manuel Campoy.
- 3/José Lloréns, por Salvador Aldana.
- 4/Argenta, por Antonio Fernández Cid.
- 5/Chillida, por Luis Figuerola-Ferreti.
- 6/Luis de Pablo, por Tomás Marco.
- 7/Victorio Macho, por Fernando Mon.
- 8/Pablo Serrano, por Julián Gallego.
- 9/Francisco Mateos, por Manuel García-Viñó.
- 10/Guinovart, por Cesáreo Rodríguez-Aguilera.
- 11/Villaseñor, por Fernando Ponce.
- 12/Manuel Rivera, por Cirilo Popovici.
- 13/Barjola, por Joaquín de la Puente.
- 14/Julio González, por Vicente Aguilera Cerni.
- 15/Pepi Sánchez, por Vintila Horia.
- 16/Tharrats, por Carlos Areán.
- 17/Oscar Domínguez, por Eduardo Westerdahl.
- 18/Zabaleta, por Cesáreo Rodríguez-Aguilera.
- 19/Failde, por Luis Trabazo.
- 20/Miró, por José Corredor Matheos.
- 21/Chirino, por Manuel Conde.
- 22/Dalí, por Antonio Fernández Molina.
- 23/Gaudí, por Juan Bergós Massó.
- 24/Tapies, por Sebastián Gasch.
- 25/Antonio Fernández Alba, por Santiago Amón.
- 26/Benjamín Palencia, por Ramón Faraldo.
- 27/Amadeo Gabino, por Antonio García-Tizón.
- 28/Fernando Higuera, por José de Castro Arines.
- 29/Miguel Fisac, por Daniel Fullaondo.
- 30/Antoni Cumella, por Román Vallés.
- 31/Millares, por Carlos Areán.
- 32/Alvaro Delgado, por Raúl Chávarri.
- 33/Carlos Maside, por Fernando Mon.
- 34/Cristóbal Halffter, por Tomás Marco.
- 35/Eusebio Sempere, por Cirilo Popovici.
- 36/Cirilo Martínez Novillo, por Diego Jesús Giménez.
- 37/José María de Labra, por Raúl Chávarri.
- 38/Gutiérrez Soto, por Miguel Angel Baldellou.
- 39/Arcadio Blasco, por Manuel García-Viñó.
- 40/Francisco Lozano, por Rodrigo Rubio.
- 41/Plácido Fleitas, por Lázaro Santana.
- 42/Joaquín Vaquero, por Ramón Solís.
- 43/Vaquero Turcios, por José Gerardo Manrique de Lara.
- 44/Prieto Nespereira, por Carlos Areán.
- 45/Román Vallés, por Juan Eduardo Cirlot.
- 46/Cristino de Vera, por Joaquín de la Puente.
- 47/Solana, por Rafael Flórez.
- 48/Rafael Echaide y César Ortiz Echagüe, por Luis Núñez Ladeveze.
- 49/Subirachs, por Daniel Giralt-Miracle.
- 50/Juan Romero, por Rafael Gómez Pérez.
- 51/Eduardo Sanz, por Vicente Aguilera Cerni.
- 52/Augusto Puig, por Antonio Fernández Molina.

- 53/Genaro Lahuerta, por A. M. Campoy.
- 54/Pedro González, por Lázaro Santana.
- 55/José Planes Peñálvez, por Luis Núñez Ladeveze.
- 56/Oscar Esplá, por Antonio Iglesias.
- 57/Fernando Delapuenta, por José Luis Vázquez-Dodero.
- 58/Manuel Alcorio, por Jaime Boneu.
- 59/Cardona Torrandell, por Cesáreo Rodríguez-Aguilera.
- 60/Zacarías González, por Luis Sastre.
- 61/Vicente Vela, por Raúl Chávarri.
- 62/Pancho Cossío, por Leopoldo Rodríguez Alcalde.
- 63/Begoña Izquierdo, por Adolfo Castaño.
- 64/Ferrant, por José Romero Escassi.
- 65/Andrés Segovia, por Carlos Usillos Piñeiro.
- 66/Isabel Villar, por Josep Meliá.
- 67/Amador, por José María Iglesias Rubio.
- 68/María Victoria de la Fuente, por Manuel García-Viñó.
- 69/Julio de Pablo, por Antonio Martínez Cerezo.
- 70/Canogar, por Antonio García-Tizón.
- 71/Piñole, por Jesús Baretini.
- 72/Joan Ponç, por José Corredor Matheos.
- 73/Elena Lucas, por Carlos Areán.
- 74/Tomás Marco, por Carlos Gómez Amat.
- 75/Juan Garcés, por Luis López Anglada.
- 76/Antonio Povedano, por Luis Jiménez Martos.
- 77/Antonio Padrón, por Lázaro Santana.
- 78/Mateo Hernández, por Gabriel Hernández González.
- 79/Joan Brotat, por Cesáreo Rodríguez-Aguilera.
- 80/José Caballero, por Raúl Chávarri.
- 81/Ceferino, por José María Iglesias.
- 82/Vento, por Fernando Mon.
- 83/Vela Zanetti, por Luis Sastre.
- 84/Camín, por Miguel Logroño.
- 85/Lucio Muñoz, por Santiago Amón.
- 86/Antonio Suárez, por Manuel García-Viñó.
- 87/Francisco Arias, por Julián Castedo Moya.
- 88/Guijarro, por José F. Arroyo.
- 89/Rafael Pellicer, por A. M. Campoy.
- 90/Molina Sánchez, por Antonio Martínez Cerezo.
- 91/María Antonia Dans, por Juby Bustamante.
- 92/Redondela, por L. López Anglada.
- 93/Fornells Plá, por Ramón Faraldo.
- 94/Carpe, por Gaspar Gómez de la Serna.
- 95/Raba, por Arturo del Villar.
- 96/Orlando Pelayo, por M. Fortunata Prieto Barral.
- 97/José Sancha, por Diego Jesús Jiménez.
- 98/Feito, por Carlos Areán.
- 99/Goñi, por Federico Muelas.
- 100/La postguerra, documentos y testimonios, Tomo I.
- 100/La postguerra, documentos y testimonios, Tomo II.
- 101/Gustavo de Maeztu, por Rosa M. Lahidalga.
- 102/X. Montsalvatge, por Enrique Franco.
- 103/Alejandro de la Sota, por Miguel Angel Baldellou.
- 104/Néstor Basterrechea, por J. Plazaola.
- 105/Esteve Edo, por S. Aldana.
- 106/M. Blanchard, por L. Rodríguez Alcalde.
- 107/E. Alfageme, por V. Aguilera Cerni.
- 108/Eduardo Vicente, por R. Flórez.
- 109/García Ochoa, por F. Flores Arroyuelo.
- 110/Juana Francés, por Cirilo Popovici.

- 111/M. Droc, por J. Castro Arines.
- 112/Ginés Parra, por Gerard Xuriguera.
- 113/A. Zarco, por Rafael Montesinos.
- 114/D. Argimón, por Josep Valles Rovira.
- 115/Palacios Tardez, por Julián Marcos.
- 116/Hidalgo de Caviedes, por Manuel Augusto García de Viñolas.
- 117/Teno, por Luis G. de Candamo.
- 118/C. Bernaola, por Tomás Marco.
- 119/Beulas, por J. Gerardo Manrique de Lara.
- 120/Hermanos Algora, por Fidel Pérez Sánchez.
- 121/J. Haro, por Ramón Solís.
- 122/Celis, por Arturo del Villar.
- 123/E. Boix, por José María Carandell.
- 124/Jaume Mercadé, por José Corredor Matheos.
- 125/Echaz, por M. Fernández Braso.
- 126/Mompou, por Antonio Iglesias.
- 127/Mampaso, por Raúl Chávarri.
- 128/Santiago Montes, por Antonio Lara.
- 129/C. Mensa, por Antonio Beneyto.
- 130/Francisco Hernández, por Manuel Ríos Ruiz.
- 131/María Carrera, por Carlos Areán.
- 132/Muñoz de Pablos, por Isabel Cajide.
- 133/A. Orensaz, por Michael Tapie.
- 134/M. Nazco, por Eduardo Westerdhal.
- 135/González de la Torre, por L. Martínez Drake.
- 136/Urculo, por Carlos Moya.
- 137/E. Grabiél Navarro, por Carlos Areán.
- 138/Boado, por Ramón Faraldo.
- 139/Martín de Vidales, por Teresa Soubriet.
- 140/Alberto, por Enrique Azcoaga.
- 141/Luis Sáez, por Luis Sastre.
- 142/Rivera Bagur, por A. Fernández Molina.
- 143/Salvador Soria, por Emanuel Borja Jareño.
- 144/Eduardo Toldrá, por A. Fernández-Cid.
- 145/Cillero, por Raúl Chávarri.
- 146/Barbadillo, por Jacinto López Gorgé.
- 147/Juan Guillermo, por Lázaro Santana.
- 148/Fernando Sáez, por Miguel Logroño.
- 149/José Antonio Díez, por A. Delgado, L. M. Díez y J. M. Merino.
- 150/Guajardo, por Ignacio Olmos.
- 151/Rafael Leoz, por Luis Moya Blanco.
- 152/Vázquez Díaz, por Manuel García Viñó.
- 153/Enrique Gran, por L. Rodríguez Alcalde.
- 154/Venancio Blanco, por Luis Jiménez Martos.
- 155/Gloria Torner, por Miguel Angel García Guinea.
- 156/Juan Navarro Ramón, por Francisco Rodón Bracons.
- 157/Hernández Mompó, por Francisco Prados de la Plaza.
- 158/Jardiel, por Joaquín Castro Beraza.
- 159/Francisco Barón, por Paloma Esteban Leal.
- 160/Maruja Mallo, por Consuelo de la Gándara.
- 161/Lapayese del Río, por José Gerardo Manrique de Lara.